
El doctor y sus cicatrices
EMMA CLARE

El médico y sus cicatrices

Los hombres de El Valle 4

Emma Clare

Derechos de autor © 2025 Emma Clare

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Para M por todo su apoyo.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo
Agradecimientos
Libros en esta serie

Prólogo

Jules

Hay noticias para lo que uno nunca está preparado. Por mucho que pienses en las probabilidades o en hechos certeros, tu mente no está lista para procesar lo que te comunican. Por ejemplo, una persona con cinco años no está listo para que le informen de que "mamá no puede más y ahora es el turno de papá para cuidarte" justo antes de ser dejado frente a la puerta de un hombre que lo último que esperaba era enterarse de que tenía un hijo de una relación pasada cuando acababa de casarse. Tampoco te esperas que te digan que vas a tener un hermano, aunque luego acabes queriéndolo con locura. No prevés cuando te van a dejar las numerosas relaciones de la adolescencia o las notas de ciertos exámenes a los que ibas muy preparado. Dudo mucho que mis padres se esperaran que su hijo mayor decidiese marcharse al ejército tras acabar medicina para especializarse allí, al igual que uno no sabe con exactitud que un día tu mejor amigo iba a ser secuestrado por el ejército enemigo y moriría en sus manos. Pero, sobre todo, lo que nunca te esperas es recibir una llamada anunciando que casi toda tu familia ha muerto en un accidente cuando venían a buscarte al aeropuerto y que debes tomar una decisión crítica sobre el único superviviente.

—Señor, es necesario que nos dé su consentimiento —Me instó el doctor para que tomase una decisión cuanto antes.

—¿No hay ninguna forma de salvarle sin...? —No podía ni pronunciarlo. Estaba roto y no dejaban de insistir en que le arrebatara a mi hermano, lo único que amaba más que a su familia —. No podrá bailar como antes.

—Lo siento, pero si no amputamos la pierna por encima de la rodilla, perderá algo más que el baile. Es la única forma de salvarle.

—Hágalo entonces —Anuncié con la voz ronca por las lágrimas contenidas.

El doctor se marchó y yo volví a la sala de espera, completamente solo. Mis padres, las personas que me habían criado cuando mi madre me abandonó, habían muerto. Ya nunca más oiría sus risas ni hablaríamos de lo que nos preocupaba o me molestarían incansablemente sobre buscarme una novia o un novio con los que les pudiese dar nietos. ¿Cómo había podido ocurrir? En un solo instante sus vidas se habían esfumado por culpa de un conductor borracho que se había salido del carril. Para colmo, la vida de mi hermano pendía de un hilo y cuando se despertase me odiaría para siempre por haberle arrebatado lo que más deseaba en el mundo. Le había quitado su carrera profesional porque por mucho que encontrásemos alternativas, nunca más le aceptarían en la compañía de balé profesional. ¿Cómo iba a dejarle morir cuando estaba en mis manos salvarle?

Había pasado cuatro días desde que un hombre, dueño de un rancho de rehabilitación, me había llamado para ofrecerme trabajo como psiquiatra por mi especialidad frente a casos graves de estrés postraumático entre otras. Habían logrado ampliar el negocio y buscaban nuevos trabajadores para estar preparados para su reapertura en dos meses con la llegada de la primavera. Después de buscarlo e informarme sobre su trabajo, no había podido negarme. Viajé hasta El Valle listo para ver lo que habían creado y realizar una entrevista. A la vuelta, decididos a no esperar en casa, mi familia había ido a buscarme al aeropuerto para poder celebrarlo y ahora... Las lágrimas se desbordaron sin control por mis mejillas. Quería gritar, dejarme la garganta en aquella sala de espera porque la vida era demasiado injusta.

Capítulo 1

Miguel

Estaba ansioso. Llevábamos unos meses, casi medio año, de reformas y la actividad principal del rancho se había detenido. Tomamos la decisión entre todos, aprovechando la donación que nos había hecho Joshua tras conseguir su dinero de vuelta, de que para darles una mejor atención a nuestros huéspedes era el momento de ampliar. Algunos crearon pequeños cottages alrededor, como si se tratase de un pequeño pueblo personal. De esa manera, tenían intimidad, pero seguían estando dentro del rancho y podíamos seguir con la misma rutina. Se habían creado además las dos instalaciones que había previstas, las clínicas de veterinaria y fisioterapia, junto a una pequeña casa que daba la entrada al rancho principal donde se encontraban los despachos. De esa forma, Jonah podía trabajar en la recepción organizando citas, enviando huéspedes e invitados a dónde fuera necesario y haciendo su magia para que no volviésemos a ser un caos. Joshua tenía su propio despacho privado donde había colocado en las estanterías todos los libros de cuentas antiguos y se encargaba de manejar los números que me permitían hacer las compras que mis caballos necesitaban. El rancho principal también fue reformado para albergar a más personas. Las habitaciones que ya no se usarían de la misma forma, habían sido sustituidas para albergar más huéspedes. Incluso habíamos ampliado las zonas de animales, pues llegado el verano vendrían nuestros trabajadores temporales. Se trataban de cambios necesarios, pero la inactividad más allá de cuidar del rancho me tenía ansioso. Necesitaba movimiento, ver y entrar a las personas, poder ayudarlas.

—Bueno, chicos, hora de marcharme y dejaros hacer vuestro trabajo —Anunció el agente Kim dándole un suave beso a Jonah—. Vamos, niños, hora de ir al colegio.

Los niños habían crecido y la que había sido una preciosa bebé, Leah, ahora reía sobre las piernas de Minho mientras este empujaba su silla hacia la salida. Tras él, mi hombrecillo favorito le seguía en silencio. Después del disparo que recibió para proteger a Carl, vino al rancho buscando ayuda para poder aprender a vivir con lo que había sucedido. Jonah y él comenzaron una relación lentamente hasta que un años después decidieron irse a vivir juntos usando uno de los cottages que íbamos a crear. Los niños le adoraban así que no fue una transición difícil. Liam había encontrado en el expolicía un aliado y no había tardado en sumarlo al pequeño círculo al que nos dejaba escuchar su voz. Había cambiado su trabajo en la policía para dar clases en el colegio del pueblo y eso había hecho que el chico aceptase ir. Uno de los profesores era experto en atender necesidades especiales y al resto fui a darles una charla para facilitar su ingreso. No veíamos adecuado alejarlo de su lugar seguro para llevarlo a alguno de los colegios especiales de la ciudad.

—Esperad, que os acompaño —Luca se levantó de la mesa, besó a sus parejas y se marchó con paso ligero silbando una de las viejas canciones que le gustaban.

—También me voy o llegaré tarde, el capi luego te hace pucheros todo el día si pasa. —Dijo Jimmy cogiendo la chaqueta de su uniforme y su mochila para irse a unas nuevas 24 horas.

—Espera, Jimmy ¿Me alargas al pueblo de camino? —Se apresuró a seguir Calvin a su amigo para no quedarse atrás, recibiendo la mirada divertida de su Daddy que prometía una represalia más adelante.

Una vez la puerta se cerró a sus espaldas, quedamos los trabajadores del rancho, listos para recibir nuestras nuevas órdenes e información sobre lo que iba a ocurrir la primera semana abiertos tras las reformas. Iban a llegar nuevos trabajadores y estaba

emocionado por ver cómo serían. Nuestra plantilla ya era muy amplia y estable para como había sido durante años, pero ver rostros nuevos sería agradable. Mi espíritu aventurero disfrutaba conociendo personas distintas, escuchando sus historias y disfrutando de lo que otros habían vivido.

—Jonah ha creado un calendario compartido donde ha organizado nuestros turnos y horarios —Nos comentó nuestro jefe—. Si alguien necesita hacer un cambio, se hará desde allí para que sea más fácil cuadrarnos todos —Sacó la tablet que solía manejar para indicar lo que debíamos hacer esa semana—. También ha creado ciertas secciones que indican cuando llega un huésped nuevo y nos alerta a los demás. Una vez recibida, me encargaré de poner los turnos según su ficha —Se giró hacia el joven secretario con una amplia sonrisa—. Muchas gracias por tu trabajo y los cambios que has creado.

Después de esto prosiguió explicando lo que necesitábamos que hiciese Joshua con nuestras finanzas, así como los cambios que había realizado para que recibiésemos nuestros sueldos con sus extras correspondientes en las fechas marcadas. Cuando necesitásemos hacer un pedido, usaríamos una lista compartida que llegaría a él y que luego valoraría si es posible o no según el presupuesto de cada mes. Además, había logrado crear un sistema de ayudas y las fechas que necesitábamos cumplir para poder recibirlas.

—A lo largo del día llegarán los dos psicólogos nuevos y el psiquiatra que nos acompañarán como mínimo este año —Los fue nombrando y explicando sus posibilidades, pero se detuvo en el último—. Jules Glasgow ha recibido entrenamiento médico militar —Miró a Sean en cuyo rostro se había dibujado una sombra de tristeza haciéndome pensar que quizás supiese quién era de antes de su baja—. y se especializó posteriormente en psiquiatría tras salir del ejército. Me ha pedido un favor y una condición en su contrato. Recientemente su familia tuvo un accidente, dejando con vida solo a su hermano.

Nos contó toda la historia. Había tenido que tomar la decisión de que le amputasen la pierna por encima de la rodilla para que pudiesen salvar el resto y tuviese alguna oportunidad de vivir. Sin embargo, él no se lo había tomado bien. Estaba en esa fase oscura por la que pasan muchos tras un accidente de esa magnitud y necesitaba una ayuda urgente que por ahora no quería recibir. Jules iba a rechazar su puesto de trabajo para quedarse a su lado, pero cambió de opinión al verse superado por la situación. Pensó que viniendo al rancho y consiguiendo un hueco para su hermano en nuestra lista de huéspedes, podía tener una oportunidad de volver a vivir pese a lo que había perdido. Había ofrecido que Jonathan le quitase las cuotas de su sueldo, pero él le había ofrecido lo mismo que había hecho con Jonah u otros trabajadores que habían necesitado ayuda médica también.

—Es uno de los que denominamos casos difíciles —Anunció el jefe para advertirnos de lo que podría suceder. No siempre recibíamos víctimas de accidentes que se recuperasen tan rápido como había ocurrido con Minho. Sean era un claro ejemplo de los problemas que podían surgir en una recuperación traumática—. Por eso, me quedaré con él y Kwanhee será su fisioterapeuta. Para Miguel tenemos a un joven estudiante de bachillerato que ha sucumbido a la presión, sus padres están separados y la madre es bastante exigente con él mientras que transigente con su hijo pequeño de otro matrimonio. Carl, para ti tengo una de tus especialidades, tengo a una chica con necesidades psicológicas durante un proceso de transición. Viene directamente de nuestros amigos de la asociación LGBTI+ de la ciudad. Sus padres le han cerrado las puertas y no se encuentra bien ¿Estás preparado?

El médico había tenido que tomarse un descanso después de los sucesos de hace dos años. Su exnovio había vuelto a encontrarle, secuestrado a Luca en el proceso y disparado a Minho. Le costaba salir de la seguridad del rancho, tenía miedo de regresar a su casa y no se encontraba en el estado correcto para ayudar a otros. Ahora había logrado ver a su familia, habían pasado la Navidad todos

juntos, y se encontraba feliz. Poco a poco estaba rehaciendo la vida que le había arrebatado ese animal rastrero. Jonathan prosiguió con los horarios de las clínicas y nos asignó los turnos de trabajo en el rancho. Por ahora, hasta que no llegasen los huéspedes nuevos, no asignaría parejas salvo en el caso de quien iba a llegar esa misma tarde. Kwanhee se quedaría con Miles, el hermano de Jules por sus nuevas necesidades físicas. Mi hermano tenía una gran experiencia trabajando con víctimas de accidente así que confiaba en que todo iba a ir bien.

—Dicho esto, es hora de que todo el mundo vaya a trabajar.

Nos repartió nuestras tareas comunes por lo que acabé en el establo aseando nuestros caballos y sacándolos a entrenar. Además, nos había llegado uno nuevo, víctima de un hombre negligente que lo cuidaba a base de golpes, y al que debía convencer de que estaba en un lugar seguro. Antes de marcharme, le pedí a Jonathan que me pasase la ficha de mi nuevo huésped para que pudiese ver cuál iba a ser el mejor curso de acción. Salvo que se tratasen de varios menores, normalmente era yo el que lo acompañaba a lo largo de todo el día, así que era bueno aprender todo lo que se necesitaba sobre ellos.

Sentía que hoy iba a ser un día especial. Por eso, me coloqué mis botas favoritas. Debía ir acorde con lo que sentía. Kwanhee me pasó un brazo por los hombros mientras nos dirigíamos al establo.

—¿Cómo estás? —Me preguntó en voz baja para que nadie pudiese escucharlo.

—¿Yo? —No entendía por qué necesitaba comprobar mi est...Oh, mayo estaba a la vuelta de la esquina, en tres días daría comienzo el mes.

Aquel año había estado tan inmerso en los cambios que tenían lugar a mi alrededor que no había reparado en el paso del tiempo. A veces, mis pensamientos eran demasiado caóticos y podía llegar a perder conciencia de que habían avanzado los días. Sin querer

preocupar a Kwanhee con una respuesta rápida, me centré en lo que estaba sintiendo. Llegaba mayo, pero todavía no habían vuelto a acecharme los recuerdos. No había ninguna señal de que aquel año fuese a ser malo como otras ocasiones. Mis amigos sabían que algo pasaba para mis cambios de humor en ese mes, pero nadie había pedido explicaciones. Me dejaban ser.

—Estoy bien —Le dije con una sonrisa. Me sentía inquieto, pero era causa de la inactividad y la impaciencia. No se trataba de esa ansiedad que amenazaba con ahogarme—. Desde que estoy aquí, cada año duele y dura menos—Le expliqué tratando de sonar todo lo sincero que podía para que no tuviese ninguna duda—. Quizás este sea el año en el que todo quede como una sombra.

Mi hermano, mi mejor amigo, mi protector, me miró dudando de mi respuesta. Analizó mi rostro, mi postura y mis gestos antes de suspirar aceptando que estaba diciendo la verdad. Me abrazó con cariño como tantas veces lo había hecho cuando éramos pequeños y me susurró que pasase lo que pasase, todo iba a estar bien, que lo seguía teniendo a él. Eso activó un recuerdo de aquellos inciertos en los que todo parecía empañado por la tristeza.

La primera vez que supe lo que significaba estar solo, tenía siete años. Recuerdo el frío, no solo en mis manos, que temblaban, sino en el pecho. Era como si alguien me hubiera arrancado algo y dejado un agujero que el viento cruzaba sin piedad. Esa sensación me acompañó todo el día: desde el momento en que me encontré en la puerta de la estación de bomberos, hasta que me llevaron al orfanato. Lo peor de todo era la confusión. No entendía nada. Un minuto, mamá estaba conmigo y al siguiente había desaparecido. Me había dejado una nota en las manos a la que todavía me aferraba cuando me encontraron los bomberos y una orden: "Pórtate bien, no hagas que te odien". La pequeña hoja de papel era aún peor que sus palabras: "Se acabó, cuidadlo". ¿Qué se había acabado? ¿Quién tenía que cuidarme? Nadie me respondió, claro. La única respuesta

que obtuve fue un "Vamos, pequeño" mientras alguien tomaba mi mano con más fuerza de la que necesitaba. Estaba asustado, pese a que aquellas personas se desvivieron por hacerme sentir seguro.

El orfanato olía a comida recalentada y a algo que no supe identificar, pero que años después reconocí como tristeza. Las paredes tenían colores que intentaban ser alegres, pero todo se sentía opaco. Me asignaron una cama al fondo de una habitación llena de literas y me dijeron que guardara silencio. Obedecí porque no sabía qué más hacer.

Cuando cayó la noche, el miedo me alcanzó de lleno. Me tapé con la sábana hasta la cabeza para que nadie me viera llorar, pero no podía contenerlo. Las lágrimas me quemaban la cara y un sollozo se escapó de mis labios. Estaba seguro de que nadie lo había escuchado, pero me equivoqué. Sentí un peso ligero en el borde de mi cama y, antes de que pudiera apartar la sábana, alguien se deslizó bajo ella. Era un niño más o menos de mi edad. No me dijo su nombre ni me hizo preguntas; simplemente me abrazó. No era fuerte, pero era cálido, como si quisiera protegerme de todo el frío que sentía. "Todo irá bien, ahora me tienes a mí", susurró contra mi oído, como si fuera un secreto que solo nosotros podíamos compartir.

No respondí. No podía. Las palabras se atascaban en mi garganta, pero algo en ese abrazo hizo que las lágrimas fluyeran con menos fuerza. Por primera vez en todo el día, sentí que el agujero en mi pecho no era tan grande. Ese niño, que luego me dijo que se llamaba Kwanhee, se convirtió en mi primera familia. No la que me dejó en la estación de bomberos ni la que nunca conocí. Era mi familia porque, en esa noche oscura, me enseñó algo que aún llevo conmigo: incluso en los peores momentos, un poco de calor humano puede hacer que el frío sea soportable.

Capítulo 2

Jules

El sol comenzaba a surgir en el horizonte cuando por fin llegué a aquel pueblo. Mi hermano, una mole inerte en el asiento del copiloto, observaba las casas que encontrábamos al pasar. Llevaba sin dirigirme la palabra desde que había abierto los ojos en su habitación del hospital y le habían contado la noticia. Lo había intentado todo, pero cada vez que aparecía por la habitación se alteraba y tenían que sedarlo. Sabía que necesitaba culpar a alguien de lo que había sucedido y me había escogido a mí, que era el dolor quien hablaba por él y no lo que realmente sentía por mí. Sin embargo, era imposible no sentir que mi corazón se rompía cada vez más con cada grito de que lo alejasen de mí o, peor aún, con la indiferencia que llegó después. Le dieron el alta, lo llevé a mi casa y el silencio absoluto llenó mis días. Estaba allí y al mismo tiempo no. No quería oír hablar de las posibilidades que había para él. Se negaba a aceptar el tratamiento psicológico que le había ofrecido el hospital y no quería que nadie le mencionase la fisioterapia. Para él su carrera había acabado y le daba igual que hubiese personas en el mundo en su situación que bailaban cada día o practicaban otros deportes. Ahora mismo, en su mente, la única solución era que lo dejasen en paz y desear haber muerto en aquel accidente por lo que le había oído gritar a cada profesional que había ido a su habitación.

Debía ser paciente. Era un proceso difícil, largo y no siempre agradable. Debía ser consciente de que nos esperaban años complicados en los que posiblemente lo único que pudiésemos hacer era ser un mero espectador. Mi esperanza estaba puesta en el rancho. Las críticas eran increíbles. Las personas que habían estado allí hablaban maravillas sobre los profesionales que les habían

cuidado y de cómo habían logrado avanzar en su recuperación. Había leído sobre casos de profunda depresión que habían podido continuar con sus vidas, de trastornos o fobias que parecían imposibles de resolver. Obviamente, no todo el camino seguiría siendo de rosas para esas personas, pero como decían en sus opiniones: "tenían un lugar al que volver si lo necesitaban".

Paré el motor frente a una cafetería que parecía agradable a simple vista. Una pareja de ancianos reía frente a un café con las manos cogidas sobre la mesa en la terraza disfrutando del calor que comenzaba a regresar. Al otro lado había una mujer disfrutando de su desayuno con un libro en la mano y cada persona que salía parecía hacerlo con una sonrisa. Mi estómago rugió de nuevo indicándome que no era el momento de entretenerme observando.

—Voy a por un café y algo de comer ¿Quieres algo en concreto? —Le pregunté esperanzado, aunque sabía que no habría respuesta alguna—. Vale, veré si hay alguno de esos rollos de canela que tanto te gustan.

Bajé las ventanillas, quité la llave y subí los escalones. Al menos tenía la certeza de que trajese lo que trajese, comería. Podía hablar de muerte en sus momentos de rabia, pero no quería hacerlo. Comía por inercia, pero, al menos, estaba alimentándose. En cuanto abrí la puerta, el sonido de voces me acompañó y un joven apuesto de sonrisa radiante se acercó a mí.

—Buenos días, señor —Señaló las mesas que tenía libre—. Siéntese donde quiera.

—Oh, no, llevo algo de prisa y quería algo para el camino —Le dije con amabilidad. No quería explicarle la razón completa de por qué no podía sentarme.

—Póngase en el mostrador entonces y le atenderé en un segundo.

—¡RAGAZZO! —Gritó la fuerte voz de una mujer—. ¿Dónde has puesto mi crema pastelera?

—La *mamma* me llama —Me dijo con un guiño y salió disparado hacia la sala causando las bromas de algunos comensales que parecían conocerle muy bien.

Una vez en el mostrador fui atendido por otro joven que me dio mi tan ansiado café y dos rollitos de canela que parecían tan esponjosos que me moría por hincarle el diente. Me despedí de aquellas personas con una buena corazonada. Aquel pueblo podría convertirse fácilmente en mi hogar, no me cabía duda. Me gustaba la familiaridad que había en sus habitantes, el restaurante cafetería prometía ser delicioso y aceptaban a la comunidad LGBTI+ si aquellos hombres de la entrada eran un indicio. Miré a mi hermano que permanecía en el mismo lugar que le había dejado, mirando al vacío y suspiré. Solo necesitaba que funcionase para él. Me daba igual dónde viviésemos mientras pudiese traer de vuelta a mi hermano pequeño o lo que pudiésemos recuperar de él. No me importaba que fuese otra persona, que hubiese cambiado, solo quería que siguiese vivo y queriendo continuar. Entré en el coche comentando lo interesante que eran los dueños del restaurante y le entregué su dulce que aceptó sin mucha discusión. Comimos en silencio y me bebí el café que me revitalizó después de tantas horas al volante.

—¿Listo para conocer tu nuevo hogar? —Una vez más recibí el silencio por respuesta, pero no me amedrenté. Iba a lograrlo me costase lo que me costase.

Llegué poco después al camino que conducía al rancho. Me quedé maravillado de la extensión de árboles a mi alrededor salpicados por pequeñas casas que parecían terminar en un gran rancho. No era la primera vez que había estado allí. Lo había visto durante mi entrevista, pero no podía dejar de sorprenderme con lo que había logrado construir Jonathan en nombre de su hermano. Miré a Miles y pensé que yo también sería capaz de mover cielo y tierra para honrarle. Por suerte, seguía a mi lado. Frené el coche en la zona de aparcamientos que encontré, cerca de una furgoneta con el logo del rancho y bajé para extraer la silla. Fue una odisea conseguir que se

subiese a ella o, simplemente, hacer que saliese del coche, pero finalmente pude girarme hacia la puerta donde me encontré a un hombre de expresión amable apoyado contra una de las columnas del porche.

—Hola, Jonathan —Saludé mientras me acercaba—. Se ve todo mejor que cuando vine —No pude evitar un pinchazo de tristeza al recordar que aquel viaje fue seguido del accidente.

— Jules ¿Cómo ha ido el viaje?

—Bien, con las paradas adecuadas no ha sido tan largo. Gracias de nuevo por la oportunidad —Le tendí mi mano cuando llegué a su lado.

—Un placer —Miró hacia mi hermano que observaba nuestro intercambio cruzado de brazos—. Tú debes de ser Miles, tu hermano habló maravillas de ti —Él permaneció en silencio, pero a Jonathan no le importó—. Estaréis cansados. Os llevaré a vuestra habitación.

Me ayudó a recoger el equipaje y tomó la silla de mi hermano dejándome inquieto. Después de tanto tiempo sin quitarle un ojo de encima, me costaba relegar ciertas acciones en otras personas. Sin embargo, era bueno que fuese tomando contacto con él si quería que tuviesen una buena relación paciente-psicólogo. Conforme avanzábamos fue contándonos dónde se encontraba cada estancia, lo que se realizaba en el rancho y cómo funcionaba el sistema que habían creado. Nos anunció que, si no estábamos demasiado cansados, concesión que hizo por mi hermano para que no tuviera que interactuar tan pronto con otras personas, nos presentaría a los demás. Después me dejó en el que sería mi cuarto para que pudiese cambiarme, estirar las piernas o lo que quisiese, mientras él se llevaba a mi hermano a seguir el tour. Cuando abrí la boca para protestar o anunciar que los acompañaba, Jonathan negó con la cabeza y me guiñó el ojo. Parecía decirme: "Lo tengo todo controlado, irá bien". Le dejé ir con la ansiedad construyéndose cada vez más fuerte en mi interior.

—Tienes que empezar a dejarlo ir si quieres que mejore —Me dije a mi mismo en voz alta. Algo que solía hacer cada vez más para despejar mi mente,

—Hermanos —Dijo una voz sobresaltándome—. Siempre nos causan preocupaciones y hacen que parezcamos locos.

Se trataba de un joven esbelto con una bata que rezaba "Dr. Wen". Se había apoyado en el quicio de la puerta con un hombro y me sonrió con entendimiento. Parecía como si aquel chico pudiese comprender por lo que estaba pasando. Al instante supe que podría convertirse en un buen amigo.

—Soy Jules, el nuevo médico y un hermano sobreprotector por lo que acabas de comprobar —Anuncié tendiéndole la mano.

—Kwanhee, aunque mi hermano pequeño me llama incordio —Me guiñó el ojo y pude reír—. Venía a que me pusieses al día sobre la herida de tu hermano y los pasos a seguir porque pensé que no ibas a querer esperar mucho, sobre todo si Jonathan lo iba a raptar.

Le invité a entrar, aunque aquella habitación solo tenía de mía que me lo habían indicado así. Tendría que colocar mis pertenencias y, si veía que había posibilidades de quedarme allí, decorarlo un poco. Me senté en el borde de la cama pues no tenía otro tipo de asiento y le hice una señal para que hiciese lo mismo. Supuse que debía ser un día tranquilo si podía tomarse la molestia de venir a verme en lugar de atender su clínica. Su mirada tranquila y sus sonrisas leves me daban seguridad.

—Tenemos otro miembro de nuestro club secreto al que te presentaré luego —Levanté las cejas cuestionando sus palabras y él se limitó a quitarse los zapatos para subirse del todo. Acabó con la espalda en la pared, mirándome con promesas de travesuras—. El club de los hermanos sobreprotectores. Joshua está trabajando todavía en comprender que Calvin es un hombre adulto. Te caerá bien. De hecho, nos haré un grupo —Se aplaudió como si hubiese tenido la mejor idea del mundo—. Dame tu número.

Los minutos pasaron hablando con Kwanhee. Me hizo reír como llevaba tiempo sin hacer y, en cierta forma, fue un alivio. Cuando sintió que estaba cómodo en su presencia, decidió ir al grano preguntándome por aquellas cuestiones médicas que necesitaba para ayudar a mi hermano. Le expliqué todo lo que me habían comentado los médicos y él me habló de lo que nos depararía el resto de los meses. Harían pruebas para ver qué estilo de prótesis le venía mejor, se plantearían las mejores opciones para practicar con ella e incluso tendrían una conversación sobre las expectativas. Principalmente necesitaba que confiásemos en él. Conseguir que Miles se comunicase con Kwanhee sería uno de los pasos fundamentales. Si podía decirle cuando le dolía, que podía o no podía hacer, facilitaría mucho el camino a su recuperación.

Cuando se marchó, decidí que era el momento de ir ordenando mi ropa. Incluso aproveché para darme una ducha mientras esperaba a que Jonathan viniese a buscarme. Estaba eligiendo que ponerme con la toalla atada a la cintura cuando sonó la puerta de mi habitación.

—Adelante —Anuncié pensando que sería mi nuevo jefe, pero dándome de bruces con el pasado—. Teniente…

—Teniente Glasgow.

Me habían avisado del estado en el que le habían encontrado cuando me comunicaron que Dean estaba muerto. Debía haber pasado mucho tiempo en terapia para que pudiese estar frente a mí. Observé al perro que lo acompañaba, muy cerca de su pierna, cerciorándose de que no había ningún peligro para su dueño. Era un perro de terapia, los restos de las heridas que le había dejado la guerra. La culpa escrita en su rostro fue todo lo que necesité para saber cómo se sentía.

—Supongo que te lo habrá dicho tu terapeuta, pero te lo repito yo también —Le dije, tomándome la licencia, porque no quería ver a un hombre torturarse de esa forma por algo que no podía controlar—. No es tu culpa, tú no secuestraste a tu unidad.

—Lo sé, pero saber que venías y que Dean no estaría aquí para saludarte —Negó con la cabeza. Intentaba alejar los malos pensamientos y la pequeña perra acariciaba su pierna para avisarle de que comenzaba a alterarse—. Quería decirte que siento mucho tu perdida, todas en general.

—Gracias y me alegra ver que sigues en pie —Le sonreí—. Cuando me avisaron, estaba en medio de una misión y para cuando volví, ya no estabas en el hospital. Había querido ir para decirte que gracias por cuidar de Dean como lo hiciste.

—Él era el que siempre nos cuidaba, no te equivoques —Sonrió ante algún bonito recuerdo que había aparecido en su mente—. Siempre hablaba maravillas de su amigo Jules, será todo un placer conocerte por mí mismo. Te dejo que te vistas —Luego miró hacia atrás por el pasillo y frunció el ceño—. Miguel ¿Otra vez espiando? —Se rio ante lo que hubiese visto y volvió a prestarme atención—. Te darás cuenta muy pronto que has llegado al hogar de los locos, ten paciencia con nosotros.

Se despidió de mi hasta la cena dejándome solo con mis pensamientos. Recordaba las conversaciones con Dean sobre cómo era Sean y las ganas que tenía de verle feliz porque todos en su unidad sabían que estaba enamorado de su mejor amigo. Me pregunté si las profecías de los chicos se habrían cumplido años después, ¿Estarían juntos? ¿La adversidad los habría vuelto a unir? En el fondo, era un romántico y me gustaba ver como triunfaba el amor frente a todo pronóstico.

Capítulo 3

Miguel

No había sido mi intención escuchar a hurtadillas la conversación de Sean con el médico nuevo. Pasaba por allí para buscar a mi hermano que tenía que ayudarme con una encrucijada en la que había entrado. Cuando mi mente era incapaz de procesar a un ritmo normal porque había dado con un problema nuevo que me alteraba más de la cuenta, Kwanhee solía sentarse conmigo para escucharme y ayudar si se le ocurría alguna idea que pudiese hacerme avanzar con mi misión. En este caso, Bruma, el caballo nuevo, no conseguía mejorar pese a que usase mis trucos habituales frente a un animal asustado de esa magnitud. Sin embargo, en lugar de encontrar a mi hermano, descubrí que mi amigo y el nuevo se conocían de antes. Por lo que podía intuir, tenían en común a uno de los hombres que murió cuando secuestraron la unidad de Sean, ¿Habría sido su pareja? ¿Sería su amigo?

Ahora comprendía la mirada triste que había tenido esa misma mañana al escuchar el nombre de Jules. Debía ser un momento duro recordar a quien habías perdido, sobre todo, cuando había sido de una forma tan traumática. Cuando me descubrió, pensé que iba a volver a ser castigado, pero por suerte, solo Carl solía ocuparse de eso y como no estaba allí: ojos que no ven, corazón que no siente. Dado que no había dado con Kwanhee, tenía que volver al establo y tratar de resolverlo por mí mismo.

El establo estaba tranquilo, pero no de la forma que calma. Era un silencio tenso, como si cada respiración contenida de Bruma estuviera impregnando el aire. Cuando llegué, lo vi en su rincón, encogido sobre sí mismo como si quisiera desaparecer. Su pelaje gris relucía bajo los últimos rayos del sol que se colaban por la ventana,

pero sus ojos seguían llenos de ese terror profundo que me resultaba demasiado familiar. ¿Quién no se había sentido arrinconado alguna vez? Todavía recordaba el miedo que había pasado aquel año en el que Kwanhee y yo acabamos en familias separadas, lejos el uno del otro y sin mucha protección. Había estado apartado, recluido en mi habitación todo el tiempo que no estaba en el colegio, como ahora lo hacía nuestro nuevo caballo.

Dejé caer el balde con manzanas que había traído como ofrenda, tomando un momento para respirar profundamente antes de acercarme. No había fórmula mágica para situaciones como esta. Bruma era un enigma que no podía descifrar con los métodos que solían funcionar con otros caballos rescatados. A veces, simplemente estar cerca de ellos, sin exigir nada, bastaba. Pero con él… no. Cada movimiento mío parecía amplificar su miedo. No le importaba que le diese comida desde la lejanía o que le hablase de cualquier problema. Nada era suficiente para convencerle de que era seguro estar conmigo.

Me quedé a un par de metros, lo suficientemente lejos como para no invadir su espacio, pero lo bastante cerca para que supiera que estaba ahí.

—Eh, chico —dije suavemente, mi voz más un murmullo que un llamado—. No tienes que tener miedo de mí. Ni de nadie aquí.

No esperaba que respondiera, claro. No era una conversación. Pero hablar en voz baja mientras trabajaba siempre me había ayudado a pensar, y tal vez, de alguna manera, le hacía saber que yo también estaba intentando entenderle. Cogí una manzana del balde y la rodé hacia él, dejándola a medio camino. Bruma giró la cabeza, mirándola como si fuera una trampa, pero no se movió. No esperaba menos. Me dejé caer al suelo, cruzando las piernas, y lo observé en silencio. En mi mente, las piezas seguían encajando de forma desordenada. Había algo en sus ojos que me recordaba al niño que fui. Al niño que lloró en la cama de un orfanato, sintiéndose pequeño e indefenso hasta que Jun lo abrazó. La vulnerabilidad era la misma. Esa forma

de esperar un golpe, de retraerse antes de que el dolor llegase, incluso si no había ninguna amenaza inmediata.

—Sé cómo te sientes, ¿sabes? —le dije, bajando la mirada para que no se sintiera intimidado—. Cuando era un niño, también estaba tan asustado que no quería que nadie se acercara. Pensé que, si me quedaba quieto, nadie me vería. Nadie me haría daño.

Bruma no reaccionó, pero tampoco retrocedió, lo cual ya era un pequeño milagro. Me incliné hacia atrás, apoyándome en las manos mientras seguía hablando.

—Pero alguien me abrazó. Me dijo que todo iba a estar bien, aunque yo no lo creyera. Y, eventualmente, dejó de doler tanto. No del todo, pero lo suficiente para que pudiera empezar a confiar de nuevo.

No estaba seguro de si entendía mis palabras, pero mi tono parecía relajarlo un poco. Su respiración ya no era tan rápida, y aunque sus orejas seguían alertas, no estaban tan pegadas a su cabeza como antes. Decidí quedarme allí para hacerle compañía. Tal vez, lo único que necesitaba era saber que no estaba solo. Por eso saqué la ficha de mi nuevo huésped: Oscar Ruíz. Al separarse sus padres, su madre había conocido a un hombre nuevo y habían tenido un hijo. Sin embargo, la misión de su progenitora y su padrastro habían sido demostrarle que era inferior a su hijo biológico. Aunque su padre le decía que todo iría bien, la presión por sacar buenas notas y ser el mejor en todo había podido con él.

—¿Tú que piensas, Bruma? ¿Deberíamos ayudarnos los tres? Quizás si hago que su trabajo sea hablarte todos los días, pueda ir dejando de lado la carga que lleva sobre sus hombros —Le comenté una de las ideas que tenía en mente.

—Tal vez, puedes ponerle pequeñas tareas que tengan que ver con el caballo y que haga sus deberes a su lado, ser el protector de alguien da un poco más de fuerza —Dijo una voz profunda desde la entrada del establo, sobresaltándome.

Levanté la mirada y allí estaba él. Llevaba una chaqueta de mezclilla con forro de borrego que se veía algo gastada, pero de una forma que le daba un aire auténtico. Debajo, vestía una camiseta negra ajustada que contrastaba con el tono claro de la chaqueta y destacaba su figura delgada pero robusta. Sus jeans oscuros caían perfectamente sobre unas botas de trabajo que parecían haber recorrido más kilómetros que algunos coches. Su postura era relajada, apoyado ligeramente contra el marco de la puerta del establo, pero había algo en su mirada que me desafiaba. Sus ojos oscuros tenían un brillo observador, casi analítico, como si pudiera ver a través de mis pensamientos. Su cabello negro y despeinado parecía deliberadamente descuidado, pero no le restaba elegancia; más bien, le añadía una sensación de rebeldía controlada. Todo en él parecía gritar independencia, y, sin embargo, había algo cálido en su sonrisa apenas esbozada, como si intentara no parecer demasiado accesible. Había imaginado durante un tiempo cómo podrían ser los nuevos trabajadores del rancho. Había fantaseado, aunque sin que nadie lo supiese, que venía alguien que apreciase mi nerviosismo y mis rarezas. Una parte de mí, viendo como mis amigos habían encontrado el amor con quienes llegaban, pensé que quizás pudiese aparecer alguien para mí. Sin embargo, en ninguno de mis sueños llegué a pensar que vendría alguien como él. Parpadeé, sin palabras, demasiado cautivado por su atractivo.

—Me llamo Jules —Me dijo viendo que yo no hacía nada por iniciar la conversación —. No quería interrumpir tu conversación ¿Cómo se llama?

—S-Soy Miguel —Conseguí decir sin mucha dificultad, aunque noté como me ruboricé—. Se llama Bruma. Ha tenido una vida difícil hasta ahora.

Lo observé durante unos segundos para ver cómo estaba y darme un tiempo para serenar mis nervios. Se trataba de un caballo de movimientos erráticos, siempre en guardia como si el mundo entero fuera una amenaza. Cuando alguien se detenía a observarle, su reacción era casi inmediata: sus orejas se movían hacia todos lados,

buscando captar el menor ruido, mientras su cuerpo entero se tensaba. Si sentía la mirada fija de una persona, lanzaba un relincho bajo, una advertencia entre miedo y desconfianza, y sus cascos arañaban la tierra como si preparara una retirada apresurada.

Sus ojos, grandes y oscuros, brillaban de inquietud, recorriendo a toda velocidad a su alrededor, en un vaivén constante entre el rostro del intruso y los posibles puntos de escape. Sus movimientos eran impredecibles, dando pasos cortos hacia adelante, luego hacia atrás, como si no supiera si atacar o huir. Cualquier gesto brusco podía disparar su reacción: a veces un salto repentino hacia un lado, otras, un violento retroceso que ponía distancia entre él y lo que percibía como peligro. Incluso su respiración lo traicionaba. Era rápida y superficial, con los costados subiendo y bajando en un ritmo desbocado. Sus fosas nasales se ensanchaban, lanzando resoplidos audibles que parecían un intento desesperado de intimidar a quien se atreviera a invadir su espacio. Pero, más allá de esa máscara de defensa, sus temblores delataban la verdad: Bruma no quería atacar, solo deseaba sentirse a salvo.

—Conseguiremos que vuelva a estar bien —Le comenté con decisión.

Miré hacia mi nuevo compañero que me observaba con curiosidad. Apartando la vista del animal, fue andando muy despacio hasta mí para sentarse a mi lado. En cuanto dejó de estar a una altura intimidante, Bruma se relajó. Para ella, que dejásemos de estar pendientes suponía un gran alivio. Pese a ello, retrocedió unos pasos tratando de esconderse tanto como el recinto le permitía. Entendía perfectamente esa sensación, porque la idea de tener a aquel hombre tan cerca me hacía querer actuar como un adolescente con su primer crush.

—Hacéis un gran trabajo aquí —Me dijo con una sonrisa cálida, aunque sus ojos mostraban cierto toque de tristeza que dudaba que desapareciese pronto—. Entonces, cuéntame, ¿Quién es tu primer paciente de la nueva etapa? Bruma y yo te escuchamos.

Apoyó la espalda contra la pared del establo como si tuviese todo el tiempo del mundo para escucharme. Se sentía bien tener a alguien atento a lo que contabas. Después de estos años frenéticos y la forma en la que mis amigos habían ido creando vínculos con sus parejas, me sentía abandonado de alguna forma. Sabía que era una sensación, mis inseguridades hablando, pero no podía evitar pensar que poco a poco iban creando sus vidas y yo quedaba atrás. Tenía a Kwanhee a mi lado, pero también era cuestión de tiempo de dejar de ser el centro de su mundo. No iba a seguir soltero toda su vida.

— Se llama Oscar Ruiz —En los minutos que siguieron a nuestra presentación, le hablé sin dar muchos detalles de lo que ocurría con aquel chico y entre los dos planteamos una lluvia de ideas sobre lo que podría hacer que le ayudase a él y a Bruma.

Su voz grave era agradable y cuando lograba extraer una carcajada, se sentía bien escuchar su risa. Era un buen psiquiatra. Había visto la posibilidad de una unión al igual que yo y sin mi experiencia trabajando con animales. Iba a ayudar mucho en el rancho. Estaba seguro de ello. Solo necesitaba conectar con los demás igual que lo había hecho conmigo y podría ser una ocurrencia real.

— ¿Has conocido ya a alguien? —Le pregunté por curiosidad mientras me levantaba y me ofrecía a enseñarle alguna de las zonas más importantes.

— A Jonathan y a Kwanhee, vino antes a verme y estuvimos hablando.

Sabía que Jonathan ya le había hecho un tour, pero nunca estaba de más refrescar la memoria. Además, no quería que nuestro tiempo a solas acabase. Como había pensado antes, era un adolescente con su crush. Le llevé a través de nuestras tierras mostrando los animales que había y con los que solíamos trabajar. Aristóteles vino corriendo con una bota en la boca que dudaba mucho que durase mientras una acalorada Julia lo perseguía.

—¿Eso es normal? —Me dijo pestañeando rápidamente como si no pudiese creer lo que acababa de ver.

—Es literalmente nuestra oveja negra —Le guiñé un ojo pues el animal solía causar más desastres que beneficios la mayor parte del tiempo—. Y su nueva víctima es Julia, la veterinaria, ya la conocerás. Jonathan es genial, cuidará bien de tu hermano —Le dije porque sabía que parte de su tristeza tenía que ver con él—. Y Kwanhee es mi hermano.

Al escuchar eso, me pareció que Jules trataba de reprimir una risa, pero debió de ser mi imaginación. Luego recordé que había hablado con Kwanhee y me pregunté si mi hermano le habría dicho algo vergonzoso sobre mí. ¿Y si me había quitado la oportunidad de quedar como un médico genial? Iba a tener que hablar con él.

—¿Sueles distraerte con facilidad? —Me preguntó al ver que me quedaba callado de golpe.

—Lo siento —Lo contesté avergonzado, a veces mi mente iba demasiado rápido y acababa por caminos tan extraños que me olvidaba de que tenía una conversación.

—No te preocupes, me parece adorable —Me despeinó sin dejar de sonreírme.

El peso de su mano sobre mi cabeza me hizo preguntarme que se sentiría cuando me portase mal. Me sonrojé aún más y seguí andando como pude. No era el momento de tener pensamientos así, menos aún con un completo desconocido. Lo único que sabía era su nombre y a qué se dedicaba. Además, no estábamos en el club dónde tenía un lugar seguro para explorar con otras personas. Ellos habían sido vetados. Aquel nuevo terapeuta no tenía pinta de ser parte de la comunidad. Era una gran pérdida. La campana de Simón me devolvió a la realidad.

—Vamos, esa es nuestra señal para comer ¿Comeréis con nosotros? —Le pregunté con cierto tono de emoción contenida. Me gustaría tanto poder seguir hablando con él…

—Yo sí, no sé si mi hermano querrá. Le preguntaré y, si no, le subiré la cena —Suspiró con pesar provocando en mí la necesidad de consolarle.

Me acerqué a él y lo abracé con fuerza. De primeras, Jules no entendió mi arrebato, pero no tardó en corresponderme apoyando su cabeza en mi hombro y suspirando de nuevo. Me pregunté cuanto tiempo llevaban necesitando uno. Duró más tiempo del que esperaba y cuando se separó podía notar la emoción en sus ojos. Incluso su voz sonó más grave y tuvo que carraspear para que sonase de nuevo con tanta normalidad como era posible.

—Gracias —Me dijo y al ver mi rostro rojizo por la vergüenza, añadió —. Lo necesitaba, así que no pienses que has sido impulsivo. Eres refrescante.

Capítulo 4

Jules

Mi primera cena en el rancho fue interesante. Había algo en el ambiente que no sabía si catalogar como familiar o peculiar. La mesa estaba llena de vida, pero no de la manera convencional. Todos parecían estar cómodos, casi demasiado cómodos, y no pude evitar sentir que estaba observando una dinámica que no entendía del todo. Aún no había pacientes, o huéspedes como ellos los llamaban para crear un lugar menos intimidante que una clínica, por lo que parecían olvidar que había personas nuevas entre ellos. Los nuevos trabajadores que se unirían a la plantilla junto a mí ya habían llegado, pero eso no parecía importarles.

Jonathan estaba sentado al lado de Calvin, y aunque la conversación entre ellos parecía casual, había algo en la forma en la que Calvin le miraba, casi con devoción, como si cada palabra que Jonathan decía tuviera un peso especial que me hizo sospechar que su relación no era del todo normal. Por otro lado, Jonathan le servía más comida sin que nadie lo pidiera, como si fuera algo natural. Lo cuidaba más allá de lo que un novio haría por su pareja. Calvin parecía agradecido y en más de una ocasión quiso decirle una palabra con da, pero rápidamente rectificaba para volver a su nombre.

Luego estaban Miguel, Kwanhee y Joshua. Era como si de pronto la cena se hubiera transformado en la cafetería de un instituto. Se lanzaban bromas y se reían con una ligereza juvenil que contrastaba con la imagen que tenía de ellos. Miguel robaba trozos de pan del plato de Kwanhee, quien fingía indignarse antes de devolverle el golpe con una cucharada de puré directo al brazo. Joshua, mientras tanto, mordía su pan con una expresión de satisfacción exagerada, como si acabara de ganar alguna especie de competencia. Era

desconcertante, pero a la vez casi entrañable. Si el médico me había provocado interés y me había cautivado, en privado, ahora que lo veía en su hábitat natural no podía dejar de mirarle.

Siguiendo con mis especulaciones, teníamos a Luca, cuya energía era completamente distinta. Estaba a los pies de la mesa, más cerca de Carl, quien le pasaba trozos de comida como si estuviera alimentando a un cachorro. Había algo en la forma en la que Luca se iluminaba con cada pequeño gesto de Carl que me hizo desviar la mirada, como si estuviera viendo algo demasiado íntimo. Carl, por su parte, se mantenía tranquilo, pero su mano se movía instintivamente para revolver el cabello de Luca cada cierto tiempo, como quien reconforta a alguien muy querido.

Minho, sentado al extremo opuesto de la mesa, mantenía una conversación con Jonah. A diferencia del bullicio que había en la mitad de la mesa, ellos dos eran más discretos, pero había algo en la forma en la que Minho hablaba de que hacía que Jonah le prestara atención absoluta. Casi no parpadeaba. Minho tenía una autoridad tranquila, pero palpable. Sus hijos se habían acostado con tiempo para seguir sus rutinas necesarias y ahora los acompañaba un monitor de bebés en caso de que alguien les necesitase. Aquella noche se quedarían en el rancho.

Julia, mientras tanto, parecía estar disfrutando del caos. Observaba a todos con una pequeña sonrisa, como si fuera un espectador en un teatro. No decía mucho, pero había algo en su presencia que bastaba para mantener un equilibrio tácito. Por último, Simón estaba más callado de lo que esperaba, y sus gestos parecían calculados, como si esperara una señal o una instrucción que nunca llegó. Aun así, cuando alguien le dirigía la palabra, su voz era suave y diferente, como si estuviera acostumbrado a seguir el ritmo de los demás cuando alguien se lo ordenaba. Mis sospechas eran que había sido la veterinaria quien había tomado las riendas por las ligeras señales de aprobación que les mandaba.

Era como si estuviera viendo una obra de teatro donde todos conocían su papel a la perfección… menos yo. Había algo que se

sentía demasiado coreografiado para ser completamente natural, pero no lo suficiente como para ser inquietante. Solo podía pensar que, de alguna manera, todos ellos compartían algo que yo aún no alcanzaba a comprender. Mi mente pedía a gritos que investigase aquello más a fondo.

Pese al misterio que se extendía ante mí, disfruté de la cena. Te incluían en las conversaciones cómo si fueses uno más y las anécdotas iban fluyendo constantemente. Pensé en mi hermano y lo mucho que le gustaría aquel ambiente abarrotado, casi caótico, que reinaba. Siempre había disfrutado de las grandes reuniones, de la familia, de ese momento de unión durante las comidas… "Poco a poco, paso a paso", me dije a mi mismo como cada vez que me embargaba de nuevo la tristeza. También recordé a mis padres y me pregunté qué pensarían sobre nuestra nueva vida o si podían ver lo mucho que me esforzaba por sacarnos a flote sin ellos.

—Hora de recoger y acostarse —Anunció Jonathan cuando el postre y la charla había terminado.

Miguel, Kwanhee y Joshua protestaron cuando se les dio la orden de llevar los platos a la cocina, mientras que Jonathan, Carl y Luca ayudaban a meterlos en el lavavajillas, guardar el mantel, fregar la mesa y barrer el suelo por si había caído algo. Parecía una máquina bien engrasada donde todo el mundo sabía cuál era su misión. Simón y Calvin se despidieron porque tenían una película pendiente, Minho y Jonah se marcharon a la cama en uno de los cuartos de la planta baja por sus dificultades de movilidad como ocurría con mi hermano y, por necesidad de cercanía, conmigo. Me explicaron que tenían una casa en el terreno, pero a veces se quedaban allí si cenaban todos juntos. Poco a poco se fue vaciando todo hasta que me quedé allí solo, mirando algún punto del cielo que se veía por los grandes ventanales y procesando lo que había ocurrido. Aquellos momentos de quietud cuando todos dormían, me permitían trabajar mis emociones. Era una costumbre que había ganado en el ejército y que no terminaba de marcharse. "Mañana será un buen día", pensé con esperanza.

Al igual que las noches, los desayunos eran una vorágine de actividad y caos. Por un lado, Simón se peleaba con todo aquel con intención de no tener una comida saludable, obligando a cambiar el café por teína a la mayoría por alguna razón que aún no comprendía. Los mellizos, como llamaban a Miguel y Kwanhee, se frotaban los ojos adormilados creando una imagen entrañable que me acompañaría a lo largo del día. Minho y Jonah hacían malabares para tener a sus hijos listos para ir al colegio y la guardería. Calvin comía acelerado porque tenía un caso muy importante y no podía llegar tarde. Cuando miró el reloj para ver la hora, cogió su maletín, le dio un beso a Jonathan y se marchó con un cruasán en la boca y un saludo rápido para despedirse de los demás. Poco tiempo después llegó Jimmy oliendo a sudor y humo, sin saludar a nadie subió las escaleras directamente a la que suponía que sería su habitación.

—Me marcho, si me necesitáis llamadme— Dijo Sean y para aquellos que no entendíamos nada, se apiadó de nosotros con una explicación antes de irnos—. Es bombero y anoche tuvieron una mala llamada, necesitará un poco de confort.

Volví a centrarme en una de mis nuevas personas favoritas e intrigantes. Intentaba cortar sus tortitas sin mucho atino por el sueño que parecía tener. Movido por puro instinto le quité los cubiertos partiéndoselas en pequeños trozos para que no tuviese que hacer mucho esfuerzo. Comprobé que aún no había removido el cacao de su leche y cogí una cuchara para arreglarlo. Ahora podía desayunar tranquilo. Cuando alcé la mirada de lo que estaba haciendo, todos me miraban entre curiosos y divertidos. Simón con su alboroto habitual fue el primero en romper el silencio que había generado:

—Oh muy Gosh, vas a encajar perfectamente aquí —Me guiñó un ojo antes de reír.

—Simón, no vayas a tener ninguna idea loca —Le señaló Julia con el dedo a lo que el muchacho se limitó a sacarle la lengua—. Ya verás cuando te coja…

Mientras el alboroto regresaba como si mi actitud no hubiese extrañado a nadie, Miguel apoyó su cabeza en mi pecho y murmuró un gracias soñoliento al que yo respondí con un: "Venga, cómetelo todo que necesitarás energía". Kwanhee levantó la vista de su plato, con las tortitas a medio camino de su boca y me miró con las cejas levantadas, haciéndome una pregunta que no sabía descifrar.

—Reparto de tareas —Anunció Jonathan llamando la atención de todos con una fuerte palmada—. Miguel, Oscar será tu sombra, y trabajaréis con los caballos. Haz tu magia.

Siguió nombrando a cada miembro del hogar y a quién acompañaría o con quién trabajaría. Carl tenía un paciente que seguiría a Sean, mientras que uno de los nuevos se quedaría a cargo de Romeo que parecía ser un viejo conocido y trabajaría con Julia. El nuevo trabajará en el huerto pues aún no venía ningún paciente, lo mismo que me ocurría a mí encargado de llevar al pueblo nuestros productos. Después me miró y entendí que planeaba hablar de mi hermano, asentí para que prosiguiese sin prestarme atención.

—Yo me encargaré de Miles Glasgow, uno de nuestros casos más difíciles —Explicó sus circunstancias con todo detalle porque, aunque fuese él su psicólogo era posible que tuviese algún tipo de crisis y tuviesen que ayudar los demás—. Kwanhee será su fisioterapeuta y se encargará de buscar la mejor prótesis para él. Además, será su tutor todo este tiempo, aunque es un cargo que compartirá con Minho al que todos conocéis.

—Pero él no trabaja en el rancho ¿No? —Pregunté con curiosidad.

—Normalmente, salvo en verano, no se ocupa de nadie porque tiene su trabajo, pero pensé que podía ser inteligente. Ahora a Kwanhee no le prestará atención, pero Minho puede enseñarle que hay oportunidades.

Entendía las razones por las que quería aquella unión y no podía sentirme más tranquilo. Jonathan estaba desviviéndose por mi hermano. Se lo volví a agradecer una vez más conteniendo las lágrimas. Tras esto, nos dejó marchar para completar nuestras

misiones. En primer lugar, llevé el desayuno a mi hermano que permanecía despierto, pero sin querer salir de su cama.

—Buenos días. Hoy va a ser un gran día —Le comenté abriendo las persianas como lo hacía siempre. Después abrí las ventanas para que entrase la brisa de la primavera. Ante el silencio de mi hermano seguí hablando—. Hoy vendrá Jonathan a hablar contigo, después Kwanhee y luego yo te traeré la comida a no ser que quieras venir con los demás —Me negué a amedrentarme con su bufido—. Te encantará conocerlos.

Le ayudé a incorporarse y le coloqué la bandeja sobre los muslos. Él comenzó a masticar su desayuno sin mucho entusiasmo, pero con eso bastaba para hacerme sentir esperanzado porque siempre que se alimentaba me demostraba que quería seguir viviendo. Me senté en la silla del escritorio que había en su habitación y comencé a contarle el grupo en el que me habían incluido bajo el nombre de "Hermanos mayores supremos", cómo era cada una de las personas que habitaban aquel lugar y, sobre todo, le habré de Miguel por toda la curiosidad que me causaba.

—Sé que no es lo que querías, pero te van a encantar y Kwanhee te ayudará mucho. Podrás ha…

Uno de los cojines de su cama me dio en la cara, señal de que ya se había cansado de tolerarme. Me levanté de la silla como si nada hubiese ocurrido anunciando que le dejaría descansar y me marché. Jonathan esperaba su turno en la puerta por lo que recibí un apretón de hombros para darme fuerza. Salí a la calle decidido a cumplir con mis recados y cargar todo aquello que habían logrado producir en el rancho para su venta en el pueblo. Me arremangué soportando el calor que había llegado de golpe y comencé a subir las cajas al camión. El sonido de mi teléfono me indicó que era el momento de un descanso. Los chicos habían estado comentando.

Los hermanos supremos:

Kwanhee: Oye, Jules, ¿Hay algo que necesite saber?

Joshua: A mí también me gustaría saber qué estaba pasando esta mañana.

Kwanhee: Tú calla, que deberías estar trabajando, se lo voy a decir a Carl :P. Esto es entre nosotros.

Joshua: No te pega hacer de maleante, ¿Quién te crees que eres? ¿El padrino con la familia es la familia?

Me reí de su breve disputa, pero no respondí rápido. Tenía que pensar la respuesta. No sabía que me había entrado aquella mañana, solo quería cuidarle porque veía que no iba a comer por culpa del sueño que tenía. Recordé, además todo lo que había visto en aquella comida por lo que pensé que era una buena idea aprovechar aquella conexión para descubrir algo más sobre ellos.

Yo: No sé de qué habláis, solo fui buena persona. Conocí a tu hermano ayer y es increíble.

Kwanhee: Lo es, es lo mejor que le puede pasar a nadie ¿Seguro que no es nada?

Yo: No te voy a negar el interés, pero tengo mucho en la cabeza ahora mismo. Dejemos que el tiempo hable —Les puse un sticker señalando con el dedo—. Ni se os ocurra intentar hacer nada.

Joshua: Promesa de boy scout.

Kwanhee: Te estaré vigilando, tengo que dar el visto bueno, así que no intervendré ¿Qué tal tu primer día?

Yo: Bien, este sitio es interesante. No me contestéis si me estoy metiendo donde no me llama, pero… ¿Tenéis algún tipo de juego de rol?

Joshua: No, es más que eso. No sé si deberíamos…

Kwanhee: Va a quedarse aquí, necesita entenderlo y si no, a la calle. Busca BDSM en Google, corazón, y hallarás las respuestas que buscas.

Así fue como tras la comida, en mi tiempo de descanso, tumbado en mi cama, entré en un agujero negro de información en el que con cada búsqueda encontraba algo mejor que lo anterior. No podía parar de buscar. Empecé en la red con contenido informativo y acabé con los libros. En lugar de preocuparme, creció mi interés.

Capítulo 5

Miguel

La primera vez que vi a Oscar, le esperaba en el columpio del porche que tanto le gustaba a Carl. El viento movía ligeramente la estructura de madera, y me balanceaba con lentitud mientras trataba de pensar en las palabras adecuadas para nuestro primer encuentro. Lo había repasado un millón de veces en mi cabeza, pero sabía que al final, las palabras correctas dependerían de lo que viera en sus ojos cuando llegara. Podía captar sus necesidades con una mirada porque, al final, los niños no habían aprendido a velar sus sentimientos por completo sin importar la edad. Sobre todo, era más intenso en aquellos adolescentes que estaban a punto de ser mayores de edad y aún no sabían que era ser adulto.

Y entonces lo vi bajarse del coche. Era más delgado de lo que esperaba, con los hombros tensos y una mochila colgando de un solo lado, como si cargarla correctamente fuera un esfuerzo innecesario. Caminaba detrás de su padre, con pasos cortos y cautelosos, evitando el contacto visual con cualquier cosa que no fuera el suelo de grava que crujía bajo sus zapatos. Incluso desde la distancia, su cuerpo hablaba más que cualquier ficha clínica: las manos apretadas, el cuello rígido, y esa mirada perdida que delataba a alguien que había aprendido a guardarlo todo dentro hasta que no quedara espacio. El padre también era un libro abierto con la expresión cargada de preocupación. Cuando finalmente llegó al porche, levantó la mirada brevemente y nuestras miradas se cruzaron. Había algo en sus ojos, algo apagado pero lleno de expectativas que ni siquiera sabía si quería tener. Me levanté del columpio, manteniendo mis movimientos lentos y sin apuro, como si no quisiera asustar a un animal nervioso.

—Hola, Oscar. Soy Miguel —dije, extendiendo la mano. Su respuesta fue un apretón breve, casi mecánico, como si estuviera cumpliendo con un protocolo antes de retirarse a su caparazón.

—Hola —murmuró, apenas audible.

Se quedó en silencio después de eso, mirando a la madera desgastada del porche como si fuera lo más interesante del mundo. Era evidente que no estaba cómodo, pero no lo culpaba. Esto no era fácil para él. A veces eran nuestros progenitores las personas que más daños provocaban y eso chocaba con la idea que teníamos sobre ellos. Era un sentimiento que incluso de adulto costaba eliminar. Podía asegurarlo a partir de mi propia experiencia, pero me negué a pensar en aquel día.

—Es un buen lugar para pensar, ¿sabes? —dije, señalando el columpio—. Carl dice que aquí el tiempo pasa más lento, y que eso ayuda cuando todo parece ir demasiado rápido. ¿Te gusta el sonido del viento?

Alzó ligeramente una ceja, como si no supiera si estaba bromeando o siendo sincero. Finalmente, dio un pequeño asentimiento.

—Supongo… Es tranquilo —respondió, sin mucho entusiasmo, pero al menos respondió. Eso ya era algo.

Me senté de nuevo en el columpio y le hice un gesto para que se uniera a mí. Dudó por un momento, pero finalmente dejó su mochila en el suelo y se sentó al otro extremo. Sus manos seguían inquietas, jugando con el borde de su sudadera, y sus piernas temblaban ligeramente, como si estuviera acumulando energía que no sabía cómo liberar. Le hice un gesto a su padre para que supiese que estaba en buenas manos y podía ir a buscar a Jonathan para el resto de los trámites que necesitaba realizar.

—Sé que este no es el lugar más común para empezar algo así —dije, moviéndome suavemente hacia adelante y atrás en el columpio —, pero aquí no tienes que demostrar nada. No hay notas, no hay

exámenes, y nadie esperando que seas perfecto. Solo estamos tú, yo, y el rancho.

Vi cómo tragaba saliva, sus ojos clavados ahora en el horizonte. No contestó, pero su respiración empezó a calmarse, apenas un poco. Era un comienzo. Aquel lugar era un pequeño paraíso que iba suponer un cambio para Oscar.

—Dime, ¿qué harías si pudieras tomarte un día libre de todo? Sin presión, sin expectativas. Solo tú. ¿Qué harías? —pregunté, manteniendo mi tono lo más casual posible. Oscar se quedó en silencio por unos segundos, pero luego habló, su voz más baja de lo que esperaba.

—No lo sé. Creo que… dormiría. O tal vez caminaría… donde no hubiera nadie —Se encogió de hombros como si hubiese dicho una tontería.

Su respuesta fue simple, pero estaba cargada de significado. Había pasado tanto tiempo con la carga de agradar y cumplir, que ni siquiera podía imaginar qué era lo que realmente quería. Necesitaba pequeños placeres para sentirse relajado, sin grandes aspiraciones. "¿Qué han hecho contigo?", pensé sintiendo que la rabia me invadía, pero suprimiéndola de mi rostro para que no lo notase.

—Bueno, entonces, ¿qué te parece si empezamos con lo más fácil? —dije, sin presión—. Hoy te llevaré a tu cuarto, te relajarás todo el tiempo que quieras y luego vendré a buscarte para dar un paseo antes de cenar. Paso a paso, día a día ¿Qué te parece?

Oscar no respondió de inmediato, pero vi cómo sus hombros se relajaban un poco mientras el columpio se balanceaba ligeramente. En ese momento, supe que, aunque el camino sería largo, había dado su primer paso porque lo único que necesitaba era saber que podía no hacer nada, que podía dejar los libros atrás un tiempo sin que nadie le menospreciase. Lo llevé a su habitación donde sacó un libro de fantasía que, según me explicó, llevaba tiempo sin poder leer y le felicité por su iniciativa. El resto de la tarde transcurrió alimentando a las gallinas que teníamos desde hace poco,

persiguiendo a Aristóteles para que soltase el cepillo que usaba para los caballos y asegurándome que estos se encontraban bien o no necesitaban mi colaboración. Mi mente estaba ocupada soñando con Jules y la delicadeza con la que me había tratado aquella mañana. ¿Sería quizás un Daddy? No me daba la impresión de que supiese lo que ocurría a su alrededor, tal vez era solo instinto.

—Hola —Me saludó Kwanhee colocando su brazo en mi hombro—. ¿Qué te parece el nuevo?

—B-bien —Me sonrojé automáticamente—. Es simpático.

—¿Solo simpático? —Enarcó una ceja cuestionándome—. Venga, confiesa.

—No puedo dejar de pensar en él, ha llegado pisando fuerte y no voy a decir nada más —Le señalé para que quedase claro que no iba a aceptar ninguna insinuación ni que se involucrase.

Mi hermano me dejó tranquilo pero su sonrisa picarona prometía una actuación dentro de poco. En mi camino a recoger a Oscar, me crucé con Jules que salía del rancho para ir a dónde le tocaba ahora. Al verme, su rostro se ruborizó al instante y me saludó con rapidez, su voz más ronca de lo habitual y sin hacer contacto con mis ojos. ¿Qué habría pasado? ¿Le habría molestado algo conmigo? Me preocupó la posibilidad de haber estropeado el inicio de nuestra amistad. Intenté dejarlo estar mientras llevaba a Oscar a dar un paseo por el rancho, pero era difícil quitarse la idea de la cabeza de que una vez más había espantado a alguien en quien estaba interesado.

—Vamos a dar un paseo todos los días antes de cenar —Le comenté para que supiese que le esperaba—. Por las mañanas montarás a caballo —Ante la mirada de susto, añadí—. cuando estés preparado, mientras cuidaremos de ellos. Además, voy a necesitar tu ayuda —Abrí la puerta del establo mientras hablaba para que viese el lugar en el que estaríamos trabajando y para que conociese a Bruma.

Oscar inclinó la cabeza admirando al aprensivo caballo que ante el ruido trataba de alejarse completamente de la puerta como si así nadie pudiese alcanzarlo. El chico fue consciente de que algo ocurría y apartó la vista para que pudiese volver a sentirse cómodo en su nuevo hogar. Era alguien muy perceptivo y eso me iba a ayudar mucho con lo que tenía pensado.

—¿Qué le pasa? —Me preguntó más interesado que cuando hablábamos de él.

—Alguien en quien confiaba le hizo mucho daño y ahora está conmigo para mejorar. ¿Qué me dices? ¿Crees que podrás ayudarme para que no se sienta solo?

—Por supuesto, ¿Crees que podría aprender a montarle?

—Ya veremos, primero tiene que mejorar y tu conseguir subirte a un caballo sin caerte —Le sonreí, contento de ver que la conexionarme era real. Había encontrado a alguien perfecto para Bruma.

Conversamos un poco más sobre sus preocupaciones. Temía que estando allí no pudiese pasar a segundo el curso que viene, pero le tranquilicé explicándole que teníamos un permiso especial de docencia para aquellos que no podían ir presencialmente a clase. Nosotros le plantearíamos los exámenes y se los enviaríamos a su profesor. Sin embargo, tendría una semana completa antes de que se tuviese que plantear hacer algún que otro ejercicio. Primero debía descansar de todo el estrés que el instituto le había generado.

Más tarde esa noche, incapaz de dormir. Bajé las escaleras con pasos suaves, más por costumbre que por necesidad. El rancho a esas horas tenía una tranquilidad casi palpable, interrumpida únicamente por el crujido de la madera bajo mis pies y el sonido lejano del viento entre los árboles. Había notado durante todo el día que Jules estaba inquieto, más de lo habitual. Incluso cuando intentaba disimularlo, sus gestos lo traicionaban: los dedos tamborileando contra cualquier superficie, su mirada escapándose hacia cualquier parte menos donde estuviera yo, y ese rubor que parecía teñirle las mejillas cada vez que nuestras miradas se

cruzaban. Pensé que había sido algo casual en un momento dado, pero había seguido así durante la cena haciéndome cuestionar lo que había hecho ¿Le habría ofendido de alguna forma?

Al entrar al salón, lo encontré sentado en el sofá, con la espalda recta y las manos juntas sobre las rodillas, como si estuviera intentando mantenerse firme en un mar de incertidumbre. La luz tenue de la lámpara a su lado proyectaba sombras suaves en su rostro, pero no ocultaba el nerviosismo que se reflejaba en sus ojos cuando me vio aparecer. El día anterior cuando había bajado a por agua lo había encontrado igual, empapándose del silencio y me pregunté si era su forma de cuidarse ante los problemas que de planteaba la vida.

—¿No puedes dormir? —pregunté con una sonrisa tranquila, acercándome y sentándome en el otro extremo del sofá.

—Algo así —respondió, evitando mi mirada y bajando la vista a sus manos, que ahora apretaban ligeramente el borde de su sudadera—. Me gusta sentir que todos duerme y disfrutar de unos minutos de tranquilidad. Viejas costumbres del ejército.

Había algo más en su actitud, algo que no era solo insomnio o una vieja costumbre. Lo noté en cómo sus hombros se tensaban cada vez que hacía el intento de mirarme, y en cómo sus pies se movían inquietos contra la alfombra. Sobre todo, era la forma en la que se ruborizaba cada vez que me veía.

—Has estado raro todo el día —comenté, inclinándome un poco hacia él, pero manteniendo mi voz suave. No quería presionarlo, pero tampoco iba a ignorar lo evidente—. ¿He hecho algo que te haya podido molestar?

Jules soltó una risa nerviosa, y su rostro se inclinó hacia un lado, como si estuviera buscando las palabras adecuadas para algo complicado. Finalmente, suspiró y me miró, aunque solo por un breve momento antes de apartar la vista otra vez. No parecía un hombre de dar rodeos. Iba siempre directo al grano, dejando las mentiras para cuando eran completamente necesarias.

—No estoy seguro de cómo decirlo sin sonar… raro —admitió, su voz apenas un susurro. Sus mejillas estaban sonrojadas, y aquello me descolocó un poco. No estaba acostumbrado a verlo así—. Puede que tu hermano me dijese que buscase sobre un tema y…

—No me asusto fácil, ya deberías saberlo —respondí con una pequeña sonrisa, tratando de aligerar el ambiente con una broma por la forma en la que me sobresalté cuando le conocí. Pero él no rio, solo apretó un poco más el borde de su sudadera. Hubo un largo silencio antes de que hablara de nuevo, y cuando lo hizo, fue como si estuviera soltando una confesión que llevaba acumulando todo el día.

—Estuve… estuve leyendo sobre BDSM esta tarde —dijo, tan rápido que casi no le entendí. Luego levantó la mirada, esperando mi reacción, y cuando vio que no me reía ni parecía sorprendido, pareció relajarse un poco, aunque su rubor solo se intensificó.

—¿Ah, sí? —dije, manteniendo mi tono neutral, aunque por dentro me sorprendió un poco. Imaginaba que no formaba parte de la comunidad, pero no pensé que después de un día en el rancho lo estuviese buscando. Dos preguntas se formaron en mi mente ¿Por qué Kwanhee se tenía que meter? Y ¿Estaría interesado?

—S-sí… Estuve observando—Se removió en su asiento, mordiéndose el labio mientras pensaba en lo que quería decir—. Sabía que había algo más en vuestra actitud y luego Kwanhee lo dejó caer.

—¿Qué tal ha ido esa búsqueda? —No quería admitir el miedo que me daba que no tuviese interés porque significaba que debía quitarme toda esperanza de estar con él. —No voy a mentirte. No sé exactamente qué opinar, solo sé que no podía salir del bucle en el que había entrado. Sentía que algunas de esas experiencias me llamaban.

Hizo una pausa, y el silencio se llenó del sonido del viento que golpeaba las ventanas. Finalmente, continuó, su voz más baja, como si no estuviera seguro de si quería que le escuchara o no.

—Lo que pasa es que no sé si está bien intentarlo. ¿Y si no me gusta? ¿Y si decepciono a alguien? ¿Y si…? —Se detuvo, y su mirada finalmente se encontró con la mía, llena de dudas—. ¿Y si te decepciono a ti? Porque eres el primer hombre que llama mi atención durante meses. Mi situación es complicada y no sé a dónde llegaría, pero…

Había vulnerabilidad en sus palabras, pero también una curiosidad genuina que parecía estar luchando por salir a la superficie. Me quedé en silencio por un momento, dejándole procesar lo que acababa de decir. Podía ver lo difícil que era para él abrirse así, y no quería apresurarle. Finalmente, hablé. No solo estaba interesado en mí como nadie antes lo había estado, sino que quería explorar un camino diferente por el simple hecho de que era una parte de mí.

—Primero que nada, no tienes que decidir nada ahora. Ni siquiera tienes que intentarlo si no estás seguro —le dije, con un tono tranquilo—. Explorar algo nuevo no significa que estés comprometiéndote a nada. Es más, un camino para entenderte mejor, y eso no tiene nada de malo.

Vi cómo relajaba ligeramente los hombros, pero aún había algo de tensión en su mirada. Así que añadí:

—Y si decides intentarlo, voy a estar en cada paso del camino. Llevo ya muchos años en esto —Me reí para aliviar la tensión—. Pero si no es lo tuyo, no cambiará el interés que siento por ti. No voy a juzgarte, Jules. Igual que tampoco lo haré si necesitas explorar lentamente dadas tus circunstancias. No voy a mentirte, ¿me encantaría que me dieras una oportunidad? Obviamente, pero sé que estás en duelo y tienes a alguien que depende de ti. No es fácil tomar una decisión así —Luego miré hacia las escaleras que conducían al dormitorio de Jonathan—. Si necesitas más información, Jonathan, Calvin y Carl podrán dártela. Cuando tengas una decisión, ven a buscarme, mientras ¿amigos?

Él asintió lentamente, y por primera vez desde que comenzó la conversación, dejó escapar una pequeña sonrisa, tímida pero real. Y

ahí, en ese momento, sentí que había dado un paso hacia entender lo que pasaba por su cabeza… y quizás, también, lo que pasaba por mi corazón. Aquella noche pude dormir más ligero al saber que no había sido mi actitud la que lo había ahuyentado. Solo era la idea de una aventura que quizás pudiésemos recorrer juntos.

Capítulo 6

Jules

Al día siguiente fui directamente a la habitación de mi hermano antes del desayuno con lo que Simón pudo darme para él. Abrí las persianas, descorrí las cortinas y abrí las ventanas para que corriese el aire. Mi hermano protestó, pero continuó mirando hacia la pared, dándome la espalda. A cambio de su indiferencia le conté lo que había hecho el día anterior tomando la misma actitud que Miguel con ese caballo asustado y quebradizo que estaba cuidando. Le expliqué lo que había encontrado por internet y como los miembros del rancho podían formar parte de la comunidad. Sabía por otras fuentes que mi hermano tendía a ir a clubs de ese estilo por lo que pensé que saberlo podía ayudarle a salir de aquella habitación. Al menos, dejaba que todas las noches le duchase sin mucha protesta.

—Creo que es un *middle*, aunque tú seguramente lo hubieses sabido nada más verle. Me dijo que estaba interesado en mí, pero que esperaría lo que hiciese falta para que estuviese seguro de querer intentarlo.

Empecé a escuchar el bullicio de los demás llenando el comedor y el salón así que terminé mi conversación deseándole un buen día. Si no me equivocaba, hoy vendría Minho a hablar con él por tener el día libre en el colegio donde daba clases. Los niños solían jugar en el rancho mientras los padres trabajaban. Liam siempre acababa con Julia viendo como cuidaba a los animales heridos y seguido siempre de su fiel compañero, un gato que había rescatado años atrás. La pequeña de la familia solía ir detrás de Aristóteles la mitad del tiempo, por lo que había que vigilarla.

Era agradable ver como añadían a su rutina familiar a un montón de tíos que se desvivían por ellos. Me enteré después, cuando Minho

habló conmigo sobre mi hermano, de que los niños eran de un matrimonio anterior y que Jonah se quedó viudo muy joven por un robo que salió mal. Entraron en casa, su marido y su hijo estaban allí y acabaron disparando. Poco tiempo después de conocer a Minho fue alcanzado por una bala haciendo su trabajo y tuvieron un comienzo difícil al descubrir nuevos recuerdos. Su historia me resultó especialmente difícil. Una vez más, el rancho me demostraba ser un buen lugar para sentirse a salvo.

Ese día, cuando la vorágine de repartos se calmó y todos se dispersaron a trabajar, me tocó ir al establo donde pude ver a Miguel en acción, explicándole a Oscar que había que hacer para alimentar a los caballos. Tiempo después, cuando el sol estaba alto y el calor me hacía sudar bajo la camisa, iba cargando los fardos de heno hacia el establo. Jonathan trabajaba conmigo, pero parecía hacerlo con una gracia casi insultante. Mientras yo apenas podía con mi carga, él avanzaba con la suya como si no pesara nada, su cabello despeinado y su sonrisa ligera, como si estuviera disfrutando cada segundo de aquella tarea.

—¿Siempre lo haces parecer tan fácil? —pregunté entre risas, dejándome caer contra la pared del establo para tomar un respiro.

—Tal vez, o tal vez es que soy bueno fingiendo —respondió con un tono divertido, apoyando su propio fardo en el suelo y limpiándose el sudor de la frente con un pañuelo que sacó del bolsillo. Su energía tranquila era contagiosa, y por un momento olvidé el agotamiento—. Son los años de práctica, ya te acostumbrarás.

Lo comentó como si me invitase a quedarme durante mucho tiempo ¿Podría llegar a hacerlo? ¿Convertiría aquello en mi hogar después de haber perdido el mío? Nos quedamos en silencio mientras trabajábamos un rato más, el sonido de los caballos moviéndose en sus establos llenando el espacio. Mis pensamientos seguían dando vueltas a la conversación que había tenido con Miguel la noche anterior. No podía sacarme de la cabeza esa curiosidad creciente, y Jonathan siempre parecía tan seguro de sí mismo, como si tuviera todas las respuestas. Además, había sido uno de los que el chico,

que ahora se encontraba en algún rincón del rancho con Oscar para que conociese a otros animales, me había recomendado. Decidí arriesgarme.

—Oye, Jonathan… —empecé, sintiendo cómo mi garganta se secaba de repente. Él levantó la vista de su trabajo, arqueando una ceja, pero sin perder esa expresión amable—. ¿Puedo preguntarte algo personal?

—Claro, Jules. Adelante —respondió, cruzándose de brazos y mirándome con atención.

Había algo en su mirada que me hacía sentir que no podía esconderme, pero no de una forma intimidante, sino más bien reconfortante. ¿Era así como se sentían todos en el rancho? ¿Por eso la mayoría había acabado quedándose? Tragué saliva y busqué las palabras correctas, aunque sabía que probablemente sonaría torpe sin importar cómo lo dijera. No entendía el protocolo en aquel extraño universo en el que había aterrizado.

—He escuchado que eres un "Daddy" o más bien, lo he imaginado. Kwanhee insinuó algo, entré en el pozo sin fondo que es internet y até cabos —La palabra salió más baja de lo que esperaba, como si el propio término tuviera un peso del que no era del todo consciente—. ¿O me estoy equivocando y tendré una anécdota vergonzosa para el resto de mi vida?

—No te equivocas —Se rio con una fuerte carcajada tendiéndome un pequeño recipiente de fruta que nos había preparado Simón—. A veces no somos tan sutiles como pensamos que lo somos. Calvin es mi chico y yo soy su Daddy, pero dudo que estés aquí buscando confirmación a tus sospechas.

—Puede que la búsqueda despertase mi atención y...

—Miguel te interesa y es parte de la comunidad.

Me dio unas palmadas en la espalda cuando el jugo de la uva que estaba masticando entró por el otro lado de la impresión. Aquel hombre era muy perceptivo, una de las razones por las que debía

ser tan bueno en lo que hacía. Me pregunté si ser un Daddy le hacía ver aquellos detalles que los demás pensábamos que no existían.

—Perdón, el desayuno de ayer pudo dejar a la luz que es un interés mutuo, pero no estamos hablando de eso, así que pregúntame.

— ¿Qué consigues de algo así? ¿Qué significa para ti? Y más importante ¿Qué le aporta a Calvin?

Por un momento, Jonathan pareció sorprendido, pero no de una forma negativa. Más bien, parecía estar pensando cuidadosamente cómo responder. Vi cierta nota de orgullo en su mirada como si hubiese hecho las preguntas correctas. Luego, dejó escapar una pequeña risa y se sentó en uno de los bancos del establo, haciéndome un gesto para que me uniera a él.

—Eso es una pregunta más profunda de lo que crees, ¿sabes? —dijo, apoyando los codos en sus rodillas mientras miraba al suelo, como si estuviera organizando sus pensamientos—. Para mí, ser un "Daddy" no es solo un rol o una etiqueta. Es… responsabilidad, cuidado, conexión. No se trata solo de ser una figura de autoridad o de alguien que da órdenes, aunque eso es parte de ello. Es más, sobre crear un espacio seguro para la otra persona, donde puedan ser ellos mismos, vulnerables, sin miedo al juicio. Es cuidar a la otra persona, estar atento a sus necesidades. Piensa por ejemplo en la forma en la que le partiste el desayuno a Miguel, necesitaba alimentarse, pero estaba cansado y tú lo supiste ver.

Asentí lentamente, procesando sus palabras mientras él continuaba.

—¿Qué consigo de eso? Bueno, supongo que consigo satisfacción. Saber que estoy ayudando a alguien a sentirse seguro, a explorar quién es, a crecer. Es una especie de equilibrio: yo les cuido, pero también me dan algo a cambio. Confianza, intimidad, y, en muchos casos, amor. Es… diferente con cada persona, pero siempre se basa en lo mismo: respeto mutuo.

Jonathan giró la cabeza para mirarme, y esta vez su expresión era más seria.

—No es para todos, Jules, y eso está bien. Pero si sientes curiosidad, lo más importante es que tengas claro lo que quieres, lo que buscas. Y recuerda: nada de esto funciona sin comunicación y consentimiento. Es un baile, no un monólogo. Sin embargo, no soy yo al que necesitas. Puedo hablarte del Daddy Kink, pero lo que tú quieres saber es como ser el Daddy de un middle y eso es algo que Carl te contará sin tapujos.

Asentí de nuevo, sintiéndome un poco más ligero después de escucharlo. Había algo en su manera de explicarlo que hacía que todo pareciera menos intimidante, más humano. Le di una pequeña sonrisa, agradecido por su honestidad.

—No quiero hacerle daño a Miguel prometiéndole que esto es algo que realmente deseo. Necesito tener toda la información.

—Piensa, ¿Qué sentiste al cuidar a Miguel en el desayuno? ¿Qué pensaste cuando esta mañana lo mandaste de vuelta a su cuarto porque se había dejado la ropa de abrigo para las primeras horas de la mañana porque todavía refresca?

—Satisfacción —Admití—. Sentí que estaba haciendo lo correcto.

—¿Después del día esquivándole hablaste con él? Porque la comunicación es otro factor decisivo.

—Sí —Afirmé, viendo lo que trataba de enseñarme. Pasase lo que pasase, tenía el corazón en el lugar adecuado y sabía a dónde quería que llegase. El hecho de que mis instintos ya estaban en esa misma dirección, lo hacía más fácil. Quizás estaba encontrando lo que llevaba toda vida buscando.

—Gracias por responderme, Jonathan. Creo que necesitaba escucharlo.

—Para eso estamos —respondió, dándome una palmadita en el hombro antes de levantarse—. Ahora, volvamos al trabajo antes de que los caballos decidan que somos inútiles.

Su risa resonó mientras volvía a su tarea, y por primera vez en mucho tiempo, sentí que podía hacer preguntas difíciles sin sentirme juzgado.

Durante la comida, Miguel parecía estar más juguetón de lo habitual y no dejaban la pequeña consola portátil que se habían bajado. Me sentía un poco mejor después de la charla con Jonathan y de saber que Minho parecía haber captado la atención de mi hermano. No le había hablado, pero en lugar de mirar al techo, había escuchado cada una de las palabras que le decía. Por lo que me había comentado, había conseguido que Kwanhee trabajase en su nueva prótesis. No era un gran paso para muchos, pero yo lo veía como un logro enorme.

—Apaga eso —Le dije a Miguel levantando las cejas para que viese que iba totalmente en serio. Fue un impulso, un comentario que salió por instinto—. Cuando acabemos de comer, te la devuelvo —Le tendí la mano y el me lo entregó con un suspiro resignado. Aproveché y miré a Kwanhee que hizo lo mismo poniendo los ojos en blanco.

Cuando levanté la cabeza, todos fingían estar pendientes de otro tema y las conversaciones se reanudaron sin ningún sentido. Carl acababa de hacer lo mismo con Joshua por lo que confirmé que era él con quién debía hablar. ¿Qué mejor forma de enterarse que yendo a alguien con experiencia sobre el mismo aspecto de la comunidad BDSM que me estaba interesando?

No espere mucho tiempo. En cuanto llegó el descanso tras la comida y le devolví la consola para que pudiesen disfrutar un poco del juego que tenían entre manos, seguí a Carl hasta el porche. Nos sentamos juntos mientras yo formaba las palabras en mi cabeza y el esperaba paciente. El sonido del viento mecía suavemente las ramas de los árboles, y el porche parecía el lugar perfecto para descansar después de la comida. Carl había optado por uno de los sillones,

disfrutando con las botas apoyadas en la barandilla y una calma absoluta dibujada en su rostro. Aunque no hablaba mucho, tenía esa forma de estar presente que resultaba reconfortante, como si su mera compañía llenara el espacio.

Yo, por otro lado, seguía siendo una vorágine de pensamientos y predicciones futuras. La conversación con Jonathan daba vueltas en mi cabeza, igual que la sonrisa que había dibujado Miguel al sentirse escuchado durante la comida. Estaba haciendo algo mal y antes de que otro pudiese intervenir, había ocupado yo el lugar. Incluso Calvin me había guiñado el ojo con aprobación como si aquello fuese lo correcto. Había visto cómo Carl interactuaba con Joshua y Luca, cómo parecía cuidar de ellos de una manera que no terminaba de entender del todo pero que despertaba mi curiosidad. Sabía que tenía lo que había que tener para ser un Daddy. Me gustaba cuidar a los demás, me divertía esa actitud de joven travieso que a veces tenía Miguel y podía poner límites cuando era necesario.

Capítulo 7

Jules

—Carl… —empecé, un poco nervioso, mirando al horizonte en lugar de a él—. ¿Puedo preguntarte algo?

En el fondo me sentía ridículo. Acababa de llegar, mis padres habían muerto hacía dos meses y mi hermano no quería salir de la cama si no le obligabas. Me hacía sentir superficial, egoísta y, sobre todo, tonto, querer explorar un aspecto de mí que no conocía con alguien más. Era como si una parte de mí pensase que no podía ser feliz. Debía castigarme porque las personas a las que más amaba no podían disfrutar de la vida.

—Sea lo que sea, no te martirices —respondió sin dudar, bajando las piernas de la barandilla y girándose ligeramente hacia mí. Su tono era tranquilo, pero su atención estaba completamente en mí, como si no hubiera nada más importante en ese momento—. Lo que ocurrió no fue culpa tuya, igual que el sufrimiento de otros no lo es. Es difícil querer ser feliz cuando ocurren tragedias, pero, pregúntate que desearían tus padres.

No podía comprender cómo había leído mi mente. Sus palabras habían dado de lleno con una de mis mayores preocupaciones. Esa idea de que debía frenarme, de que no era el momento de seguir adelante. No podía olvidarme de ellos y lo que les había ocurrido.

—Ellos habrían querido verme feliz —Le respondí sin duda alguna.

—Quizás sería bueno que alguno de nosotros trabajase contigo —Antes de que pudiese protestar, añadió—. Te sentirás mejor y harás bien a tu hermano. El primer paso para ayudar a los demás, es estar bien con uno mismo. Además, tenemos en este rancho elaborado un

sistema de apoyo porque no siempre somos buenos jueces con nosotros mismos. Ahora desembucha lo otro que te preocupa.

Seguiría su consejo. No podía exigir a mi hermano que continuase con su vida, pero yo estancarme. Buscaría a alguien que tuviese un hueco para hablarle sobre la culpa y la sensación de no poder seguir adelante. Tomé aire y solté la pregunta que llevaba días rondándome.

—He estado escuchando sobre lo que significa ser un "Daddy" para un middle. Sé que tienes esa relación con Joshua y Luca. ¿Cómo es eso para ti? ¿Qué significa realmente?

Carl me miró durante un segundo, probablemente procesando la pregunta, antes de esbozar una pequeña sonrisa. Era una sonrisa cálida, como si estuviera contento de que hubiera confiado en él para hablar de algo así.

—Es una buena pregunta —respondió, apoyando los codos en las rodillas mientras se inclinaba hacia adelante—. Para mí, ser un "Daddy" para un middle es mucho más que solo un rol. Es una forma de estar ahí para alguien que necesita un espacio seguro donde puedan ser vulnerables, despreocuparse de las cosas del mundo adulto y simplemente… dejarse llevar.

Le miré con curiosidad, animándole a seguir.

—Con Joshua y Luca, por ejemplo, sé que ambos tienen mucho peso en sus vidas. Joshua, con todo lo que ha pasado, y Luca, con su forma de ser tan entregada. Cuando entran en ese espacio, cuando dejan salir a su lado más juvenil y despreocupado o, en el caso de mi cachorro, su lado más animal, siento que mi trabajo es ser el ancla que los sostiene, el refugio donde saben que todo estará bien. —Carl se encogió de hombros ligeramente, su mirada suave—. No es solo que les cuide, ¿sabes? Ellos también me dan algo a cambio.

—¿Algo a cambio? —repetí, tratando de entender mejor.

—Claro. Me dan su confianza, y eso no tiene precio. Verlos reír, disfrutar, o incluso pedir ayuda con cosas simples… me hace sentir

útil, conectado. Es un tipo de intimidad que no se consigue de otra forma. Pero no es todo diversión. A veces también soy quien pone límites, quien les recuerda que, aunque estén en ese espacio, siempre hay respeto mutuo. Algo así como lo que has hecho en la comida. No todos son iguales, Joshua por ejemplo no le gusta ser travieso o difícil, pero Miguel y Kwanhee les encanta rozar el límite y ser castigados.

Asentí, procesando lo que decía. Sus palabras tenían sentido, pero había algo que seguía rondando en mi cabeza.

—¿Y cómo sabes que ellos… no sé, no se cansarán de eso? —pregunté, intentando poner en palabras mis dudas—. ¿Cómo puedes estar seguro de que, al final, no sentirán que todo es demasiado… extraño?

Carl soltó una pequeña risa, pero no era burlona. Más bien, parecía que entendía perfectamente lo que quería decir. Posiblemente mis preguntas no fuesen nuevas para ninguno de ellos. Todos se habrían planteado lo que estaba ocurriendo cuando decidieron explorar. Nadie sabía todo desde el momento que nacían, siempre había momentos de cuestionarse lo que conocemos de nosotros mismos. Al fin y al cabo, el mundo no era estático, estaba en continuo cambio y movimiento.

—No puedes estar cien por ciento seguro de nada, Jules. Pero ahí es donde entra la comunicación. Antes de cualquier cosa, hablas. Dejas claro lo que esperas, lo que ellos esperan, y si en algún momento algo no funciona, se detiene. Nadie está obligado a nada. Si Joshua o Luca alguna vez quisieran dejarlo, lo respetaría. Pero mientras lo hacemos, mientras ambos estamos de acuerdo, es algo hermoso que compartimos.

Hizo una pausa y me miró directamente.

—No se trata de imponer nada. Se trata de acompañar. Si te interesa explorar algo como esto, lo importante es que seas honesto contigo mismo y con la otra persona. Y recuerda, no necesitas tener todas

las respuestas ahora. A veces, lo que importa es simplemente estar dispuesto a aprender.

Su respuesta me dejó pensando. Había algo en su manera de hablar que hacía que todo pareciera más claro, menos aterrador. Miré al horizonte, dejando que sus palabras se asentaran en mi mente mientras el viento nos envolvía. Ahora solo tenía que hablar con Miguel, comprender que esperaba de una relación así y establecer nuestros límites. Carl incluso me ofreció la plantilla que él había estado usando con cada sub con el que había hecho una sesión. Tenía lo que le había escrito el psicólogo que vivía en mis pensamientos constantemente, pero preferí rellenar uno nuevo entre los dos por si había algo en nuestra dinámica que fuese distinto ya que se trataba de una persona distinta.

—Gracias, Carl. Creo que necesitaba escucharlo —dije finalmente, dándole una pequeña sonrisa.

—Para eso estoy, Jules. Siempre que quieras hablar, aquí estaré. —Sonrió de vuelta y volvió a apoyarse en la silla, dándome el tiempo y el espacio para reflexionar en paz.

Poco tiempo después, Luca y Joshua se lo llevaron de allí para hablar, aunque intuía que era lo último que harían. Sabía que no tendrían mucho tiempo porque la paciente de Carl vendría en unos minutos por lo que habían anunciado, pero seguro que se volverían creativos. Estaba riéndome de ese pensamiento cuando apareció Miguel en mi campo de visión, jugaba a la pelota con Liam y Oscar como si no hubiese un mañana. Sonreí al ver cómo se lanzaba a por el pase que le había mandado el pequeño para conseguir detener al adolescente que no dejaba de reír. Era bueno con los niños, no se podía negar y eso me enternecía. Estaba tan embobado con el hombre que no me di cuenta de la presencia que se había colocado a mi lado hasta que habló:

—¿Vas a admitir ya que te gusta mi hermano?

—Y-yo... —Me giré como si me hubiesen pillado haciendo pellas en el instituto o cometiendo alguna ilegalidad—. Está bien, lo admito.

—Entonces ¿Por qué estás aquí con ojos soñadores y no allí con él? —Me preguntó burlón.

—He estado recabando información primero y consiguiendo un empujón —Para que me dejase tranquilo antes de que Rudolf a mi lado no tuviese comparación, cambié de tema—. ¿Por qué estás aquí fuera?

—Acepto tu jugada porque necesito que me acompañes —Me señaló con el dedo acusador—. Va a venir tu hermano a la clínica y pensé que estaría más cómodo contigo.

De pronto, toda la felicidad que había estado sintiendo se nublo al saber que no querría mi apoyo. Llevaba tiempo deseando que no estuviese a su lado. Sin embargo, no me asustaba fácilmente. Por eso asentí y lo seguí hasta el cuarto de mi hermano. En cuanto me vio, entrecerró los ojos, pero no me echó. Me permitió quedarme apoyado contra el armario mientras Kwanhee le hablaba del proceso. Aceptó que le midiese por lo que supuse que estaba avanzando. Cuando Kwanhee se fue, volvió a tumbarse dándome la espalda, pero reprimí el suspiro que quería escaparse por mis labios y continué como se había vuelto mi costumbre. Me senté en la silla de su escritorio y le relaté lo que había estado haciendo ese día. Era consciente de que toda conversación acaba girando entorno a Miguel.

—Todos me han aconsejado que debería explorar lo que estoy sintiendo, pero…

—Tienes miedo —Susurró la voz de mi hermano sobresaltándome—. Todos tenemos miedo. Ve, pídele una cita y déjame en paz —Me espetó al final.

La hostilidad en su tono al terminar de hablar me dio igual. Había hablado conmigo y para mí eso ya era suficiente. Se sentía vulnerable y frágil, pero había hablado. No sabía si aquello avanzaría o retrocedería de nuevo al silencio, pero la esperanza no dejaba que pensase en lo que podía ir mal en el futuro.

—Voy a hacerte caso, nos vemos cuando traiga la cena.

Antes de que saliese por la puerta escuché débilmente un "suerte" y sonreí sintiendo que cualquier cosa era posible. Por eso en cuanto di con Miguel que hablaba con Oscar sobre lo que debían hacer con Bruma, le dije:

—¿Quieres cenar conmigo mañana?

El joven psicólogo se quedó mirándome desconcertado como un ciervo ante los faros de un coche. Oscar se reía de la situación porque yo cada vez me ponía más nervioso y él hablaba menos.

—Respóndele, sácale de su miseria que le va a dar algo —Respondió el chico con una carcajada.

—P-perdón —Se disculpó ruborizándose cada vez más—. Sí, me encantaría.

—En la puerta a las siete —Le dije con un beso en su mejilla antes de marcharme.

Hasta que no tuviésemos una conversación ni una cita no iba a hacer nada. Quería que tuviese su momento especial porque sentía que Miguel lo necesitaba. Debía tener a alguien cuidándole y mimándole a falta de años sin esa experiencia. Mi hermano me había dado su aceptación de alguna forma. No podía desaprovechar esa oportunidad. Estaba tan contento de que el resto de la tarde me la pasé arreglando una de las vallas más alejadas sin rechistar, aunque fuese un trabajo tedioso. Afortunadamente me acompañaba uno de los nuevos, un hombre muy divertido que era capaz de amenizar cualquier labor. Estuvo contándome que esa mañana había tenido que perseguir a Aristóteles porque se había llevado uno de sus pantalones del tendedero.

Al día siguiente llegó la crisis. El sol brillaba alto mientras quitaba las malas hierbas del huerto y lo preparaba para plantar la nueva tanda. Jonathan me había anunciado que en una semana comenzaría a tratar a mi primer paciente, mi hermano había aceptado salir de su habitación hasta la clínica de Kwanhee y Miguel parecía brillar de la

emoción por nuestro plan de esa noche. Sin embargo, mientras trabajaba surgió la duda ¿Qué podía hacer para que fuese especial? Había quedado muy poco por culpa del ejército y después me resultó difícil volver al mundo de las citas. Opté por la mejor opción, hablar con quienes le conocían mejor.

Yo: Pregunta de un amigo ¿A dónde iríais a una cita para que sea especial?

Kwanhee: El amigo es él

Joshua: No te metas con él, deja que finja que no sabemos. Yo llevaría a Miguel… Digo, al amigo especial de tu amigo… A los recreativos de la ciudad tras una pizza.

Kwanhee: Que planazo. Puedes disfrutar bien porque mañana libráis los dos.

Joshua: ¿Cómo lo sabes?

Kwanhee: Puede que hablase con Jonah para que los días libres les coincidiesen.

Yo: ¿No se supone que íbamos a fingir? Mi amigo os agradece las ideas y el cambio que habéis hecho.

Kwanhee y Joshua había conseguido ganar puestos muy rápidamente en mi lista. Después de haber perdido a mi mejor amigo y los diversos cambios de mi vida, no había tenido tiempo suficiente para crear raíces. Tenía miles de conocidos, compañeros y relaciones esporádicas, pero nada suficientemente importante como para querer tener un hogar en algún lugar más allá de la familia que había perdido.

Capítulo 8

Miguel

El día comenzó como cualquier otro en el rancho, pero la ansiedad que sentía en el pecho me hacía pensar que estaba a punto de enfrentar algo mucho más importante que las tareas diarias. Hoy era la gran cita, el momento más esperado desde que ayer me sorprendiera. Nuestra primera cita y no tenía ni idea de adónde íbamos. No saber que necesitaba me tenía aún más nervioso hasta el punto de recibir las burlas de mi huésped que quería conocer todos los detalles después. Jules había insistido en encargarse de todo, dejando claro que quería sorprenderme. Por otro lado, no podía dejar de preguntarme qué tenía planeado. A lo largo de la mañana, traté de mantenerme ocupado, pero mi mente seguía regresando al mismo pensamiento: ¿Y si lo estropeo? ¿Y si no me comporto cómo debería? Era una tormenta de inseguridades que traté de ignorar mientras terminaba de limpiar el establo.

Cuando el reloj marcó la hora, corrí a mi habitación para arreglarme. Quería lucir bien para él, pero también quería parecer casual, como si no me hubiera pasado todo el día preocupado por esto. Opté por unos vaqueros, una camiseta sencilla y una sudadera con capucha. Algo cómodo. Algo… seguro. Cuando bajé las escaleras, lo vi esperándome en la entrada del rancho, apoyado contra su coche, con una pequeña sonrisa que hacía que mis nervios se derritieran un poco.

—¿Listo? —preguntó, con una voz tan tranquila que casi me hizo olvidar mi ansiedad.

—¿No vas a decirme adónde vamos? —repliqué, medio en broma, pero con una verdadera curiosidad.

—No. Solo relájate y confía en mí, ¿vale? —respondió, abriendo la puerta del copiloto para que subiera.

La mayor parte del trayecto lo pasé mirando por la ventana, intentando descifrar alguna pista sobre nuestro destino. Jules conducía con una calma impecable, como si no estuviera tan nervioso como yo. Pero lo conocía lo suficiente para notar cómo tamborileaba los dedos en el volante de vez en cuando, un pequeño gesto que delataba sus propios nervios. Cuando finalmente nos detuvimos, miré por la ventana y mi boca se abrió un poco al reconocer el lugar. Estábamos frente a un local de recreativos, con luces de neón parpadeando y el sonido de máquinas y risas escapando por la puerta.

—¿Recreativos? —pregunté, sorprendido, mientras me giraba hacia él.

—Sí. —Jules sonrió, casi tímidamente—. Pensé que sería divertido. Además, tengo la sensación de que te gustará.

No pude evitar sonreír también. Había acertado. No sabía cómo lo había hecho, pero había acertado completamente. Dentro, el lugar era un caos colorido, lleno de luces, sonidos y gente disfrutando. Al principio, traté de actuar relajado, pero pronto me dejé llevar. Fue como si algo dentro de mí se encendiera. Gané un peluche ridículamente adorable en una máquina de garra después de varios intentos fallidos que hicieron que Jules se riera hasta las lágrimas. Luego, lo arrastré a jugar air hockey, donde ambos terminamos gritando y riendo como si fuéramos adolescentes en lugar de adultos.

Cada momento que pasaba con él hacía que me sintiera más libre, más despreocupado. Era como si hubiera olvidado toda la presión y las responsabilidades del mundo exterior, permitiéndome disfrutar del presente. Después de un rato, nos sentamos en una pequeña mesa para compartir una pizza enorme. Jules me observaba con una mezcla de diversión y ternura mientras devoraba una porción con más entusiasmo del que probablemente debería haber mostrado.

—¿Qué? —pregunté con la boca medio llena, sintiendo el calor subir a mis mejillas.

—Nada. Es solo que… estás realmente disfrutando esto, ¿verdad?

Asentí, tragando rápidamente.

—Sí. No recuerdo la última vez que me divertí tanto. Gracias por esto, Jules. En serio.

Su sonrisa fue suficiente para derretirme, pero lo que realmente me desarmó fue cómo su mano se deslizó sobre la mesa para tomar la mía por un breve momento antes de volver a su plato.

De regreso al rancho, el coche estaba lleno de un silencio cómodo, uno que no necesitaba ser llenado con palabras. Sostenía el peluche que había ganado, aferrándome a él como si fuera un trofeo. Cuando llegamos, me quedé unos segundos más en el coche, sin querer que la noche terminara. Jules pareció notar mi reticencia y caminó conmigo hasta el porche. Nos quedamos allí, bajo la luz tenue de la luna, con el sonido de los grillos llenando el aire.

—Gracias otra vez. Esto fue… perfecto —dije, girándome hacia él.

—Me alegra que te haya gustado, Miguel. Te lo merecías.

Fue entonces cuando nuestros ojos se encontraron, y por un momento, todo lo demás dejó de importar. Lentamente, me incliné hacia él, y cuando nuestros labios finalmente se encontraron, fue como si el mundo se detuviera. El beso fue suave al principio, pero pronto se volvió más profundo, más intenso, como si estuviéramos vertiendo en él todo lo que no habíamos dicho en palabras. Cuando finalmente nos separamos, respirábamos con dificultad, y una sonrisa tímida apareció en su rostro.

—Definitivamente… perfecto —susurré, todavía sin soltar el peluche, mientras él reía suavemente y me daba un último vistazo antes de entrar en la casa con la promesa de que al día siguiente usaríamos nuestro día para hablar sobre lo que queríamos lograr con esta

relación para poder tener escenas, aunque con la cita de hoy ya había conseguido liberarme de todas las presiones de la vida adulta.

El sol apenas había comenzado a asomarse por el horizonte cuando terminamos de preparar los caballos. Jules, con su usual calma, verificaba cada detalle antes de subirse a la montura. Yo, por otro lado, estaba demasiado emocionado por la idea de ir al lago como para concentrarme. No ayudaba que, cada vez que me giraba, lo encontraba mirándome con una pequeña sonrisa, como si disfrutara de mi entusiasmo.

—¿Estás seguro de que no vamos demasiado temprano? —pregunté, aunque en realidad no me importaba—. Es mi día libre y he tenido que madrugar —Hice un puchero consiguiendo que se riese.

—El lago es más tranquilo a esta hora según Calvin —respondió, sujetando las riendas de su caballo con una facilidad que siempre me impresionaba—. Además, quería que tuviéramos tiempo para nosotros antes de que el rancho comience con su usual ajetreo.

No había forma de discutir con eso. Montamos en silencio por un rato, el sonido de los cascos de los caballos y el susurro del viento siendo nuestra única compañía. El aire fresco de la mañana me despejaba la mente, y, aunque normalmente me gustaba hablar y llenar los espacios con bromas o comentarios, esta vez me sentía tranquilo, casi sereno. Cuando llegamos al lago, era como si estuviéramos en otro mundo. El agua estaba inmóvil, reflejando el cielo de un azul suave, y los árboles que rodeaban la orilla creaban una especie de refugio privado solo para nosotros. Jules desmontó primero, ayudándome con una mano firme y segura cuando intenté bajarme torpemente de mi caballo.

—Eres todo un caballero, ¿sabes? —bromeé, aunque en el fondo era una de las cosas que me estaban conquistando.

—Ya sabes a quién acudir si estás en problemas—respondió con una leve sonrisa y un guiño que hizo que mi corazón diera un vuelco.

Extendimos una manta cerca del agua, y Jules sacó de su mochila un par de termos y algunas cosas para desayunar: fruta, panecillos y algo de queso. Me senté con las piernas cruzadas, observándolo mientras colocaba todo con una precisión tranquila. Había algo en su manera de hacer las cosas, en cómo cuidaba cada detalle, que me hacía sentir... seguro. Era extraño, porque yo siempre había sido de los que evitaban depender demasiado de alguien, pero con Jules, todo parecía diferente. Nunca sabías cuándo iban a abandonarte y era mejor protegerse. Una punzada de dolor vino a mi mente del recuerdo que todos los años me asaltaba en estas fechas.

—¿Qué piensas? —me preguntó de repente, pillándome observándolo. Sabía que debía haber visto en mí la tristeza que me había golpeado de pronto.

—Supongo que sabes porque es de conocimiento general que me he criado de orfanato en orfanato. Allí conocí a Kwanhee —Apoyé la cabeza en su hombro buscando confort y rápidamente me pasó su brazo para acercarme más—. Lo que no sabe nadie más allá de Kwanhee es que hace unos años, tras conseguir mi título, fui a buscar a mi madre. La encontré por casualidad y decidí que, con el paso del tiempo, viendo en que me había convertido, me aceptaría. Sin embargo, no solo no me quiso, sino que tenía una familia con un hombre mejor cuyo hijo tenía un año menos. Me abandonó para casarse con él porque no iba aceptarme y durante años me pregunté si había algo mal en mí.

—Esa mujer no sabe lo que se ha perdido. Lo que ella dejó ir, es la ganancia de Kwanhee y el resto de la familia que has creado —Me aseguró besando mi cabeza—. Mi madre me dejó con mi padre sin que él supiese que tenía un hijo y gracias a que ella no pudo más, encontré a la mejor mujer del mundo. Acabó siendo mi madre y me quiso como si fuese suyo. Al final lo que importa es la familia que construyes. No quiere decir que haya algo malo en ti, sino que hay personas que no son buenas y no deberían tener hijos.

—Siento mucho tu perdida —Le dije porque hasta ahora no habíamos hablado de sus padres—. Tuvo que ser difícil.

—Lo es, pero poco a poco dolerá menos —Me alejó para verme el rostro y limpiarme las lágrimas—. Paso a paso, demostremos que somos perfectos, aunque hubiese personas que nos abandonaran.

—¿Te han dicho que eres demasiado perfecto? —Sonreí y, antes de que pudiera responder, añadí—: No te preocupes, no dejaré que se te suba a la cabeza.

Él rio bajo, sacudiendo la cabeza antes de pasarme un panecillo. Comimos en un silencio cómodo durante unos minutos, pero había algo en el ambiente que me hacía sentir que era el momento adecuado para tocar un tema importante. Quería que las cosas entre nosotros fueran claras, especialmente después de lo que habíamos compartido la noche anterior.

—Jules —dije finalmente, dejando mi taza de café en la manta—, creo que deberíamos hablar sobre... bueno, sobre lo que queremos.

Él me miró con interés, dejando su propio termo a un lado.

—Estoy de acuerdo. —Su tono era sereno, pero había una intensidad en sus ojos que me hizo sentir que tenía toda su atención.

Me pasé una mano por el pelo, buscando las palabras correctas.

—Sabes que me gusta... explorar mi lado middle. —Miré hacia el lago por un momento antes de volverme hacia él—. Me gusta tener reglas, que alguien me guíe, me cuide. Pero también me gusta romper esas reglas de vez en cuando.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro, como si ya hubiera sospechado eso.

—¿Eres un poco travieso, entonces? Es bueno saberlo para prepararme —preguntó, su tono tan calmado que me sentí menos nervioso.

—Un poco —admití, riendo suavemente—. Me gusta hacer pequeñas travesuras. No cosas grandes, pero... no sé, romper una regla aquí o allá, sólo para sentir que la otra persona realmente está atenta, que se preocupa lo suficiente como para corregirme.

—¿Y los castigos? —inquirió, inclinándose un poco hacia mí—. ¿Cuáles son tus límites?

Mi rostro se calentó, pero no aparté la mirada.

—Sí, me gustan. No porque me guste que me "castiguen", sino porque demuestra que estás comprometido, que estás dispuesto a establecer límites conmigo porque te importo. Me gusta que me pongas ciertas tareas y que si no las cumplo me des toque de queda, me quites el móvil o incluso que me azoten.

Él asintió, procesando mis palabras antes de hablar. Mi rostro estaba cada vez más rojo, pero sabía que era una conversación que debíamos tener, sobre todo si queríamos disfrutar de nuestro tiempo a solas.

—Eso tiene sentido. Creo que puedo manejarlo, Miguel. Pero también necesito saber qué significa todo esto para ti. Quiero que seamos claros desde el principio.

Tomé una bocanada de aire, sintiéndome un poco vulnerable pero decidido a ser honesto.

—Para mí, ser un middle no significa que no sea capaz de cuidar de mí mismo. Es más bien un espacio seguro al que puedo regresar cuando el mundo real se vuelve demasiado pesado. Es como... un respiro.

Él extendió una mano hacia mí, y cuando nuestros dedos se encontraron, sentí un alivio cálido.

—Entiendo. Para mí, ser un Daddy es novedoso, quizás me equivoque o tal vez haya algo que no sepa si soy capaz de hacer hasta que llegue el momento. Ten paciencia conmigo, pero quiero darle una oportunidad a lo que hay entre nosotros.

Mis ojos se suavizaron mientras lo escuchaba.

—Eso suena... perfecto. Pero, Jules, si alguna vez sientes que esto no es para ti o que no puedes continuar... no quiero que te sientas atrapado.

—No tienes que preocuparte por eso, Miguel. —Apretó mi mano con suavidad—. Si estoy aquí, es porque quiero estarlo. Y porque creo que esto —hizo un gesto hacia nosotros— puede ser algo increíble.

No pude evitar sonreír, sintiendo cómo mi pecho se llenaba de una calidez indescriptible. El resto del desayuno transcurrió con conversaciones más ligeras, pero la conexión entre nosotros parecía más fuerte, más firme. Cuando finalmente montamos de nuevo en los caballos para regresar al rancho, sentí que habíamos dado un paso importante. Él sabía quién era yo, mis límites, mis inseguridades... y, aun así, estaba dispuesto a quedarse. Y eso, para mí, lo significaba todo.

Capítulo 9

Jules

La luz tenue que se filtraba a través de las cortinas me mantenía en un estado intermedio entre la vigilia y el sueño. El calor de Miguel, acurrucado contra mí, hacía que todo se sintiera tranquilo, como si el mundo exterior no pudiera alcanzarnos. Habíamos regresado del lago en un estado de euforia silenciosa, nuestras risas aún resonando en mi mente mientras nuestras acciones se volvían más íntimas y dulces. Todavía recordaba la forma en la que me había mirado mientras me sentaba en la cama y se deslizaba hasta quedar de rodillas entre mis piernas. La forma en la que tomó mi erección entre sus labios, torturándome, convirtiéndome en masa ante sus manos, suplicándole que no parase… Y después cuando entre besos había conseguido adentrarme en su cuerpo, descubriendo cada centímetro primero con mis manos, luego con mi lengua y por último con el deseo de poseerlo. Fue toda una imagen ver como mi pene se deslizaba en su interior, desapareciendo y provocando en él un montón de gemidos. Cuando llegamos al clímax, le ayudé a limpiarse con una toallita húmeda y después nos quedamos en la cama hasta que los brazos de Morfeo lo arrastraron. Ahora, estaba aquí, con él profundamente dormido, una sonrisa pacífica en su rostro mientras yo luchaba por no rendirme del todo al sueño.

El golpe en la puerta me arrancó de ese estado. Intenté responder sin despertar a Miguel, pero este entreabrió los ojos preguntando qué ocurría. Me vestí dejándole en la cama, pero antes de que pudiera acudir al encuentro de quien había decidido interrumpirnos, la puerta se entreabrió y Jonathan entró con una expresión que borró cualquier rastro de calma en mí. Su rostro era serio, incluso tenso, algo raro en él, lo que hizo que mi corazón diera un vuelco. Incluso Miguel, aun adormilado, se incorporó de golpe tapándose

con las sábanas para que no pudiese ver su estado de completa desnudez.

—Jules, siento molestar, pero es urgente.

Terminé de ponerme la camisa y busqué frenéticamente mis pantalones mientras me alarmaba. Cuando había ido a ver a mi hermano antes de irme, estaba como siempre, arisco, pero dispuesto a escuchar a Jonathan que iba a bajar poco después.

—¿Qué pasa? ¿Le ha ocurrido algo malo a Miles?

Jonathan negó con la cabeza, pero su mirada era grave mientras sus ojos se deslizaban hacia la cama donde Miguel miraba cada vez más desconcertado. Le indiqué que podía decir cualquier cosa con él presente. No iba a empezar nuestra relación con mentiras.

—Hay un policía en la puerta con un niño que asegura que es tu hijo.

—¿Tienes un hijo y no me lo has dicho? —Dijo mi amante con alerta en la voz.

Después de la cantidad de personas que le habían abandonado, dudaba de mí al pensar que había hecho lo mismo con una pobre criatura. Mientras tanto, la habitación pareció detenerse. Por un momento, no supe si había escuchado bien o si mi mente me estaba jugando una mala pasada. Era imposible. Siempre había sido cuidadoso, estuviese con mujeres o no. No había forma de que pudiese tener un hijo, pero ¿Iba a ignorar el hecho de que había un niño señalándome como su padre?

—¿Qué? —Mi voz salió más baja de lo que esperaba, llena de incredulidad—. No sabía nada de esto —Me giré hacia Miguel para que viese la verdad en mi mirada—. Nunca habría dejado tirado a mi hijo, te lo aseguro. No sabía… Oh, dios —Tuve que sentarme en la cama para recuperar el aliento.

Miguel me acarició la espalda diciéndome que todo iba a salir bien, que él estaría conmigo. Sentía que el aire se escapaba y no podía

retenerlo. Jonathan al ver mi reacción suavizó el rostro dándose cuenta de que no era un mal padre que dejaba a mi hijo sin responsabilizarme. Sin embargo, seguía habiendo un deje de preocupación en su mirado.

—Sé que es demasiado ahora mismo y todo parece incierto, pero necesitas bajar —repitió Jonathan con firmeza, aunque su tono suavizó un poco al ver mi confusión—. Sea tu hijo o no, hay un niño golpeado, polvoriento y, por lo que me ha dicho el policía, hambriento que te necesita.

Miré hacia Miguel, que sonrió débilmente. Le pidió a Jonathan que nos diera unos minutos y en cuanto la puerta se cerró, comenzó a vestirse y a pedirme que hiciera lo mismo. No podíamos presentarnos así, recién despertados, con el pelo alborotado después del desenfreno de aquella mañana. ¿Qué le había ocurrido a ese niño? ¿Por qué habría tomado la decisión de venir hasta aquí? ¿Cuántos años tendría?

— Lo siento —Le dije a Miguel. Era demasiado para echarle a su plato.

— Vamos a resolver esto poco a poco. No es tu culpa. Primero tenemos que entender que ocurre.

El camino hasta la puerta principal se sintió interminable. Mi mente estaba llena de preguntas, todas sin respuesta. Cuando finalmente llegamos, vi al policía esperándome en el porche. Su rostro era serio, pero no hostil, aunque sus ojos parecían evaluarme cuidadosamente. Al igual que Jonathan, estaría cuestionándose si había abandonado a ese pobre niño. Al ver el asombro, la incertidumbre y la preocupación de mi mirada debió encontrar su respuesta porque se relajó completamente.

—¿Jeon Jules? —preguntó, como si necesitara confirmar algo que ya sabía. Asentí, incapaz de formar palabras. Miguel me apretó el brazo para confortarme. En la cocina, Simón había dejado lo que estaba haciendo y me lanzó una mirada cargada de ternura, parecía gritarme: “Estamos contigo, pase lo que pase”.

—Hay un niño en mi coche que insiste en que usted es su padre.

Las palabras golpearon con la fuerza de una ola. Antes de que pudiera responder, el policía hizo un gesto hacia su coche. Dentro, a través del cristal, pude ver una pequeña figura, apenas visible pero claramente nerviosa, con las manos apretadas en su regazo. Parecía terriblemente asustado y cuando el agente abrió la puerta para que saliese momentos después, pude entender por qué. Tenía cortes, moratones y magulladuras por todas partes. La ropa estaba completamente sucia y su cuerpo presentaba la misma cantidad de suciedad. Antes de que pudiese decir nada, viendo la necesidad de hablar con el hombre que lo había traído, Miguel se hizo cargo:

—Hola, me llamo Miguel —Sonrió con suavidad—. Iba a tomarme unas galletas con un buen vaso de leche ¿Te apuntas?

El niño me observó durante unos segundos y pude ver las similitudes. Si no era mi hijo, lo parecía. Teníamos los mismos rasgos y el mismo tono de pelo. Era la viva imagen de mis fotos de la infancia incluso en ese estado. Cuando Miguel se lo llevó a la cocina donde Simón se desvivió en ofrecerle los dulces que había a su disposición, yo cerré la puerta y me quedé en el porche para que no llegasen a oírnos.

—¿Cómo… cómo llegó aquí? —pregunté finalmente, mi voz temblando un poco.

El policía suspiró, como si esta parte del trabajo no fuera fácil para él. —Dijo que vino por su cuenta. Al parecer ha ido colándose de autobús en autobús desde Miami. Lleva días de viaje. Encontramos una nota en su mochila con esta dirección. He intentado preguntarle por qué lo había hecho o sacar su nombre para buscar a su madre, pero no quiere hablar.

Mis piernas se sentían pesadas, pero de alguna manera logré moverme hacia el coche. Cada paso hacía que mi corazón latiera más rápido. ¿Cómo podía ser posible? ¿Quién era este niño? Y lo más importante… ¿por qué decía que yo era su padre?

—Gracias, agente. En cuanto sepa algo se lo diré. No sé si realmente es mi hijo, pero sea lo que sea no podemos dejarle volver sin saber que está seguro.

—Este es mi número, le recomiendo que se haga una prueba de paternidad para confirmarlo. Al vivir en el rancho, los servicios sociales están de acuerdo en dejarlo sin problemas, pero saber si es biológicamente su hijo puede ayudar al proceso si descubrimos que algo no va bien. Muchas de sus heridas no parecen producidas por el viaje.

Me despedí del agente y entré, temiendo el enfrentamiento y, al mismo tiempo, necesitando asegurarse de que estaba bien. El pequeño reía de las tonterías que le contaba Miguel mientras comía un trozo de bizcocho de limón que Simón había preparado esa misma mañana. Parecía más relajado que cuando llegó, pero volvió a tensarse en cuanto me vio. El cocinero nos dejó a solas, pero cuando Miguel quiso imitarle, el niño le sostuvo la mano. Aquella imagen me robó el aliento, la forma en la que buscaba la seguridad en él…

—Hola, ese hombre dice que eres mi hijo —Le dije agachándome para quedar a su altura en la cocina, dejar de ser tan amenazante.

El niño me miró fijamente, sus ojos llenos de una mezcla de miedo y determinación. No apartó la mano de Miguel, que permanecía sentado a su lado, ofreciéndole un apoyo silencioso. Me senté en el sofá frente a él, manteniendo suficiente espacio entre nosotros para no agobiarlo, pero lo bastante cerca como para que supiera que estaba dispuesto a escuchar. Parecía tener unos once años ¿Cómo era posible que nadie se hubiese dado cuenta de un crío correteando de un lado para otro? ¿Cómo había sido capaz de llegar hasta allí desde Miami sin que ninguna autoridad lo tuviese en cuenta?

—¿Es cierto? —pregunté con suavidad, tratando de no dejar entrever el caos que sentía por dentro.

Él tragó saliva, apretando los labios antes de responder. Miguel acarició su espalda para darle seguridad.

—Sí, eso creo.

—¿Cómo llegaste aquí? —insistí, intentando ordenar mis pensamientos mientras lo miraba. Quería entender cómo un niño, apenas más que un crío, había cruzado medio país para llegar hasta mí. Él desvió la mirada por un momento antes de volver a encontrar mis ojos.

—Mi madre murió hace unos años. —Su voz tembló ligeramente, pero su expresión permaneció firme, como si no quisiera parecer débil, como si tuviese miedo de las represalias ¿Qué le habían hecho? —. Me quedé con mi padrastro. Al principio, pensé que sería bueno, era un buen hombre cuando estaba ella, pero…

No terminó la frase, pero no hacía falta. Su respiración acelerada y la forma en la que su cuerpo se encogió ligeramente al mencionarlo lo decían todo. Mi mandíbula se tensó, pero mantuve mi tono calmado.

—¿Te hizo daño?

Él asintió, y su mano se aferró con más fuerza a la de Miguel.

—Siempre decía que yo no era nada. Que no tenía derecho a nada… pero encontré algo en las cosas de mamá. Unas cartas.

Fruncí el ceño, intentando entender.

—¿Cartas?

—Eran para ti —dijo, bajando la voz como si tuviera miedo de que alguien más escuchara—. Nunca las envió. Pero en ellas decía que tú… que tú eras mi padre. Ella se llamaba Dulce. Parece que hubo un accidente, una de esas pocas veces donde las protecciones no sirven y no sabía cómo explicártelo.

Mi mente se detuvo por un instante, intentando procesar lo que acababa de escuchar. Su nombre me quería sonar. Un fallo era lo único que podía cuadrar para que aquel niño fuese mi hijo. Cada vez que lo miraba seguía viendo un reflejo de mis rasgos.

—¿Y por eso viniste aquí?

—Encontré tu nombre en las noticias, sobre lo de tus padres. —Su voz era más baja ahora, casi un susurro—. Luego vi la página del rancho. Sabía que tenía que encontrarte. No puedo seguir allí.

Mi corazón se partió al escuchar lo que había hecho para llegar hasta aquí. Por la mirada brillante de Miguel sabía que a él también le había afectado.

—¿Y tu padrastro? ¿Sabe que estás aquí?

El niño negó con la cabeza rápidamente, su expresión se volvió más temerosa.

—No. Se enfadará si lo sabe. Él solo quiere quedarse con el dinero que era de mamá… y lo que el estado me da porque soy huérfano.

El aire en mis pulmones se hizo más pesado mientras trataba de mantener la calma.

—Escucha… —dije, apoyando los codos en las rodillas y entrelazando las manos para calmar mis propios nervios—, sé que esto es mucho para ti. También lo es para mí. Pero voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ayudarte. Nadie va a hacerte daño mientras estés aquí.

Él me miró por un momento, como si estuviera evaluando si podía creerme. Finalmente, asintió.

—¿De verdad?

—De verdad —respondí con firmeza, mirándolo directamente a los ojos—. No voy a dejar que te pase nada.

Su cuerpo se relajó apenas un poco, pero seguía aferrándose a Miguel, quien le dio un apretón tranquilizador en la mano antes de hablar suavemente.

—¿Por qué no le muestras las cartas? Tal vez eso ayude a aclarar las cosas.

El niño asintió, metiendo la mano en su mochila y sacando un sobre manchado y algo arrugado. Me lo tendió con cuidado, y mis dedos

temblaron al cogerlo. Mientras lo abría, mi mirada se cruzó brevemente con la de Miguel. Había algo en sus ojos, una mezcla de apoyo y preocupación, que me ayudó a mantener la compostura. Al leer la primera línea de la carta, mi garganta se cerró. Era la letra de ella, sin duda. Y las palabras confirmaban lo que ya sabía en el fondo de mi corazón. Este niño no solo había venido a buscarme; había venido a darme una responsabilidad que nunca supe que tenía. Lo miré de nuevo, su pequeña figura aún tensa, pero esperando algo, tal vez esperanza.

Capítulo 10

Miguel

Esperé apoyado en la pared a que Jules saliese de la habitación. Había abrazado a su hijo mientras lloraba y, cuando se calmó, lo llevó a bañarse. Le dio ropa de Jimmy porque era lo más pequeño que había en la casa y después lo llevó a la cama para que descansase. Asegurándole que harían todo lo posible para que no tuviese que marcharse. Tenía mis dudas sobre lo que suponía aquello para nuestra relación, pero pasase lo que pasase había que ayudar a ese niño.

—Hola —Susurró alguien a mi lado.

Cuando miré me encontré con Miles, nuestro huésped y el hermano de Jules. Era la primera vez que lo veía fuera de la habitación y menos sin compañía o sin la necesidad de trasladarse a algún lugar para revisiones o pruebas.

—Hola, Miles ¿verdad? Encantado de conocerte.

—Y tú eres Miguel, supongo. Mi hermano no para de hablarme de ti —Su voz sonaba ronca por la falta de uso—. ¿Cómo está?

—Están hablando ahora antes de que se eche una siesta. Parece ser que su padrastro ha hecho estragos con él y tiene miedo hasta de su sombra —Suspiré y me froté los ojos por el cansancio. Había empezado siendo el mejor día del mundo y había terminado siendo el más largo.

—Pase lo que pase, no le dejes. Te va a necesitar y, ten paciencia con él, es nuevo en nuestro mundo y necesitará paciencia.

Antes de que pudiese contestar, dirigió su silla hacia la habitación y volvió a cerrar la puerta tras él. Había acudido preocupado por su

hermano. Quizás era la señal de que estaba volviendo a interesarse por el mundo poco a poco. Jonathan, Kwanhee y Minho debían estar ayudando. Además, en un tiempo iba a llegar su primera prótesis tras tantas pruebas y pronto podría caminar de nuevo.

Minutos después salió Jules con el rostro lleno de preocupación. No dijo nada, se limitó a abrazarme y susurrarme un gracias cargado de significado. Aunque nunca me había planteado un escenario en el que tuviese que cuidar de un niño, haría todo lo posible para ayudar a esta familia, por él y por ese pequeño que se había ganado mi corazón en unos minutos.

—¿Qué necesitas? —Le pregunté, besándole suavemente para reconfortarlo.

—Que me dejes cuidarte —Me dijo con un suspiro—. Por favor, necesito…

—Sí, Daddy —Le respondí sinceramente. Era la primera vez que usaba ese término con él y la forma en la que su expresión brilló me hizo ver que todo iba a estar bien.

—¿Qué te parece peli y palomitas hasta que Simón nos llame para la cena?

Me alejé de él corriendo hacia el sofá gritando que yo elegía. Al final nos decantamos por una de Marvel que me había visto más veces de las que podía contar. Hubo una época en la que leer los cómics me había ayudado a sentir que todo era posible pese a que familia tras familia me rechazaba. Había sido Kwanhee el que me había confortado con chocolate y el primer cómic. Igual que a mí me había reconfortado esperaba que lo hiciera con mi nuevo Daddy. No tardé en ser arropado por sus brazos y disfrutar con un buen bol de palomitas. Le fui explicando aquello que no entendía por haberse perdido algunas historias que se mezclan en esta parte. Cuando confundió a Iron man con Spiderman, tuve que reírme.

—No Daddy, Iron man ya no sale. Ahora Spiderman es su heredero porque es otra generación.

Durante un par de horas fingimos que nada había cambiado y disfruté de ese estado de regresión que me liberaba. Cuando aquello terminó y conforme fueron apareciendo los créditos, volví a mi yo adulto poco a poco. Me preguntó si estaba seguro de seguir explorando lo que sentíamos porque ahora debía asegurarle cierta estabilidad a ese joven que había acudido a nuestras vidas. Quise decirle que sí de inmediato, pero él se antepuso pidiendo que me lo pensase y no aceptara por impulso. Era mi primera norma, había anunciado y lo había anotado en la primera hoja que vio.

Normas de Miguel

1.Pensar con pros y contras aquellas situaciones que cambian la vida

2. No usar el teléfono u otros aparatos electrónicos comiendo o antes de dormir.

3.Acostarse pronto los días de trabajo, se puede negociar la hora cuando es día libre.

Acordamos que no añadiríamos más hasta que no supiese si realmente quería o no convertirme en padre, porque ambos sabíamos que sí quería estar con Jules. Entendía su punto de vista en cierta forma. Había que pensar en alguien más. Si lo nuestro salía mal, Jean perdería a otro miembro de su familia. Además, podía crear resentimiento una relación con niños si realmente no se querían. Mi primer paso fue ir a buscar a Kwanhee a su clínica para empezar a considerar si fuera buen padre o si era mejor dejarle tranquilo. Mientras, Jules se marchó a ver cómo iba el chico y comprobar si había podido llegar a descansar algo. Después hablaría con su hermano para acabar con una charla con Calvin sobre conseguir la custodia que le compete y pedir una cita al médico.

Llegar a la clínica de Kwanhee se sintió como una especie de tabla de salvación. Había estado dándole vueltas a todo lo que había pasado desde que ese niño llegó al rancho, desde las palabras de Jules hasta mis propias inseguridades, y necesitaba hablar con alguien que me ayudara a poner mis pensamientos en orden. Kwanhee siempre había sido bueno para eso. Calma y sensatez en

una sola persona. Al entrar, lo encontré en su pequeño consultorio, revisando unos papeles. Levantó la vista al oírme entrar y sonrió, aunque su expresión pronto mostró una mezcla de curiosidad y preocupación.

—Miguel, ¿qué haces aquí a esta hora? —dijo dejando los documentos a un lado—. ¿Ha pasado algo en el rancho? Me dejé caer en una de las sillas frente a su escritorio, soltando un suspiro tan largo que sentí que estaba exhalando semanas de tensión.

—No sé si estoy hecho para esto, Kwanhee.

Él dejó escapar una risa suave, más de sorpresa que de burla, y se cruzó de brazos, inclinándose hacia atrás en su silla.

—¿Para esto? —repitió—. ¿De qué estás hablando? Pasé una mano por mi cabello, buscando las palabras correctas.

—Es Jules —dije finalmente, levantando la vista para encontrarme con la suya—. Apareció un niño en el rancho diciendo que era su hijo. Parece que es cierto. Y yo… —Hice una pausa, sintiendo el peso de lo que estaba por confesar—. Yo quiero estar con él. Quiero estar con Jules, de verdad, pero ahora hay un niño en la ecuación. Y no sé si soy lo suficientemente maduro o preparado para formar parte de eso.

Kwanhee asintió lentamente, sin apartar los ojos de mí, mientras procesaba lo que le estaba contando.

—Así que has venido aquí para…

—Para averiguar si fuera un buen padre, o al menos si no acabaré arruinándolo todo—. Kwanhee dejó escapar un leve suspiro y se recostó en su silla, observando con esa paciencia que siempre parecía tener.

—Miguel, lo primero que tienes que entender es que ser padre o una figura importante en la vida de un niño no se trata de ser perfecto. Se trata de estar presente. De aprender. De cometer errores y querer ser mejor.

—Eso suena fácil dicho así, pero… —Sacudí la cabeza, sintiendo cómo mis pensamientos se desbordaban—. ¿Y si no soy suficiente? ¿Y si me equivoco tanto que ese niño termina odiándome? ¿Y si me ve como un intruso? —Kwanhee se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en el escritorio y entrelazando las manos mientras me miraba.

—Escucha, nadie nace siendo el mejor en algo, Miguel. Nadie. Los niños no esperan que seas perfecto; esperan que estés dispuesto a intentarlo. ¿Sabes cuál es la diferencia entre alguien que lo hace bien y alguien que no? La voluntad de aprender y el compromiso de estar ahí, incluso cuando es difícil.

Bajé la mirada hacia mis manos, que descansaban sobre mis rodillas, intentando digerir lo que me decía.

—Jules cree que debería pensar en esto antes de tomar cualquier decisión —admití en voz baja—. Quiere que lo reflexione, que considere si realmente puedo asumirlo. Dice que no se trata solo de nosotros, sino de ese niño. Que podría generarse resentimiento si entro en su vida sin estar seguro de lo que quiero.

Kwanhee asintió con seriedad.

—Tiene razón. Es una decisión que no debes tomar a la ligera. Pero, Miguel, por lo que me estás diciendo, ya estás pensando en él. Ya te preocupa cómo lo que hagas pueda afectarle. Eso es un buen comienzo. Me quedé en silencio por un momento, tratando de imaginar cómo sería mi vida si aceptaba dar ese paso. Cuidar a un niño, ser parte de su mundo… Era una responsabilidad enorme. Pero también era algo que, de alguna manera, no me aterraba tanto como debería.

—¿Y si fallo? —pregunté finalmente, levantando la vista para mirarlo. Kwanhee sonrió ligeramente, pero en su mirada había una firmeza que me reconfortó.

—Todos fallamos en algún momento, Miguel. Lo importante es cómo te levantas después. Ese niño no necesita que seas perfecto;

necesita saber que puede confiar en ti. Que vas a estar ahí, pase lo que pase.

Sus palabras quedaron flotando en el aire, y por primera vez en todo el día, sentí que podía respirar un poco más fácilmente.

—Gracias, Kwanhee —dije después de un rato, levantándome de la silla—. Creo que necesitaba escuchar eso.

Kwanhee asintió, con una sonrisa suave.

— Tómate tu tiempo, pero no demasiado. Porque si algo me dice tu cara ahora mismo, es que ya sabes lo que quieres hacer.

Mientras salía de su clínica, sentí una calma extraña. Todavía tenía preguntas, dudas, pero en el fondo, algo se iba asentando. Si iba a hacer esto, si iba a estar con Jules y formar parte de la vida de su hijo, tenía que hacerlo con todo mi corazón. Porque no era solo por mí, ni siquiera por Jules. Era por ese niño que, sin conocerme, había confiado en que yo sería alguien en quien podría apoyarse. Y no pensaba fallarle.

Fui al establo en busca de algo de consuelo en mi nuevo caballo favorito. Me encontré con una imagen enternecedora que sabía que me acompañaría toda la vida. Había pensado que Bruma se convertiría en el refugio de Oscar y había preparado la terapia acorde con ello, pero en ningún momento pensé en que habría otra persona en aquella casa a la que pudiese ayudar. Miles se sostenía con las muletas para llegar a alcanzar al arisco animal que parecía estar encantado con las caricias que le profesaba en el hocico. Permanecí observando aquella escena unos minutos más dónde el joven hablaba en pequeños susurros con Bruma antes de darme la vuelta. Mi presencia no iba a ser bienvenida y, lo último que quería era perturbar su pequeño espacio de paz. Si había conseguido acercarse a un animal tan asustadizo como él, era una buena señal. Además, sospechaba que tener un sobrino completando su nueva familia iba a ser uno de los factores más importante de su recuperación.

Una semana después, la vida en el rancho parecía estar tranquila. Jean, como descubrimos que se llamaba el hijo de Jules, parecía estar saliendo de su caparazón poco a poco. Seguíamos esperando los resultados de la prueba de paternidad y una visita de los servicios sociales que había preparado Calvin para defender su caso, pero no había dudas de que era su hijo o de que se ganase nuestros corazones. Pese a su edad que lo situaba entre los dos chicos que vivían allí, se había ganado su amistad. Si no lo veías con Liam, lo encontrabas con Oscar en los ratos en los que no estaba trabajando con él.

Había permanecido cerca como un apoyo todo este tiempo, aunque no había tomado la decisión. Sin embargo, en el fondo de mi corazón sabía que ese chico que siempre me preguntaba sobre caballos o nos seguía a alguno de los dos era todo lo que podía pensar cuando soñaba con tener un hijo. Nunca había hablado con nadie sobre cómo quería acoger a alguno de los más mayores porque solían ser los olvidados, darle una adolescencia que les permitiese sentirse seguros. Podía hacerlo con Jean al lado de un hombre que, no solo era mi tipo, sino que había demostrado una paciencia y entereza que pocos podían tener. Pensé utilizar un gesto romántico para ello, pero aquella tarde apareció la mejor oportunidad para confesarle lo que sentía: había llegado la prueba de paternidad.

Capítulo 11

Jules

El sobre en mis manos pesaba más de lo que debería. Mis dedos tamborileaban contra el papel mientras mi mente se dividía entre el miedo y la esperanza. Había repasado cada posibilidad, cada escenario, intentando prepararme para lo peor, pero aun así sentía que, si el resultado no era el que esperaba, no sabría qué hacer. Aquella semana había sido todo un descubrimiento. Temía cometer algún error que pudiera perjudicar su adolescencia, pero al mismo tiempo me llenaba de orgullo verle reír. Recordaba como mis padres reían sobre el impacto que había sido que llegase a sus vidas y como habían enfrentado el miedo de padres primerizos por encontrarse juntos. Cuando mi hermano llegó, como no habían criado a un bebé, el pánico volvió, pero se consolaban pensando que, si yo iba por el buen camino, muy mal no debían de estar haciéndolo. "Es un trabajo de jornada completa, Jules", solía explicarme, "Pero la satisfacción que te da verlos crecer y el amor que sientes por ellos merece la pena".

Miguel estaba sentado junto a mí, con una tranquilidad aparente que no lograba calmar mi propia tormenta. Parecía tener fe en mí, más de la que yo tenía en aquel momento. Notaba la fuerza de su presencia, como un ancla, pero incluso eso no podía aliviar del todo el nudo en mi pecho. Abrí el sobre despacio, casi como si temiera que cualquier movimiento brusco pudiera alterar las palabras que estaban impresas en su interior. Mis ojos volaron directamente al dato crucial: "99.9% de probabilidad de paternidad."

El aire abandonó mis pulmones en un suspiro profundo. Había estado tan seguro de que sería positivo, pero ese pequeño margen de duda, esa voz que susurraba que quizás todo esto terminaría de

manera amarga, me había mantenido al borde. Ahora esa duda se desvanecía, y en su lugar quedaba algo más. Alivio. Y un peso nuevo. Esa carga de querer estar a la altura, de ser un buen padre, de ser capaz de darle el refugio que necesitaba. Miré la hoja, luego a Miguel, quien me observaba con una mezcla de expectativa y ternura. Asentí apenas, incapaz de articular palabras al principio.

—Es positivo —logré decir al fin, y sentí cómo mi voz se rompía ligeramente.

Miguel sonrió, una de esas sonrisas llenas de luz que siempre lograban calmarme, y colocó una mano sobre la mía, firme pero delicada.

—Sabía que lo sería —dijo con una convicción que me hizo cerrar los ojos por un momento. Quería creer que todo sería tan sencillo como eso, pero mi mente no me dejaba descansar.

Pensé en Jean, en cómo había llegado aquí buscando algo que ni siquiera sabía que le faltaba. Pensé en mis padres, en cómo nunca conocerían a su nieto, en cómo no estarían aquí para darme el consejo que tanto necesitaba. Pero también pensé en ellos sonriendo, orgullosos de que su hijo, a pesar de todo, había comenzado a formar algo que ellos siempre desearon para mí: una familia propia.

—¿Qué pasa por tu cabeza? —preguntó Miguel en un murmullo, acercándose un poco más.

Lo miré, intentando encontrar las palabras adecuadas para describir la maraña de emociones que se agitaban dentro de mí.

—No puedo evitar pensar que, aunque esto me hace feliz, la sombra del padrastro de Jean sigue ahí. Podría venir en cualquier momento, reclamarlo, exigir que se lo devuelvan… —mi voz se quebró al final, y Miguel apretó mi mano con más fuerza.

—No vamos a dejar que eso pase —dijo con firmeza—. Vamos a protegerlo, juntos.

Su declaración me dejó sin palabras. Antes de que pudiera responder, Miguel continuó:

—Y, sobre nosotros… creo que este es un buen momento para decirte lo que quiero.

Lo miré, mi confusión reemplazando por un momento mi preocupación.

—¿Qué quieres decir?

Miguel respiró hondo, como si se estuviera preparando para un salto importante.

—Quiero estar contigo, Jules. Quiero que seamos una familia para Jean. Pero también quiero que, si en algún momento lo nuestro no funciona… me prometas que no me alejarás de él.

Mi corazón dio un vuelco ante sus palabras. Había tanta vulnerabilidad en su voz, tanta honestidad, que me resultó imposible apartar la mirada.

—No podría hacer eso —respondí casi de inmediato, negando con la cabeza—. No quiero apartarte ni de él ni de mí, Miguel.

Por un momento, ninguno de los dos dijo nada más. Solo estábamos ahí, mirándonos, dejando que las palabras se asentaran entre nosotros. Finalmente, Miguel se inclinó hacia mí, y cuando sus labios rozaron los míos, fue como si todo el peso que cargaba se disolviera.

El beso no era apresurado ni intenso. Era suave, lleno de promesas que no necesitaban ser dichas en voz alta. Cuando nos separamos, él apoyó su frente contra la mía y sonrió.

—Vamos a estar bien. Lo prometo.

Y por primera vez en mucho tiempo, creí en esas palabras. Volví a besarlo dejando atrás todas mis emociones, los sentimientos que llevaban consumiéndome durante mucho tiempo: la pérdida, el dolor, la confusión… Nada de eso importaba porque tenía una red de

apoyo conmigo. Los problemas seguirán ahí pero ahora tenía una red de apoyo. Aquel hombre había conseguido devolverme un hogar y el rancho lo había consolidado. Mi hermano parecía estar haciendo pequeños avances, Jonathan y Kwanhee conseguían que saliese, Minho también tenía efectos positivos y conmigo había hablado una vez. Nada estaba solucionado, pero me daba esperanza.

Después de todo lo que había ocurrido, decidimos que Jean merecía una pequeña celebración. Algo sencillo, pero especial, algo que pudiera recordarle que estábamos aquí para él. Quería que supiese el resultado del sobre, pero también que pasase lo que pasase tenía un lugar entre nosotros. No iba a permitir que nadie le hiciese dudar de que era querido después del calvario que había tenido que vivir con ese hombre que se hacía llamar padrastro. Miguel fue quien sugirió la hamburguesería de la ciudad, un lugar pequeño y acogedor, famoso por sus batidos y su ambiente retro. Jean lo miró con una mezcla de curiosidad y emoción cuando le propusimos la idea.

—¿Una hamburguesería? —preguntó, como si estuviera evaluando si hablábamos en serio. Se trataba de una prueba más de lo que había tenido que vivir.

—No una cualquiera —respondió Miguel, guiñándole un ojo—. Tienen las mejores hamburguesas que probarás en tu vida.

Así fue como terminamos sentados en una mesa junto a la ventana, con el sol de primavera filtrándose a través del cristal. Jean miraba el menú con una concentración tan profunda que parecía estar resolviendo un examen. Miguel, por otro lado, estaba en su elemento, recomendándole combinaciones y exagerando lo deliciosos que eran los batidos de fresa. Yo, mientras tanto, los observaba en silencio. Ver a Miguel interactuar con Jean era un recordatorio constante de por qué estaba tan seguro de él. Había una calidez en la forma en que lo trataba, una paciencia que parecía

infinita, pero también un sentido del humor que hacía que Jean se riera incluso cuando intentaba fingir seriedad.

Cuando llegaron nuestras hamburguesas, el ambiente se relajó aún más. Jean estaba claramente disfrutando, y Miguel no dejó pasar la oportunidad de armar una pequeña guerra de papas fritas. Por un momento, todo fue fácil, como si el mundo exterior no existiera. Tuve mi momento Daddy cortándole la hamburguesa por la mitad, recordándole que la comida no era un juguete y alzando una ceja cuando quiso coger el teléfono. De esa forma también pude actuar como padre, aunque no supiese realmente que estaba haciendo.

—¿Te gusta? —le pregunté a Jean, aunque la sonrisa en su cara ya era respuesta suficiente.

—Está buenísimo —respondió con entusiasmo antes de dar otro mordisco a su hamburguesa.

Cuando terminamos de comer, Jean se quedó jugando con la pajilla de su batido, girándola distraídamente en el vaso. Sabía que era el momento. Había postergado esta conversación todo lo que podía, pero ahora, con el sobre guardado en el bolsillo de mi chaqueta, era el instante de enfrentarla. Después de que me buscase, sabía que iba a verlo como algo bueno. Sin embargo, una parte de mí pensaba que quizás prefiriese otra familia a la que pertenecer donde no hubiese tanto equipaje como el que yo traía.

—Jean, hay algo importante que quiero contarte —dije, inclinándome un poco hacia él.

Miguel, sentado a mi lado, me dio una mirada tranquilizadora antes de hacer un gesto sutil que decía: “Lo tienes”. Aquel había sido siempre su sueño, volver con su familia y ser acertado. Pensar que otra persona podría obtener su deseo le hacía increíblemente feliz. Jean levantó la vista, con sus ojos grandes y expectantes puestos en mí.

—¿Es algo malo? —preguntó, y su voz dejó entrever una pizca de preocupación.

—No, no es nada malo —respondí con una sonrisa, aunque sentía que mi corazón martilleaba con fuerza. Puse una mano sobre la mesa, cerca de la suya, y me aseguré de hablar con calma—. ¿Recuerdas el sobre que abrí esta mañana?

Él asintió, aunque su expresión seguía siendo cautelosa.

—Bueno, ese sobre tenía los resultados de una prueba… una que confirma algo importante. Jean, soy tu padre.

Hubo un momento de silencio, un instante en el que vi cómo sus pensamientos intentaban procesar mis palabras. Sus cejas se fruncieron ligeramente, pero luego sus labios se curvaron en una sonrisa pequeña y tímida.

—¿De verdad? —preguntó, casi como si necesitara asegurarse de haberlo escuchado bien.

—De verdad. —Sentí mi voz quebrarse un poco, pero logré mantener la compostura—. Siempre he querido estar seguro de que podía darte lo que necesitas, y ahora sé que tengo una razón más para intentarlo con todas mis fuerzas.

Jean se quedó en silencio por un momento, mirando sus manos. Luego alzó la vista hacia Miguel, que le devolvió una sonrisa cálida.

—Y hay algo más que quiero que sepas —añadí, tomando aire—. Miguel no es solo mi amigo. Él y yo estamos juntos, y queremos que sepas que ambos estaremos aquí para ti. Que somos un equipo, y que formarás parte de esta familia que estamos construyendo.

Jean miró a Miguel con curiosidad.

—¿Vas a estar con nosotros todo el tiempo? —preguntó, su tono mezclando esperanza y un poco de escepticismo.

Miguel asintió con firmeza y después le explicó lo mismo que a mí. No estaba en aquella situación por mí solo, sino que Jean le había robado el corazón desde que había llegado. Si algo salía mal conmigo, le contó, tendría que seguir aguantándole. El silencio que siguió fue breve pero intenso. Jean se inclinó hacia adelante y nos

miró a los dos con una expresión que no supe leer al principio. Pero entonces habló.

—Siempre quise tener una familia de verdad.

Sus palabras, tan simples pero llenas de significado, me hicieron sentir un nudo en la garganta. Extendí una mano y, con cuidado, la puse sobre la suya.

—Entonces eso es lo que seremos. Una familia.

Jean asintió y volvió a su batido, sorbiendo con una calma que no parecía corresponder a la gravedad de lo que acabábamos de compartir. Pero luego, con su característica espontaneidad, dijo:

—¿Podemos ir ahora a la sala de videojuegos?

Miguel soltó una carcajada, y yo no pude evitar unirme. Mi pequeña fiera había propuesto ir a jugar y una vez se unió mi hijo al plan, ya no me quedó otra opción que aceptar. ¿Cómo iba a privarles de un rato de juegos cuando me miraban intensamente?

—Claro que sí, campeón —respondió Miguel mientras se ponía de pie y me lanzaba una mirada cómplice—. Este equipo tiene mucho que celebrar.

Y mientras salíamos del restaurante, con Jean caminando entre nosotros, su pequeña mano agarrando la mía, supe que habíamos dado el primer paso hacia algo bueno. Algo nuestro. En la sala de videojuegos, Jean se transformó. Pasó de ser un niño algo tímido a alguien lleno de energía y entusiasmo. Jugamos carreras de coches, peleamos contra alienígenas en un juego cooperativo, y Miguel y yo nos enfrentamos en una partida épica de realidad virtual mientras Jean se reía tanto que apenas podía mantenerse en pie. Al final del día, cuando volvimos al rancho, Jean estaba exhausto pero feliz, con una expresión de satisfacción que hacía que todo valiera la pena. Mientras Miguel y yo lo acostábamos, no pude evitar pensar en lo lejos que habíamos llegado en tan poco tiempo.

—Gracias por esto —le susurré a Miguel más tarde, cuando estábamos solos.

—¿Por qué? —preguntó, con una sonrisa suave mientras se acomodaba a mi lado.

—Por ser tú. Por hacer que todo esto sea más fácil.

Miguel me rodeó con un brazo y yo le besé la frente.

—Tú también lo haces más fácil, Jules. Jean tiene suerte de tenerte, y yo también.

Cerré los ojos, dejándome envolver por su calidez, y por primera vez en mucho tiempo, me sentí exactamente donde debía estar.

Capítulo 12

Miguel

Siempre pensé que mi vida no necesitaba demasiados cambios. Mi rutina en el rancho, el trabajo con los caballos, las tardes tranquilas frente a la chimenea... Había algo en esa monotonía que me hacía sentir seguro, como si cada día fuera una confirmación de que había encontrado mi lugar en el mundo. Cuando me cansaba, necesitaba complicar las cosas con alguna travesura. Pero ahora, mientras miraba a Jean dormir profundamente, con la luz tenue de la lámpara iluminando su rostro relajado, sabía que todo había cambiado. Y lo extraño era que no lo lamentaba. Lo que había en mí y me convertía en quien era, no iba a desaparecer. Sin embargo, tendría que encontrar un equilibrio para convertirse en padre. El peso de lo que significaba para mí estar aquí, ser parte de su vida y de la de Jules, era abrumador, pero también me llenaba de un propósito que no había sentido antes. No era solo la idea de ser parte de esta nueva familia lo que me movía. Era la necesidad de protegerlos a ambos, de ser alguien en quien pudieran apoyarse.

Miré hacia el pasillo, donde la luz del salón seguía encendida. Jules estaba ahí, revisando algunos papeles que Calvin le había pedido para poder formalizar los trámites de la custodia. Por mucho que fuese sencillo por el componente biológico, sabíamos que aquel hombre horrible podría poner resistencia a causa del dinero. Esa pequeña ayuda del estado y la herencia era lo que le haría perseguir a nuestro pequeño con uñas y dientes. Si de paso podía lograr que le pagásemos una manutención… A veces lo veía perderse en su propia cabeza, como si luchara contra fantasmas que no podía nombrar. Lo conocía lo suficiente para saber que ese silencio suyo era un escudo, uno que yo estaba atravesando poco a poco. Sin

embargo, no sabía hasta qué punto podría ayudarle si el conflicto que viviríamos se acababa a favor del padrastro de Jean.

Mientras me acercaba al sofá, me di cuenta de que nunca había querido a nadie como quería a Jules. No era solo amor. Era algo más profundo, una certeza de que estaba exactamente donde debía estar. Podía pensar que era demasiado pronto, pero ¿Cuándo me había detenido por eso? Mi vida solía ser un conjunto de ideas rápidas, de sentimientos profundos y acercarme a las personas más de lo esperado en poco tiempo. Ahí estaban Calvin, Luca, Joshua, Jonah, Minho y Sean como ejemplos. Habían llegado y en seguida los había convertido en parte de su familia.

—¿Has conseguido todo lo que te ha pedido? —dije, apoyándome en el respaldo del sofá y dejando caer mis manos sobre sus hombros.

Jules levantó la vista, ofreciéndome una pequeña sonrisa que no alcanzaba del todo a sus ojos.

—Quiero asegurarme de que todo esté en orden con los trámites de custodia. Sabemos que no tendrá por qué pasar nada, pero cuanto antes iniciemos el proceso …

Me moví para sentarme junto a él y le quité los papeles de las manos, dejándolos a un lado. Por unas horas no iba a ocurrir nada. De hecho, al día siguiente por la mañana nos habían dejado librar para ocuparnos de todo.

—Te prometiste descansar esta noche. No puedes arreglarlo todo en un día, ¿sabes? —Le dediqué una mirada seria, pero luego suavicé mi tono—. Además, ya tienes suficiente con haberme derrotado en la sala de videojuegos. ¿Qué más necesitas para sentirte realizado?

Él soltó una risa suave, y esa pequeña chispa de alegría hizo que mi pecho se sintiera más ligero.

—No eras tan bueno como creías. Jean apenas pudo dejar de reír con tus intentos de disparar.

—Eso fue táctica, no torpeza —respondí, fingiendo indignación, aunque en realidad me encantaba oírlo bromear.

Me incliné hacia él, descansando mi frente contra la suya. Por un momento, dejamos que el silencio hablara por nosotros, un silencio cómodo que no necesitaba ser interrumpido.

—Va a salir bien, Daddy —susurré, como si al decirlo en voz alta pudiera hacer que fuera verdad.

Él cerró los ojos y asintió ligeramente, apoyándose en mí. Sentí su respiración, tranquila pero profunda, como si finalmente estuviera soltando algo de la tensión que lo había acompañado durante días. Sabía que los desafíos no habían terminado. Estaba el tema del padrastro de Jean, las heridas emocionales de ambos y mis propias inseguridades que a veces se colaban sin aviso. Pero también sabía que, por primera vez en mi vida, no tenía miedo del futuro. Porque el futuro no era un lugar vacío. Era un hogar, lleno de risas, desafíos y amor.

—Te quiero, Daddy —Le susurré y antes de que pudiese reaccionar le di uno de los mejores besos de mi vida. Él se inclinó más sobre el respaldo del sofá para alcanzarme mejor y sus labios me consumieron lentamente. Cuando nos separamos con los ojos brillantes, le susurré—. ¿Me llevas a la cama?

— No tienes que pedírmelo.

Se levantó, se acercó a mí y me recogió en brazos subiendo los escalones como podía. Era demasiado grande para que me cargase así, pero eso no le impidió intentarlo. Cuando me dejó caer en la cama, me miró como si fuese lo más importante del mundo, como si no hubiese nada más fascinante que yo.

—Te quiero, Miguel —Después me acarició el rostro con emoción contenida—. No tienes que responderme ahora, pero hablando con. Calvin le pregunté cómo podrías aparecer en los papeles de la custodia. No quiero que Jean se quede solo si me pasase algo —Me hizo un gesto para que le dejase seguir hablando cuando vio que iba

a protestar— Nunca se sabe lo que puede pasar y es bueno cubrir todos los frentes. ¿Y si llega un momento en el que no queramos estar juntos? ¿Qué oportunidades tendrías tú ante la ley? Por eso quiero que desde el principio aparezcas como padre. Sé que es pronto, que esta no es la forma más bonita de hacerlo, que te merecerías algo grande y brillante en lugar de lo espontáneo, pero ¿Te casarías conmigo mañana para estar a mi lado en este proceso de convertirnos en familia?

Pegué un chillido y lo besé con emoción. No necesitaba grandes gestos ni una ceremonia increíble. El simple hecho de saber que pretendía darme seguridad para que Jean pudiese ser legalmente mi hijo, era suficiente. Ese hombre que había llegado al rancho con un gran dolor en su alma y que había logrado hacerse un hueco en la mía, quería ofrecerme una familia, pero sobre todo la certeza de una eternidad. Aquella noche hicimos el amor profunda y lentamente. Acaricié cada parte de su cuerpo y gemí su nombre cuando el placer se convirtió en demasiado.

Había tenido mi cuota de impulsos, de decisiones rápidas y de aventuras sin pensar demasiado en las consecuencias, pero aquello superaba todo. ¿Casarnos al día siguiente? No lo había planeado. De hecho, si alguien me lo hubiera propuesto hacía unos meses, probablemente me habría reído, pensando que era una locura. Pero ahora, mientras ayudaba a Jules a organizar la ceremonia improvisada, sentía que todo encajaba. No hacía falta un salón de lujo ni invitados vestidos de gala. Bastaban el rancho, unas cuantas flores recogidas por Jonathan y Jonah, y las personas que se habían convertido en nuestra familia. Cuando Kwanhee, entró en mi cuarto donde estaba arreglándome me dio uno de sus abrazos reconfortantes. Entendía el porqué de la impulsividad y me apoyaba. Me felicitó por haber logrado a alguien como Jules y me recordó que él estaría siempre para mí porque éramos hermanos, sin importar nuestro origen. Después de llorar con sus palabras, con una sonrisa de oreja a oreja, me tomó del brazo y me guio hacia el altar

improvisado frente al establo, sentí que mi corazón quería salirse del pecho.

—Nunca pensé que tendría que ser tu "padre" para algo así, pero aquí estamos, Miguel —bromeó Kwanhee, ajustándome la corbata antes de dar un paso atrás—. ¿Listo?

Asentí, tragando el nudo que tenía en la garganta. Frente a mí, el altar estaba decorado con flores silvestres, y Calvin estaba en pie, luciendo sorprendentemente solemne. A su lado, Jean sujetaba un pequeño cojín con los anillos, su rostro iluminado por una mezcla de emoción y nerviosismo. Había visto aquello como una forma más de demostrarle lo mucho que lo queríamos ambos, de que queríamos asegurarnos de que seríamos familia pasase lo que pasase.

Y entonces apareció Jules. Caminaba despacio, con una calma que contrastaba con mi propio torbellino interno. Pero lo que me dejó sin aliento fue verlo acompañado de Miles, quien, a pesar de todo lo que había pasado, se había presentado con las muletas, decidido a ser el padrino de Jules. Había escuchado aquella mañana como él se lo pedía, pero no había tenido certeza de que aquello fuese posible. El pobre chico seguía siendo incapaz de hablarle, pese a los pequeños gestos que había tenido cuando Jules no miraba. Sin embargo, allí estaba. La determinación en su mirada y la sonrisa sincera en su rostro decían más de lo que las palabras podían expresar. Por duro que fuese aquello, conseguirían salvar el hilo que les unía como hermanos. “Gracias” le indiqué con los labios sin pronunciar palabra y él negó con la cabeza. No había nada que agradecer.

Cuando Jules llegó a mi lado, el mundo pareció detenerse por un instante. Sus ojos estaban llenos de una emoción que no necesitaba ser explicada. No pude evitar sonreír al ver que, a pesar de la sencillez de todo, llevaba una pequeña flor en la solapa, probablemente obra de Jonathan. Calvin carraspeó, intentando mantener la seriedad, aunque había un brillo travieso en sus ojos.

—Estamos aquí reunidos para presenciar algo que, si soy sincero, no pensé que vería tan pronto y menos antes que yo—comenzó, arrancando algunas risas suaves de los presentes, sobre todo cuando le lanzó una mirada a su Daddy que sonreía misterioso—. Pero no estoy aquí para cuestionarlo, sino para celebrarlo.

Mientras Calvin hablaba, mi mirada se encontró con la de Jules. Todo lo demás desapareció. No oía las palabras, solo el latido de mi corazón y la certeza de que, pase lo que pase, él estaría a mi lado. Cuando llegó el momento de los votos, me sorprendí al ver que Jules sacaba un pequeño papel doblado del bolsillo.

—No soy bueno improvisando, así que escribí algo… —dijo, ganándose unas risas tiernas.

Mientras leía, sus palabras me llegaron al alma. Habló de cómo había llegado al rancho perdido y de cómo había encontrado algo que no sabía que estaba buscando: una familia. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando mencionó a Jean y lo que significaba para él. Y cuando finalmente llegó a hablar de mí, tuve que contener las mías.

—Miguel, nunca pensé que alguien como tú llegaría a mi vida. Eres caos y tranquilidad, luz y sombra, todo al mismo tiempo. Y aunque a veces me vuelves loco, no quiero estar en ningún otro lugar que no sea a tu lado.

Cuando fue mi turno, las palabras salieron sin esfuerzo.

—Jules, siempre he sido alguien que vive el momento, que sigue su instinto y las emociones. Pero tú… tú me has enseñado lo que significa querer construir algo que dure. No sé qué nos depara el futuro, pero prometo estar aquí, luchando por ti, por Jean, por nosotros.

Calvin sonrió al ver nuestras expresiones y finalmente declaró:

—Por el poder que me ha dado mi carrera y un cuestionario de internet, los declaro marido y marido.

Las risas y los aplausos estallaron mientras me inclinaba hacia Jules y lo besaba, sintiendo que el mundo se alineaba de alguna forma que nunca había esperado. Jean fue el primero en abrazarnos después, apretándonos con fuerza como si temiera que todo esto fuera un sueño. Kwanhee se acercó detrás de él, dándonos unas palmaditas en la espalda con los ojos brillantes de emoción. Miles, desde su silla, levantó una copa que alguien había puesto en su mano antes de dar media vuelta y desaparecer en la casa. Poco a poco, paso a paso, iría mejor. Al menos, había dado un gran paso, estar con su hermano en la celebración de su boda. Esa noche, mientras nos acurrucábamos juntos bajo las estrellas, supe que había encontrado algo más que un hogar. Había encontrado la eternidad.

Capítulo 13

Jules

El viento de la tarde acariciaba mi rostro mientras cruzaba el patio principal del rancho. Era uno de esos días en los que el sol luchaba por abrirse paso entre las nubes grises, arrojando rayos dispersos que pintaban destellos dorados sobre la hierba. Había algo en el ambiente que me hacía sentir una calma tensa, como si todo estuviera a punto de cambiar. Los días posteriores a nuestra boda todo había sido de color de rosa. Miguel me maravillaba con su dulzura, pasábamos tiempo con Jean y trabajábamos. Había enviado todo lo que Calvin necesitaba para presentar el caso de custodia a los servicios sociales y todo parecía ser favorecedor. Sin embargo, no podía dejar de pensar en que se nos estaba escapando algo, que no iba a ser tan fácil. ¿Daría señales de vida el padrastro? ¿Vendría a fastidiar lo que estábamos logrando construir juntos?

Además, pese a que en la boda había habido cierto progreso, la sombra de mi hermano estaba presente constantemente. Había pasado la mayor parte de la mañana ocupándome de los registros de los pacientes, ajustando horarios y revisando la información médica. A pesar de que mi mente estaba enfocada en el trabajo, no podía evitar que mis pensamientos volvieran una y otra vez a Miles. Cada día que pasaba, su actitud de indiferencia parecía solidificarse más. Su silencio era como una pared impenetrable, y aunque entendía que necesitaba tiempo, la impaciencia empezaba a brotar en mi interior. ¿Por qué me había acompañado en un día tan importante si después iba a volver a ignorarme?

—¡Daddy! —La voz de Miguel irrumpió en mis pensamientos.

Me giré y lo vi corriendo hacia mí con una energía que contrastaba con mi propia calma. Su sonrisa amplia iluminaba su rostro, y

aunque intenté mantener mi compostura, sentí el calor subiendo por mi cuello. Había algo en su presencia que me desarmaba, como si pudiera leer todas mis inseguridades y aun así optara por quedarse cerca.

—Jonathan me dijo que necesitas ayuda para mover algunos suministros. Estoy libre ahora mismo, así que… ¿te ayudo? —ofreció, apoyando las manos en sus caderas.

—¿Solo me quieres ayudar con los suministros? —le dije con un suave flirteo en mi voz.

Miguel riendo se abrazó a mi cuello y me besó con lentitud, saboreando cada minuto de nuestra unión. Los problemas que habían ido surgiendo nos habían impedido prestar atención abiertamente a su necesidad de convertirse en un adolescente y eso me hacía sentir culpable. Apoyé mi frente contra la suya suspirando. No me había exigido nada, no había llamado mi atención con travesuras, pero por la energía que emanaba de él, sabía que necesitaba algo más que lo que estaba obteniendo.

—Siento no estar dándote lo que necesitas —Le dije— Pero va a cambiar. De hecho, ahora vas a ayudar a Daddy con los suministros en mi despacho y después quiero que me redactes todo lo que te apetecería hacer. Se convertirá en tus premios ¿Te parece?

— No pasa nada, es comprensible y cuando hubiese necesitado más, te lo habría exigido de alguna forma —Me dio un breve pico antes de retirarse. Alivió de esa forma mi preocupación. No importaba los cambios en nuestra vida, él iba a marcar el ritmo de sus necesidades —. No te vas a librar de ser mi Daddy —Me sacó la lengua y yo reí—. ¿Puedo poner cualquier cosa?

— Cualquier cosa, luego repasaremos la lista por si algo no es viable, pero te dejo libertad.

Caminamos en silencio hacia mi despacho donde tenía todos los medicamentos a buen recaudo bajo llave. La cercanía de Miguel hacía que mi mente trabajara el doble para evitar quedar atrapado

en su sonrisa o en el ligero roce de su brazo contra el mío. Intenté concentrarme en el sonido de nuestras botas contra la grava, pero no ayudó mucho. Todo el agobio que había estado sintiendo a lo largo de la mañana parecía ir aliviándose con solo tenerle cerca.

—Así que, ¿cómo va todo con Miles? —preguntó de repente, con un tono que delataba genuino interés. Sabía que quería ver nuestra relación resuelta. No solo era porque quería verme feliz sino porque pensaba en cómo se sentiría si Kwanhee y él dejaban de hablar.

Suspiré. No era una pregunta fácil de responder. Me gustaría cerrar los ojos y solucionarlo todo. Sin embargo, no era posible. Mi hermano seguía sintiendo que su vida había terminado y no encontraba nada que le pudiese empujar a buscar una salida. Ahora salía para sus sesiones con Jonathan y Kwanhee, pero volvía rápidamente. Las comidas las pasaba en su habitación, no había conocido a su sobrino y desde la última vez que me dirigió la palabra no había vuelto a abrir la boca. Minho había estado obligándole a salir a pasear, pero solo lo lograba algunas veces. Tenía la esperanza que con la llegada de la prótesis nueva esta tarde, cuando pudiese empezar a practicar cómo moverse de nuevo, tuviese una razón por la que salir.

—Difícil. Sabe que estoy intentando ayudar, pero… Es como si no quisiera que nadie lo alcanzara. Y lo entiendo, de verdad. Solo que a veces…—hice una pausa, buscando las palabras adecuadas—. A veces desearía que pudiera ver que no está solo. Ha perdido mucho, pero ¿Y lo que queda?

Miguel asintió lentamente, su expresión ahora era más seria. Entendía lo que era la pérdida a un nivel más profundo que otros. Había vivido con ella y había aprendido a tratarla para sus pacientes. De hecho, su labor era aún más compleja pues solía trabajar en su mayoría con niños.

—Debe ser duro para ambos. Pero, por lo que he visto de ti, Jules, eres una persona que no se rinde fácilmente. Él lo notará,

eventualmente. Lo que haces importa. Sigue hablándole, sigue recordándole que estás ahí. Es el dolor el que habla.

Sus palabras tocaron algo profundo en mí. No estaba seguro de cómo responder, así que simplemente asentí y seguí caminando. Llegamos al despacho y le hice entrega de una hoja con la que hacía inventario. Miguel apuntaba, preguntaba las dudas y me ayudó a terminar antes de lo previsto. Observé sus movimientos por un momento, perdiéndome en la gracia natural con la que se desenvolvía.

—Ahora sabes lo que te toca hacer —dije cuando terminamos todo el proceso—. Hazme esa lista.

—Vale, Daddy —Se hizo un hueco en mi mesa y comenzó su labor con la lengua fuera.

Le revolví el pelo sintiéndome más ligero por poder hacer algo por él. Mientras escribía llamé a nuestros proveedores para informar de aquello que necesitábamos. No teníamos muchos pacientes con necesidades psiquiátricas ahora en el rancho, pero si acudían a mí pacientes del pueblo o de la ciudad movidos por mi fama o por la necesidad de un lugar cercano que les ayudase con sus problemas cuando un psicólogo no era suficiente. Cuando Miguel terminó su trabajo, le pedí que me diera la hoja para revisarla. Sin embargo, se levantó quitándola de mi alcance.

—¿La quieres? Entonces, ¡demuéstramelo! —respondía con un guiño.

Reí sin poder evitarlo y fui en su búsqueda. Era difícil mantenerse serio alrededor de él. Cuando lo atrapé lo besé con ganas antes de dejarlo caer en su mente. Miguel no era solo un hombre lleno de energía. Había una profundidad en él, una sensibilidad que no siempre era evidente a simple vista. Su lista de recompensas mostraba todas esas facetas de él. No tuvimos muchos inconvenientes por lo que no rechacé ninguna de sus propuestas. Había escrito desde hacer una ruta a caballo hasta volver de nuevo a los recreativos. Quería usar los videojuegos, los legos y el cine como

forma de recompensa cuando hiciera alguna de sus tareas. Aproveché también para revisar con él su lista de tareas.

Me preocupaba su falta de puntualidad por culpa del sueño y el trasnochar, así que decidí crear un horario para él que pudiésemos añadir a sus normas siguiendo el ejemplo de Jonathan. Tras probarlo unas semanas, volveríamos a hablar por si necesitaba algún cambio. Se despertaría media hora antes de lo que ya lo hacía cuando trabajase y se acostaría una hora antes, dedicando ese tiempo a leer en lugar de a las pantallas para relajarse.

Cuando finalmente terminamos, el sol comenzaba a ponerse, pintando el cielo con tonos rosados y anaranjados. Le acompañé hasta el columpio del patio que tanto le gustaba a Carl pero que usaba menos pues se había colocado uno en su propia casa dándonos vía libre a los demás. Nos acurrucamos observando la entrada por la que poco a poco irían llegando el resto de los miembros de nuestra familia.

—Gracias por la ayuda —dije, rompiendo el silencio.

—Siempre, Daddy —respondió, mirándome directamente a los ojos.

Ese momento se sintió más largo de lo que realmente fue. Había algo cálido en su mirada, algo que no había sentido en mucho tiempo. Antes de que pudiera decir algo más, escuché una voz familiar llamándome desde la casa principal. Era Jonathan, probablemente con noticias sobre mi próximo paciente o Miles.

—Debo irme —dije, poniéndome de pie—. Nos vemos en la cena, pequeño gigante —Le besé la frente antes de irme.

Mientras me alejaba, no pude evitar pensar que, tal vez, las cosas estaban a punto de cambiar. Y quizás, solo quizás, no todo sería tan malo. Jonathan me pidió que le acompañase hasta su despacho, poniéndome cada vez más nervioso. Esperaba que fuese un paciente, pero ¿Y si era algo malo?

—¿Ha ocurrido algo malo?

—Kwanhee dice que Miles se niega a ponerse la prótesis —Me explicó sin dar rodeos—. Estás haciendo un buen trabajo hablando con él, pero pienso que quizás es el momento de hacer algo más agresivo. ¿Qué es lo que más le duele de haber perdido su pierna?

—El baile, el no poder seguir en la compañía —le expliqué. El centro de sus problemas estaba ahí. Le dolía la pérdida de sus padres, pero era algo que podía aprender a sobrellevar. Sin embargo, sentía que no tenía nada más por lo que vivir si perdía su pasión—. Siente que ha dejado atrás su mayor pasión.

Jonathan asintió anotando algo en una libreta, posiblemente para confirmar el curso de acción. Había que ser un poco más radicales si querían conseguir ayudarle. El primer paso era demostrarle que podía seguir con su vida sin problema. Tenía todas las posibilidades, teníamos dinero suficiente para probar tantas prótesis como fuesen necesarias para que siguiese bailando. Si era necesario hasta usaba alguno de nuestros abogados favoritos para que salvasen su profesión denunciando a la compañía por sus duras políticas de acceso tan discriminatorias.

—Minho juega al baloncesto —Me informó Jonathan cruzando las manos sobre la mesa—. No es profesional porque no le interesa, pero encontró una comunidad deportiva de la que salen muchos atletas paraolímpicos y juega con ellos. Quiero que lleve a tu hermano y le enseñe que hay formas de seguir siendo deportista. Puede incluso probar otros estilos o volver al baile.

—¿Creéis que querrá ir?

—No, pero le haremos una encerrona. Minho le obligará a ir con él. Quiero que vea que hay una vida para él y ante la situación, hay que abrirle los ojos. Solo quería tener tu permiso pues puede que con esto retroceda en su avance si no sale bien.

Le di las gracias y acepté que se llevase a cabo aquella idea. Todo lo que pudiese ayudar era bienvenido. No importaba si retrocedíamos en su avance, trataríamos de lograr que todo avanzase hasta que fuese capaz de vivir, no solo de sobrevivir.

Capítulo 14

Miguel

El olor de la madera vieja y el heno fresco me recibió en cuanto entré al establo. Siempre había algo reconfortante en ese aroma; era como un recordatorio de que, por caótico que pudiera ser el mundo, aquí las cosas seguían su curso natural. Aristóteles, el famoso alborotador del rancho, ya estaba haciendo de las suyas, mordiendo una cuerda que había dejado colgada cerca del establo de Bruma. Una vez más se había escapado de su espacio para merodear por el rancho a sus anchas. Me reí por lo bajo y me acerqué para acariciarlo entre las orejas. La oveja negra dejó caer la cabeza como lo hacían nuestros perros deseando tener su dosis de mimos de todos los días. Era imposible no consentirle cuando nos hacía aquellos gestos tan adorables.

—Tú tampoco puedes resistirte a ser el centro de atención, ¿eh? —le susurré.

Mientras arreglaba los cabos sueltos que Aristóteles había dejado a su paso, mis pensamientos comenzaron a divagar. No podía dejar de pensar en Jules. Había algo en él que no lograba descifrar del todo. Su seriedad contrastaba tanto con mi propia personalidad que, por alguna razón, me sentía atraído hacia él como una polilla a la luz. No era solo que fuera guapo—que lo era, y mucho—, sino la forma en la que parecía cargar el peso del mundo sobre sus hombros. Había algo en su fragilidad contenida que despertaba en mí una necesidad de cuidarlo. Quería ayudarle con aquel peso, pero más allá de Jean y estar ahí para él no podía hacer nada más. La pérdida era un proceso difícil y largo. Miles y sus dificultades no ayudaban a que aquello cambiase.

—¡Miguel! —La voz de Kwanhee me sacó de mi ensimismamiento.

Me giré justo a tiempo para ver a mi hermano entrando al establo con una sonrisa maliciosa. Conocía ese tono; estaba tramando algo. ¿Cuánto tiempo llevábamos sin hacer ninguna travesura? Algo en mí comenzó a vibrar con emoción contenida. Crucé los dedos para que tuviese una gran idea y no simplemente hubiese venido de visita.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté, medio riendo y medio resignado.

—Nada, solo pasaba por aquí y me preguntaba ¿Cuánto tiempo llevamos sin fastidiar a Carl? —Kwanhee se apoyó contra uno de los postes, cruzándose de brazos mientras me miraba con una ceja levantada.

—¿Qué tienes en mente? —Le dije con una sonrisa cómplice.

—Azúcar en el salero de Simón —Me dijo con simpleza—. Un viejo confiable. Nunca falla.

Le devolví la sonrisa, pero algo en mí pedía algo más elaborado.

—Podemos hacerlo mejor que eso —dije, cruzándome de brazos para pensarlo—. ¿Qué tal si lo llevamos al siguiente nivel?

Los ojos de Kwanhee brillaron con entusiasmo.

—Dime.

Y así empezó todo. Nos pasamos la tarde tramando el plan perfecto. El azúcar en el salero era un clásico, pero necesitábamos algo más grande, algo que incluyera a toda la casa. La idea vino casi por accidente mientras veíamos a Aristóteles corretear entre el heno: ¿y si dejábamos que Aristóteles fuera nuestro cómplice? Kwanhee asintió emocionado. Con ayuda de nuestra querida oveja negra, repartimos pequeñas sorpresas por toda la casa. El azúcar terminó en el salero, claro, pero también sal en la cafetera de Jonathan. Cambiamos los geles de baño por pintura comestible, un detalle especial que sabíamos que Simón no dejaría pasar. Por último, colocamos globos llenos de agua teñida en puntos estratégicos del pasillo, diseñados para explotar con los pasos de la primera víctima desprevenida. La mañana siguiente fue un caos glorioso.

El grito de Simón cuando su hermoso cabello acabó de un adorable tono verde sucio fue lo que despertó a toda la casa. A esto le acompañaron las caras de asco de todo aquel que trataba de desayunar, ya fuese por el café o por el salero modificado. Kwanhee y yo nos mirábamos aguantando la risa mientras Calvin trataba de consolar a Simón y Luca se ofrecía a traerles a todos un buen desayuno de su cafetería para que pudiesen seguir con el horario de trabajo. A pesar de lo bien que lo estábamos disimulando, las miradas se posaron en nosotros.

—¿Por qué nos miráis? No hemos hecho nada —Dijo Kwanhee con una sonrisa inocente—. Habrán sido los niños —Señaló a Oscar que no podía dejar de reír y a Jean que lo miró entrecerrando los ojos.

—Tito, deberías protegerme no acusarme —El chico le sacó la lengua y dijo sin remordimientos—. Fueron ellos, vi a Miguel entrar al baño.

—Se supone que debes defender a tu futuro padre adoptivo —Le dije haciendo un puchero y provocando su risa.

Jules me miraba con los brazos cruzados y cuando hizo un gesto en dirección a su despacho, Kwanhee y yo suspiramos profundamente. Habíamos sido descubiertos con las manos en la masa y ahora era el turno de las represalias. Miré a mi hermano que me trataba de decir que había sido un éxito. El castigo merecería la pena por las risas que habíamos logrado. Al final del día, después de una conversación sobre responsabilidad, Kwanhee y yo acabamos sin internet durante dos días, los móviles a buen recaudo en su cajón, y con la labor de preparar el desayuno durante una semana. Aquello nos hizo protestar pues suponía que había que madrugar más.

—Pero Daddy… —me intenté quejar sin mucho éxito.

—Nada de Daddy, pequeño gigante, estás castigado. Ahora te toca irte a trabajar.

—Yo no sé por qué tengo que ser castigado si no tengo Daddy —Dijo Kwanhee entre dientes, tan bajito que apenas se oía.

—¿Tienes algo que decir, jovencito?

Negó con la cabeza y Jules nos despidió. Me dio un pequeño beso en los labios y me recordó que me comportase. No podía parar de sonreír pues había vuelto un poco a la normalidad. Volví a mi trabajo con emoción. Oscar y yo hablamos sobre lo que se esperaba de él y lo que él pensaba de sí mismo para plantear cómo conseguir que esas expectativas no le impidan ser feliz. Le pedí que escribiese en un diario todo cuanto desease conseguir. Al terminar la semana le pediría que me lo leyese para ver cómo debía afrontar sus sueños con la realidad y las personas de su entorno. Tras eso, Oscar me ayudó a sacar a Bruma de su establo y poder cepillarla. Había progresado bastante con aquel joven. Se había creado entre ellos un fuerte vínculo que los ayudaba a avanzar.

Cuando terminamos, lo dejé continuar con su diario y los deberes que tenía para hoy y fui al porche del rancho. Quería tomarme un momento para disfrutar del aire fresco antes de seguir con el día, pero entonces lo vi. Miles. Estaba sentado en su silla de ruedas, mirando el horizonte con una expresión perdida. Sus manos descansaban en su regazo, pero su postura rígida y su mandíbula apretada decían más de lo que él hubiera querido. Quizás se había enterado de lo que tenían planeado para él. Por lo que Jules me había contado, no estaba seguro de que le gustase la idea cuando se la contasen. Me quedé donde estaba, observándolo en silencio, preguntándome qué hacer. Desde que llegó al rancho, Miles había sido una figura silenciosa, un enigma que parecía inalcanzable incluso para Jules. Sabía que estaba luchando con más cosas de las que cualquiera podía imaginar, pero también sabía que necesitaba espacio para enfrentarlas a su manera.

Entonces, algo llamó mi atención. Jean caminaba hacia él con paso vacilante. El niño sostenía un pequeño cuaderno en las manos, como si fuera un escudo, y miraba a su tío con una mezcla de timidez y determinación. Era la primera vez que los veía interactuar desde que llamó a la puerta pidiendo ayuda de su padre. Ni siquiera en la boda, el único momento en el que había salido voluntariamente de su habitación, no habían tenido contacto entre ellos. De hecho, por lo que le solía contar Kwanhee, intentaba no tener relación con nadie,

ni siquiera con él, su fisioterapeuta. Miles alzó la vista al escuchar los pasos y lo observó acercarse. Jean se detuvo frente a él, apretando el cuaderno contra su pecho.

—Tío Miles —comenzó, su voz apenas un susurro—, ¿estás enfadado conmigo?

Miles frunció el ceño, claramente sorprendido por la pregunta. Al instante, su mirada enfurruñada pasó a una de completa confusión. Tal vez por la valentía del chico al acercarse a él cuando todos le esquivaban.

—¿Por qué piensas eso?

Jean bajó la mirada, pateando una piedra invisible en el suelo.

—Porque no quieres hablar conmigo ni conocerme. ¿Hay algo malo en mí? —Abrí la boca, perplejo. Al haber estado ocupados con la custodia y nuestra relación familiar, ninguno de los dos había pensado en contarle lo que había ocurrido con su tío—. Sé que fui una sorpresa, que tal vez me veas una molestia para mi padre. No pasa nada si hay algo que no te gusta de mí, pero no sigas enfadado con papá, le duele.

El silencio que siguió fue abrumador. Desde donde estaba, podía ver cómo las palabras del niño habían golpeado a Miles como una ola. Su expresión cambió, pasando de la sorpresa al dolor, y luego a algo que no podía identificar del todo, pero que se asemejaba bastante a la dulzura. Le hizo un gesto para que se acercase a lo que Jean respondió inmediatamente, cuando lo tuvo cerca habló por fin.

—Jean no hay nada malo en ti —dijo finalmente, su voz temblando ligeramente—. ¿Sabías que mi hermano también llegó por sorpresa? Alguien llamó a la puerta de casa y allí estaba él, enfrente de mi padre diciendo que era su hijo. Igual que él lo acogió rápidamente, Jules lo ha hecho contigo. Eso no te convierte en el malo de la película.

Jean levantó la vista, sus ojos llenos de esperanza.

—¿Entonces por qué no nos hablas?

Miles dejó escapar un suspiro, apartando la mirada hacia el horizonte.

—Porque cuando los veo, pienso en lo que perdí. Pero eso no significa que no quiera conocerte. Es solo que necesito tiempo para asimilar que no soy el mismo y dejar que el dolor se vaya.

El niño lo miró por un momento, luego asintió con seriedad, como si entendiera más de lo que debería para su edad. Eso me hizo pensar en el calvario que había vivido con un hombre que le odiaba y la pérdida de su madre. Como muchos en aquel rancho, Jean había conocido el aspecto feo de la sociedad y comprendía que hacía falta tiempo para sanar.

—¿Puedo ayudarte?

La pregunta parecía tan sencilla, pero supe que había tocado algo profundo en Miles. Por primera vez desde que llegó, vi un atisbo de sonrisa en su expresión mientras miraba a Jean.

—Tal vez puedas enseñarme cómo —respondió.

Jean sonrió, una sonrisa pequeña pero llena de promesas, y extendió el cuaderno hacia su tío. Miles lo tomó, observando la portada como si fuera algo frágil y precioso al mismo tiempo. Me aparté sin hacer ruido, dejando que tuvieran su momento. Mientras caminaba de regreso al establo, no podía evitar sentir una extraña mezcla de orgullo y alivio. Tal vez, poco a poco, Miles también estaba encontrando su camino.

Capítulo 15

Jules

Esa mañana, mientras ajustaba el nudo de mis botas y revisaba mentalmente la lista de tareas del día, no podía dejar de pensar en lo que había sucedido el día anterior. Había vuelto a tomar una decisión por mi hermano que volvería a costarme su confianza. Sin embargo, era la única viable. No podía seguir negándose a ser tratado, olvidarse de tomar sus pastillas, teniendo pesadillas por las noches, encerrado en aquel cuarto… Miguel había hablado conmigo, me había reconfortado e incluso me había aliviado un poco la presión dejando que le cuidase. Más tarde, Jean había hablado conmigo después de haber estado con Miles y tuve que explicarle lo que había pasado, como sus abuelos no le verían crecer o por qué necesitaba ese espacio.

Al pasar por la puerta de su habitación, me aseguré de que siguiese durmiendo antes de marcharme. No había sido un buen día para él; Jonathan había intentado comenzar una conversación sobre sus metas a corto plazo y sobre el lugar al que querían llevarle. La charla había terminado con el sonido seco de una puerta cerrándose. Sabía que este camino no iba a ser fácil, pero no podía evitar sentir un nudo en el estómago cada vez que lo veía tan cerrado al mundo.

—Jules —. La voz de Jonathan me sacó de mis pensamientos. Estaba parado al final del pasillo, sosteniendo una taza de té y con una sonrisa triste que hizo que me diera un vuelco el corazón.

—¿Qué ha ocurrido? —Le pregunté sintiendo que últimamente solo me llamaban para darme noticias malas.

Jonathan se acercó despacio, con una mezcla de cautela y gravedad que me inquietó. Extendió un sobre hacia mí, manteniéndolo entre

nosotros como si pesara más de lo que aparentaba.

—Esto acaba de llegar. Un hombre que decía ser abogado lo trajo. — Su voz era baja, casi un susurro, pero lo que más me inquietó fue la expresión en su rostro: una combinación de preocupación y algo que no pude identificar del todo. Tomé el sobre, notando que mis manos empezaban a sudar antes incluso de abrirlo. Rompí el sello con los dedos temblorosos y desdoblé las hojas con rapidez, incapaz de detenerme, aunque algo en mi interior me gritaba que no lo hiciera. Mis ojos recorrieron el texto, cada palabra cayendo sobre mí como un martillo: demanda por la custodia de Jean, secuestro, testamento de la madre fallecida. Sentí que el aire me abandonaba cuando llegué a la última línea, donde exigía que devolviéramos al niño. El silencio se prolongó demasiado.

—¿Jules? —La voz de Jonathan me sacó de mi trance. Él seguía de pie, al final del pasillo, sosteniendo su taza de té. Había algo en su sonrisa triste que me desarmó por completo.

—Es... —mi voz se quebró, y tuve que aclararme la garganta antes de continuar—. Es el padrastro de Jean. Quiere llevarnos a juicio por la custodia.

Levanté la mirada hacia Jonathan, pero no podía leer en su expresión lo que pensaba.

—¿Qué pruebas tiene? —preguntó, dejando la taza a un lado.

—El testamento de su madre. —Las palabras salieron con dificultad. Sentía como si una mano invisible me estuviera apretando el pecho.

Jonathan frunció el ceño mientras se acercaba para leer por encima de mi hombro.

—¿Y qué dice exactamente? —Su tono era más frío de lo habitual, calculador. Jonathan rara vez se permitía perder la calma, y aunque su tranquilidad solía reconfortarme, ahora me ponía aún más nervioso.

Respiré hondo y le tendí los papeles. Mi mente estaba demasiado nublada para encontrar una respuesta adecuada. Necesitaba que alguien más lo procesara por mí.

—Calvin podrá con esto y cualquier otra excusa que esa rata quiera dar. La custodia será vuestra. La ley os ampara —Me dijo tras leerlos —. Estamos aquí con vosotros.

—Tengo que ir a buscar a Miguel —Le dije—. Cuando se entere…

—No puedes protegerlo de todo, pero no será una lucha fácil —Me contestó—. La policía tiene pruebas del estado en el que llegó, ahora sois un matrimonio.

Le di un abrazo antes de marcharme, necesitando expresar con gestos todo aquello que quería decir, pero para lo que no encontraba las palabras correctas. Jonathan respondió con la misma firmeza de siempre, esa que me hacía sentir que, pase lo que pase, nunca estaríamos solos. Salí al pasillo con pasos apresurados, sintiendo el peso de la noticia hundirse en mi pecho. Sabía que Miguel reaccionaría con furia. Él no había tenido miedo de enfrentarse a nadie por Jean cuando hablamos de la posibilidad, pero esta vez no se trataba de un miedo sino una realidad. Íbamos a tener que enfrentarnos a una batalla legal que por mucho que pudiésemos ganar, siempre sembraría la duda de si un juez nos impediría estar con Jean. Cuando llegué a la puerta de nuestro cuarto, dudé por un instante antes de abrirla. Miguel estaba sentado en el borde de la cama con su móvil entre las manos, enfrascado en ese juego que tanto le gustaba. Levantó la vista en cuanto me oyó entrar.

—¿Qué pasa? —preguntó de inmediato viendo la expresión de preocupación que no podía ocultar.

No había ninguna forma de contarlo sin que se alterase, así que fui directo al grano.

—Es el padrastro de Jean —dije despacio—. Quiere llevarnos a juicio por la custodia.

Por un momento, Miguel no reaccionó. Sus ojos se oscurecieron, y su respiración se volvió más pesada. Podía ver la rabia arder poco a poco en su interior, quizás los recuerdos de su infancia nublando la noticia con aquello que podría salir mal. Sin embargo, pronto se recuperó.

—No —murmuró, negando con la cabeza—. No va a llevárselo. No tiene ningún derecho y nadie en su sano juicio dejará a un niño en sus manos.

—No lo hará —aseguré, sentándome a su lado—. Jonathan ha revisado los papeles y aunque tiene el testamento de su madre, nosotros tenemos las pruebas de su maltrato y la prueba de paternidad. Calvin lleva ya tiempo preparándose para posibles represalias, ha entregado los papeles de nuestro matrimonio, la petición de adopción que has pedido y mis pruebas al juez. No tiene posibilidades.

—Debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos para asegurarlo —preguntó, su voz apenas un susurro—. Jean no puede vivir sin una familia que le quiera, no como nos pasó a Kwanhee y a mí. No puede ir de casa en casa con personas que le odien.

Apreté su mano con fuerza. Sabía que aquello era un tema complejo para él. La forma en la que descubrió cómo su madre había rehecho su vida sin buscarle, sin pensar ni un segundo en aquel niño que abandonó… Le limpié las lágrimas que habían comenzado a deslizarse por sus mejillas y lo abracé con fuerza.

—Entonces pelearemos. Como siempre hacemos, solo que ahora será juntos. Somos su familia.

Miguel me apretó con fuerza y suspiró. Llegaría un momento de nuestras vidas en el que tuviésemos una tregua. Sin embargo, agradecía que en medio de todo el caos que habían sido los últimos meses hubiese encontrado a mi alma gemela, un niño que se había ganado mi corazón desde el primer minuto y una familia que me había acogido sin dificultades.

—No soporto la idea de que Jean crea, aunque sea por un segundo, que puede perder su hogar. Tampoco quiero que esté al margen. Creo que debemos hablar con él y asegurarle que vamos a luchar por él.

—No lo perderá —afirmé con firmeza—. Somos su familia. Nadie va a cambiar eso.

Se quedó en silencio por unos segundos, luego respiró hondo y asintió.

—Necesito ver a Jean —dijo al final, poniéndose de pie.

—Vamos juntos —respondí—. ¿Salimos a montar?

Y así lo hicimos, porque, al final, no había otra forma de enfrentar esto que juntos. Pasamos el resto del día de ruta con los caballos, viendo a Jean reír y disfrutar de las explicaciones de Miguel que era el profesor perfecto. Oscar se unió tiempo después y agradecí ver como crecía su amistad con mi hijo. Aunque fuese efímero porque iba a marcharse en cuanto estuviese bien, sabía que continuarían hablando. Cuando el sol comenzó a teñir el cielo de tonos anaranjados, decidimos regresar al rancho. Jean iba un poco adelantado con Oscar, todavía charlando animadamente sobre quién sabía más de caballos, mientras Miguel y yo nos quedamos unos pasos atrás, disfrutando del momento en silencio.

—Hoy ha estado feliz —murmuró Miguel, observando a Jean con una sonrisa suave.

—Porque se siente seguro —respondí—. Porque sabe que lo queremos y que haremos todo por él. Aunque seamos nuevos en esto, no se nos da tan mal ¿No crees?

Conseguí que sonriese un poco con mis palabras, pero seguía existiendo esa sombra de preocupación que había aparecido al recibir la noticia.

—Cuando le digamos lo que está pasando, ¿crees que entenderá que no está en peligro?

—Jean es más fuerte de lo que pensamos —Le afirmé, aunque era el mismo miedo que había sentido cuando decidimos que íbamos a confesarle lo que estaba ocurriendo. Miguel suspiró, y sin pensarlo, extendió la mano para tomar la mía.

—No vamos a perderlo —dijo en voz baja, como si lo estuviera repitiendo para convencerse a sí mismo.

—No, no vamos a perderlo.

La conversación quedó ahí, pero el peso de lo que nos esperaba seguía presente. Sabíamos que la lucha legal iba a ser complicada, pero después de todo lo que habíamos pasado, después de cada obstáculo que habíamos superado, tenía claro que no había fuerza en el mundo capaz de separarnos. Cuando llegamos, Jean se bajó de su caballo con agilidad y corrió hacia nosotros con una sonrisa.

—¿Podemos hacer esto más seguido? —preguntó con entusiasmo.

—Siempre que quieras —respondió Miguel, despeinándole el cabello con cariño.

Oscar se acercó a mí y se quedó en silencio por un momento antes de hablar.

—Si necesitáis ayuda con lo de Jean, contad conmigo —dijo en voz baja.

Lo miré sorprendido, pero asentí con gratitud. No sabía cómo se había enterado, quizás nos había escuchado hablar o lo habían comentado en la casa. Sin embargo, era bueno saber que, si necesitábamos que alguien estuviese con Jean, teníamos el candidato perfecto.

—Gracias, Oscar.

No sabía cuánto tiempo más estaría con nosotros, pero en ese instante entendí que, de una manera u otra, siempre formaría parte de nuestra familia. Pensé en Miles y en cómo reaccionaría si descubriese lo que estaba pasando. ¿Se sentía tan cabreado

conmigo que se alegraría? ¿Trataría de ayudarme? ¿Seguiría indiferente ante la situación?

A la mañana siguiente, tras el desayuno y antes de que comenzase el trabajo, decidimos hablar con Jean. No queríamos dejarlo mucho más tiempo por si nos escuchaba a hablar o alguno de los demás lo comentaba sin darse cuenta. Pensamos que descubrirlo como un secreto iba a ser peor. Aun así, fue un momento muy duro donde acabamos llorando abrazados. Le aseguramos que íbamos a hacer todo lo que estuviese en nuestras manos para protegerlo y mantenerlo con nosotros. Removeríamos cielo y tierra para evitar que aquel hombre se acercase.

Capítulo 16

Miguel

El sol ya se había ocultado, dejando el cielo teñido de un azul profundo. Después de un día agotador en el rancho, cuando el bullicio del trabajo empezó a calmarse, encontré a Kwanhee sentado en el porche con una taza de té humeante entre las manos. Se balanceaba levemente en la mecedora, observando el horizonte con esa serenidad suya que siempre había envidiado. Había en él una sombra que antes no existía. No sabía si era por todo lo que estaba ocurriendo o por su nuevo paciente, el mismo hombre que seguía haciendo daño a Jules y su hijo con su indiferencia. Nunca había tenido un problema con un paciente, pero parecía estar mucho más preocupado por él que por cualquiera de los que habían acudido a él.

—¿Pensando en Miles? —pregunté, dejándome caer a su lado. Por un segundo pensé en lo mucho que le estaba descuidando, atrapado en mis propios problemas.

—No sé cómo ayudarle —Suspiró y me miró con una profunda tristeza—. Prefiero no hablarlo hasta que sepa cómo gestionarlo —Le apreté el hombro en señal de apoyo sabiendo que a veces necesitaba poner en orden todo lo que había en su mente y necesitaba hacerlo a solas—. Cuéntame, ¿Cómo estás con lo de Jean?

Solté un suspiro y miré la extensión oscura del campo. El aroma de la tierra húmeda y la leña quemándose en alguna chimenea lejana llenaba el aire. Se podía oír a los diversos animales que cohabitaban en el rancho, las risas de nuestros compañeros que se preparaban para regresar a la casa principal para la cena. Kwanhee giró la

cabeza y me observó con calma esperando a que encontrase las palabras que necesitaba para expresarle cómo me estaba costando procesar que no sería tan fácil cómo parecía.

—No dejo de pensar en lo que pasaría si algo saliera mal. Sé que Calvin tiene todo controlado, que la ley está de nuestro lado, pero… —Apreté los puños sobre mis muslos—. No quiero que Jean viva con el miedo de que pueden arrebatarle lo único estable que ha tenido en su vida.

Kwanhee se tomó su tiempo antes de responder, como si estuviera eligiendo con cuidado las palabras. Él, al igual que yo, sabía lo que era perder la estabilidad de una familia en nuestras vidas. Desde que nos habíamos unido, todo había ido mejor, y cuando encontramos a Jonathan y los demás la vida empezó a verse cada vez más brillante.

—Te entiendo más de lo que crees. Pero escúchame, Jean no está solo. No es el niño asustado que fuiste tú. Tiene a Jules, te tiene a ti. Nos tiene a todos. Y eso es lo que hace la diferencia. Nosotros estábamos solos, pero él ha encontrado un lugar seguro para crecer.

Sabía que tenía razón, pero la preocupación seguía incrustada en mi pecho como una espina. Suponía que aquello era algo que me iba a acompañar toda la vida ahora que me había convertido en padre. Uno no podía dejar atrás el miedo por aquellos que le importaban y yo no iba a ser la excepción de la regla.

—Es mi hijo, Kwanhee. No quiero fallarle.

—No lo harás —afirmó sin dudar—. Pero tienes que confiar en que él también sabe luchar.

Me quedé en silencio, dejando que sus palabras se asentaran en mi mente. Kwanhee siempre sabía qué decir, incluso cuando yo no sabía lo que necesitaba escuchar. Ojalá pronto pudiese devolverle el mismo alivio una vez que acudiese a mí cuando sus pensamientos se aclarasen.

—Gracias —murmuré al final dándole un beso en la mejilla.

Él solo sonrió y volvió a tomar un sorbo de su té, como si la conversación nunca hubiera ocurrido.

La mesa estaba llena de platos humeantes y voces entrecruzadas. Simón, como siempre, había cocinado lo suficiente para alimentar a todo el estado, y las conversaciones fluían con la facilidad de quien se siente en casa. Sabía que después de aquello, los tuppers se repartirían en las distintas parejas que se habían ido a pequeños cottages a nuestro alrededor. Jean reía con Oscar, golpeando suavemente la mesa cada vez que uno intentaba superar al otro en conocimiento sobre caballos. Liam participó en la conversación para sorpresa de sus padres, abriéndose a otros niños como no había hecho hasta el momento. Cada vez era más frecuente que usase su voz, su mutismo selectivo relegado a momentos de estrés, ansiedad o con la llegada de desconocidos. Jonathan y Calvin discutían sobre qué postre era mejor, con Joshua lanzando comentarios de vez en cuando para inclinar la balanza, picando a su hermano al ponerse a favor de su cuñado. Carl, aunque absorto en unos papeles, no dejaba de intervenir aquí y allá. Jules hablaba con Jonah y Minho mientras Kwanhee entretenía a Jimmy que hoy se sentía más *little* que de costumbre. Sin embargo, una ausencia pesaba más que todas las risas. Miles.

Desde su accidente, su presencia se había vuelto casi un fantasma en el rancho. Se negaba a probarse la prótesis, evitaba a Jonathan, y lo que más me preocupaba: ni siquiera miraba a Jean. Jules sentía el dolor de su rechazo con fuerza, por no hablar de como Kwanhee se sentía tan atrapado por las circunstancias, por no poder darle la ayuda que necesitaba. Minho había tratado de convencerle en sus paseos, pero apenas lograba sacarlo de su habitación. Los demás no lo conocíamos suficiente y aun así sentíamos su silencio como un fracaso pues el rancho estaba para sanar. Cuando la cena terminó y todos comenzaron a recoger, tomé aire y me levanté.

—Voy a ver a tu hermano —Murmuré a Jules que me miró con preocupación—. Quiero intentar algo, puede que sea duro, pero lo oí hablar con Jean.

— Solo… —Suspiró, asintiendo—. A estas alturas cualquier cosa que hagas será bienvenida si consigues el más mínimo cambio.

Recorrí el pasillo con pasos pesados dejando el bullicio de la comida atrás. Llevaba en mis manos una bandeja de cena que sabía que no probaría como había hecho con todas las anteriores. Toqué su puerta, esperando una respuesta que nunca llegó.

—Voy a entrar, Miles—anuncié antes de girar el pomo.

La habitación estaba en penumbra, solo iluminada por la lámpara tenue de su mesilla. Miles estaba acostado de lado, mirando la pared. La bandeja de comida seguía intacta a su lado, la prótesis seguía apoyada en un rincón, sin tocar. Se podía notar en la forma en la que se hundía las sábanas la zona donde parte de su pierna se ausentaba. No podía imaginar el dolor que podía suponer perderlo todo en un único accidente. Me apoyé en el marco de la puerta tras dejar en el mismo lugar la bandeja con la cena, cruzándome de brazos.

—¿Vas a seguir así mucho más tiempo?

No hubo respuesta. La delicadeza no había estado sirviendo y ahora iba a tener que tocar su fibra sensible con dureza. Intentar crear una reacción a veces resultaba más efectivo, generando la necesidad de un cambio. Tenía la esperanza de que lograría algo después de su aparición en la boda y su charla con Jean.

—Miles, ¿Te niegas a hablar?

Nada. Solté un suspiro y entré, sentándome en la orilla de la cama.

—No has hablado con Jules. Apenas has mirado a Jean. No dejas que Jonathan te ayude. ¿Crees que así vas a mejorar?

Vi su mandíbula tensarse, pero no giró la cabeza. Quería seguir viviendo porque al final sucumbía a la comida, a salir o a hablar,

pero no estaba seguro de cómo hacerlo con los cambios en su cuerpo y su vida. No era el primer paciente que se encontraba en una situación similar.

—No tengo ganas de esto, Miguel —Conseguí que dijese. Se había aprendido mi nombre tras la boda.

—¿Y qué es esto exactamente? —le rebatí—. ¿Vivir? ¿Intentarlo?

Sus labios se fruncieron en una línea tensa.

—No necesito que me ayuden.

—Sí, sí lo necesitas —respondí sin dudar—. Y está bien, yo también lo necesito. Pero lo que no está bien es que te niegues a aceptar que aún tienes gente a tu lado. No sé lo que es estar en tu situación. Sin embargo, sé lo que es estar completamente solo o que la persona que debía estar a tu lado te diga que no quiere saber nada de ti porque ya tiene otra familia. Al final encontré personas que estaban ahí para mí, que dejarían todo para ayudarme y pude respirar de nuevo. Tú nunca has perdido eso, siempre tendrás personas a tu lado y al llegar al rancho el número ha aumentado.

Hubo un silencio espeso, y por primera vez en semanas, Miles parpadeó lentamente, como si mis palabras hubieran logrado atravesar la barrera de indiferencia que había construido.

—No puedo… —Su voz era apenas un susurro.

—¿No puedes qué? —insistí.

—No puedo ser el mismo de antes —admitió, con la voz tensa.

—Nadie te está pidiendo que lo seas —dije con suavidad—. Pero sí queremos que sigas siendo parte de esto. Que estés presente.

Sus ojos se oscurecieron con algo parecido a la culpa.

—No sé cómo hacerlo y no sé cómo dejar de odiarle.

Respiré hondo y lo miré fijamente.

—Empieza con algo simple. Come. Ponte la prótesis. Sal al maldito porche. Habla con Jean. Ve a la reunión que te tiene preparada Minho porque quizás te de respuestas —Le dije con firmeza— Sigue odiando a Jules hasta que encuentres la fuerza para saber por qué tomó la decisión y lo aceptes, pero vive.

Su expresión se contrajo, y por un segundo, creí que iba a decir algo más, pero en su lugar, desvió la mirada. Me puse de pie, observándolo una última vez antes de dirigirme a la puerta.

—Si sigues así, vas a perderlo todo, Miles. Y cuando te des cuenta, puede que sea demasiado tarde —A pesar del dolor que suponía pensar en esa posibilidad, sabiendo el bien que podría hacerle aquel niño, le confesé lo que ocurría—. Y Jean, tu sobrino, puede desaparecer antes de que tengas las agallas de conocerle porque hay un hombre horrible demandando su custodia.

No esperé una respuesta. Cerré la puerta tras de mí, dejando en su habitación el peso de la decisión que solo él podía tomar. Era un camino difícil, pero quizás aquellas verdades eran las que necesitaba para dar el primer paso. Lo que nunca imaginé era lo que podía provocar después, el dolor que desencadenaría y cómo afectaría a las personas que me importan. Sin embargo, aquello era parte de otra historia.

Capítulo 17

Jules

El aire dentro del tribunal era denso, sofocante, cargado de una expectación que me hacía sentir como si un hilo invisible estuviera tirando de mi pecho. Aunque el clima era frío en el exterior, en la sala el calor de los cuerpos reunidos y la tensión del momento parecían absorber todo el oxígeno disponible. Sentía las palmas de mis manos húmedas, el latido constante en mis sienes, la boca seca. No podía permitirme el lujo de mostrar debilidad. No ahora. No cuando el futuro de mi hijo estaba en juego. Miguel estaba a mi lado, su mano entrelazada con la mía con tanta fuerza que me dolían los nudillos, pero no me importaba. Apreté su mano en respuesta, encontrando en su agarre el mismo miedo que yo sentía, la misma determinación. Frente a nosotros, a solo unos metros de distancia, estaba sentado el hombre que había causado tanto daño. Su postura era recta, rígida, y en su rostro había una máscara de serenidad cuidadosamente construida, pero yo conocía la verdad. Sabía lo que había detrás de esa fachada impasible. Arrogancia. Convicción. Creía que iba a ganar. Sin embargo, nosotros teníamos la biología de nuestra parte y era algo que siempre vencía.

El juez entró en la sala y todos nos pusimos de pie. Me forcé a respirar hondo, a recordar que no estábamos solos, que Calvin había preparado todo a la perfección, que teníamos la ley de nuestro lado. A lo largo del mes que había durado la lucha, las reuniones con su abogado y la espera para el juicio, habíamos tenido tiempo suficiente para darle vueltas a todas las posibilidades. Abril había llegado sin que ninguno se diera cuenta.

—Pueden sentarse —anunció la jueza con voz firme.

Nos acomodamos de nuevo en nuestros asientos, aunque mi cuerpo estaba demasiado tenso para relajarse.

—Llamo al abogado de la parte demandante.

El representante legal del hombre al otro lado de la sala se levantó con aire de confianza.

—Señoría, estamos aquí para hacer valer el derecho de mi cliente, el señor Lewis, a obtener la custodia del menor Jean O'Brian, basado en el testamento de la madre Louise O'Brian. En dicho documento, mi cliente fue designado como tutor legal, y es su deseo cumplir con esta responsabilidad de la manera más adecuada para el bienestar del niño. Consideramos que alejarlo del hogar que ha conocido toda su vida puede ser contraproducente para su desarrollo.

"Responsabilidad". La palabra casi me hizo reír de la ironía. ¿Desde cuándo aquel hombre había visto a Jean como una responsabilidad y no como un objeto al que podía moldear y someter a su antojo? El dinero era lo único que veía cuando miraba a su hijo, en la forma en la que mantenerlo podía darle un sustento para continuar con sus adicciones y golpearle le ayudaría a descargar toda la rabia que tenía en su interior. Calvin se levantó entonces, imponente, con la seguridad de quien lleva toda su vida en una sala como esta. Su voz no tembló ni un solo segundo cuando comenzó a hablar.

—Honorables miembros de esta corte, mi cliente, Jeon Jules, es el padre biológico del menor. No hay documento, testamento o deseo personal que pueda anular ese hecho. Presentó como prueba la prueba de paternidad que se realizó en cuanto la policía lo trajo a su puerta.

El abogado contrario no se inmutó, pero su cliente sí. Le vi tensar la mandíbula, su gesto endurecerse. Sabía que aquello era lo que más podía dificultarle la custodia. Sin embargo, aún no tenía ni idea de que habíamos buscado formas de protegerle, encontrando los registros de hospital de su antigua ciudad y sacar un informe del estado en el que llegó a mi vida. Calvin continuó:

—El señor Lewis, quien reclama la custodia, no tiene ninguna relación biológica ni legal con el niño. No presentó documentos de adopción en su momento ni se preocupó por establecer una relación de cuidado real. En cambio, tenemos pruebas fehacientes de que el menor sufrió abuso bajo su tutela, con registros médicos que confirman signos de maltrato físico y emocional.

Un murmullo recorrió la sala. El abogado contrario se apresuró a intervenir.

—Objeción. No hay pruebas concluyentes de que el maltrato proviniera de mi cliente.

Calvin, sin perder la calma, extendió una carpeta hacia el secretario del tribunal.

—Aquí tenemos informes de hospitales y declaraciones de psicólogos que trabajaron con Jean después de su rescate. Además, la policía cuenta con registros de su estado al momento de llegar al pueblo en el que viven mis clientes. La forma en la que el menor reacciona al mencionar al demandante es prueba de ello. Si miramos las fechas, se puede apreciar que coinciden con la muerte de la madre.

La jueza hojeó los documentos con expresión seria. Yo apenas podía moverme. Sentía que, si lo hacía, mi autocontrol se haría trizas o que cualquier movimiento podría ser prueba de mi poca experiencia como padre, de que estaba perdido a la hora de criar a un niño o de que mi vida familiar estaba hecha trizas desde el accidente.

—Sumado a esto —continuó Calvin—, mi cliente y su esposo, el señor Kim Miguel, han presentado una solicitud de adopción conjunta. Su matrimonio, registrado legalmente, refuerza el entorno estable que Jean necesita. Él ya tiene un hogar. Ya tiene una familia. Separarlo de ellos solo le causaría más daño. Además, el trabajo y el entorno en el que conviven tiene profesionales de la salud tanto física como mental que podrán ayudarle a superar cualquier problema causado por su experiencia anterior a encontrar a mi cliente.

Cerré los ojos por un momento. Jean tenía una familia. La nuestra. Tenía tíos que harían cualquier cosa por él pese al poco tiempo que llevaba en sus vidas, que le apoyarían cuando tuviera problemas y le animaría en los buenos días. La jueza levantó la mirada hacia el abogado del otro lado.

—¿Algo que agregar?

El hombre tragó saliva y se levantó con más cautela que antes.

—Señoría, no negamos los lazos afectivos que el menor ha desarrollado con el señor Jeon y su esposo. Sin embargo, el testamento de la madre es claro en su intención de que el señor Choi se hiciera cargo de su hijo. Como madre, ella tenía el derecho de decidir lo mejor para él.

Las palabras me provocaron un nudo en el estómago. Calvin no tardó en responder.

—Ningún testamento puede anular el bienestar de un menor. El derecho del niño a vivir en un entorno seguro y libre de violencia está por encima de cualquier documento.

Un nuevo silencio cargado pesó sobre la sala. La jueza nos observó a todos con detenimiento.

—Después de revisar las pruebas presentadas, y considerando el testimonio de los profesionales que han evaluado al menor, esta corte concluye que la custodia del menor permanecerá con su padre biológico, Jeon Jules, y su esposo, Kim Miguel.

Hubo un segundo de absoluto silencio. Un momento en el que las palabras tardaron en encontrar significado en mi mente. El hombre que había poblado las pesadillas de mi hijo trató de alcanzarnos mientras nos insultaba, pero fue detenido por los guardias que lo alejaron de la sala. Entonces sentí cómo Miguel soltaba un suspiro tembloroso y sus brazos me rodeaban.

—Lo logramos —susurró con voz entrecortada.

No reaccioné de inmediato. Mi cuerpo estaba paralizado, mi mente atrapada en la incredulidad. Luego sentí el calor de su abrazo, el temblor en sus manos, y entendí. Jean era nuestro. Siempre lo había sido. Lo único que importaba era que, al salir de esa sala, correríamos hacia Jean y podríamos decirle que estaríamos juntos por mucho tiempo. Cuando abrimos la puerta de la pequeña sala de espera, Jean se puso de pie de inmediato.

Su mirada iba de nosotros a Kwanhee, buscando una respuesta antes de que pronunciáramos palabra. Me arrodillé frente a él, tomando sus manos entre las mías. Podía ver como temblaba del miedo que había estado conteniendo durante todo el día.

—Nos vamos a casa, hijo.

Por un segundo, su expresión se quedó en blanco.

—¿De verdad? —preguntó, con la voz temblorosa.

—De verdad —afirmé, sintiendo un ardor en los ojos que no pude contener.

Su reacción fue inmediata. Se lanzó a mis brazos con una fuerza que me hizo perder el equilibrio y quedarme sentado en el suelo, sujetándolo con todas mis fuerzas.

—Sabía que no me ibas a dejar —murmuró contra mi cuello—. ¿Ahora podré llevar tu apellido?

Miguel se unió al abrazo, sus manos temblorosas sobre la espalda de Jean.

—Nunca —susurré, con la voz quebrada y Miguel añadió—. Todos lo llevaremos.

La pizzería estaba llena de ruido y vida, con el sonido de platos chocando, conversaciones superpuestas y risas escapando de las mesas cercanas. El olor a masa recién horneada y queso derretido lo

envolvía todo, creando un ambiente cálido y reconfortante, uno que, por primera vez en mucho tiempo, sentí que nos pertenecía. Jean se sentó entre Miguel y yo, su rostro aún encendido de emoción. Desde que salimos del tribunal, había estado pegado a mí, como si temiera que, si nos separábamos demasiado, todo se desvanecería. Me había tomado del brazo con fuerza mientras caminábamos hacia el coche y no había soltado mi mano hasta que nos sentamos en la mesa. Ahora, con los ojos brillantes de alegría y algo de cansancio, miraba el menú con seriedad, como si estuviera tomando la decisión más importante de su vida.

—Puedo elegir cualquier cosa, ¿verdad? —preguntó mi hijo, alzando la vista hacia mí con una sonrisa traviesa.

—Lo que quieras —le aseguré, revolviéndole el cabello.

A mi lado, Kwanhee y Miguel ya estaban en su propio mundo de caos. Parecían dos adolescentes en pleno ataque de euforia, hojeando el menú con entusiasmo exagerado, discutiendo sobre qué pizzas pedir.

—Vale, pero escúchame, escúchame —dijo Miguel, con el ceño fruncido como si estuviera a punto de revelar la estrategia de batalla definitiva—. Si pedimos la de cuatro quesos y la de pepperoni con extra de queso, podemos combinarlas y hacer la pizza definitiva.

Kwanhee puso cara de pensativo, apoyando el codo en la mesa y mirándolo como si acabara de tener una revelación.

—Eso es brillante —murmuró, asintiendo con solemnidad—. Pero… ¿y si en lugar de eso pedimos la de barbacoa con extra de bacon y la de cuatro quesos y las mezclamos?

Miguel se quedó en silencio por un segundo, luego se giró hacia mí con ojos suplicantes.

—Jules, por favor, dinos cuál es la mejor opción —Sabía que mi nombre era referencia al Daddy que era para él. Habíamos decidido que usaría el diminutivo cuando Jean estuviese delante, pero se

sintiese middle. Suspiré, divertido, y miré a Jean, que nos observaba con una sonrisa entretenida.

—Podemos pedirlas todas. Es una celebración, ¿no? —dije encogiéndome de hombros.

Los dos idiotas frente a mí soltaron vítores exagerados provocando que el niño riese, mientras Calvin, que se había limitado a observar con una expresión de resignación, negaba con la cabeza con una sonrisa.

—Sabes que eso significa que van a terminar con dolor de estómago, ¿verdad? —me dijo en tono bajo.

—Sí, pero también significa que van a estar felices y demasiado ocupados comiendo como para meterse en problemas —le respondí con una sonrisa ladeada.

El camarero llegó en ese momento y Miguel, con la seriedad de un diplomático firmando un tratado de paz, se encargó de hacer el pedido. Mientras tanto, Calvin, que había estado observando la escena con una expresión divertida, se inclinó un poco hacia mí.

—¿Y qué se siente, papá, al tener tres hijos en lugar de uno? —bromeó, su tono ligero, pero con un fondo de cariño real.

—Estoy considerando dejar a los dos mayores en adopción —repliqué, mirándolo de reojo.

Kwanhee puso una mano en el pecho como si mis palabras lo hubieran herido profundamente.

—¡Eso es cruel! ¡Después de todo lo que hemos vivido juntos!

—¡Ni siquiera ha pasado un día desde que nos dieron la custodia oficial de Jean y ya quiere deshacerse de nosotros! —añadió Miguel, fingiendo estar escandalizado.

Jean se rio, su pequeña carcajada como una melodía que me hizo sentir un calor indescriptible en el pecho.

—Podemos venderlos por partes —propuso, con la misma expresión inocente con la que sugeriría una nueva actividad para el día.

El resto de la mesa estalló en carcajadas mientras Kwanhee y Miguel fingían indignación, proclamando que los íbamos a lamentar cuando fueran famosos y millonarios. Cuando llegaron las pizzas, el caos se duplicó. Miguel y Kwanhee comenzaron a intercambiar pedazos de pizza como si estuvieran en un mercado de valores, mientras Jean observaba con una mezcla de diversión y horror cómo desaparecían porciones de pizza en cuestión de segundos. Yo me limité a observar con una sonrisa, asegurándome de que Jean tuviera su porción antes de que aquellos dos glotones arrasaran con todo.

—Vale, esto es lo mejor que ha pasado en mi vida —dijo Kwanhee con la boca llena, sosteniendo un pedazo de pizza barbacoa con reverencia.

—Lo sé —asintió Miguel, con los ojos cerrados como si estuviera teniendo una experiencia religiosa—. Siento que puedo conquistar el mundo ahora mismo.

Calvin me observó con resignación como si aquella situación fuera algo con lo que no podía evitar lidiar.

—Tenemos que aceptar que este es nuestro destino. Nunca vamos a tener una comida tranquila de nuevo.

—Es el precio de la familia —Contestó Kwanhee con un golpe cariñoso en su hombro.

Me reí, rodeando los hombros de Jean con un brazo y acercándolo un poco más a mí.

—¿Qué tal, campeón? ¿Buena celebración?

Jean asintió con entusiasmo, su boca llena de pizza.

—La mejor —respondió, después de tragar.

Me quedé observando por un momento, grabando cada pequeño detalle en mi memoria. La forma en que su nariz se arrugaba

cuando sonreía, el brillo en sus ojos, la felicidad genuina en su expresión. Este era su hogar. Su familia. Y nadie, jamás, iba a quitárselo.

Capítulo 18

Miguel

Jean dormía profundamente en mis brazos, su pequeño cuerpo relajado contra mi pecho, su respiración acompasada. La cena había sido un festín caótico y feliz, y el niño había aguantado hasta que sus párpados no pudieron más. El largo viaje de vuelta al pueblo tampoco había ayudado. Ahora, con su rostro sereno apoyado en mi hombro, se veía más pequeño de lo que realmente era, como si, por fin, después de tanta incertidumbre, pudiera dejarse caer sin miedo.

Caminé en silencio por el pasillo junto a Jules, que mantenía una mano firme en la espalda de Jean, como si quisiera asegurarse de que seguía allí, de que nadie se lo llevaría. En el resto de la casa, todo estaba en calma. Solo se escuchaba el crujir de la madera bajo nuestros pasos y el ocasional susurro del viento contra las ventanas. Entramos a la habitación de Jean con cuidado, dejando que la luz tenue del pasillo nos guiará. Lo acomodé con suavidad en la cama, asegurándome de que su cabeza quedara sobre la almohada antes de subirle la manta hasta los hombros. Se removió un poco, pero no se despertó. Jules se inclinó sobre él y le apartó un mechón de cabello de la frente antes de depositar un beso ahí.

—Dulces sueños, campeón —susurró.

Yo hice lo mismo, acariciando su cabello con una ternura que me salía natural cuando se trataba de él.

—Mañana será un gran día, pequeñín —murmuré, aunque sabía que no podía oírme.

Nos quedamos un momento en silencio, observándolo, dejando que la realidad nos golpeara de nuevo. Jean era nuestro. Oficialmente, legalmente, irrevocablemente nuestro.

Al salir, cerré la puerta con cuidado, girándome hacia nuestra habitación, pero antes de que pudiera dar un paso más, noté la silueta en el umbral de otra puerta. Miles estaba ahí, sosteniéndose con sus muletas, con el rostro medio iluminado por la luz del pasillo. Su cabello caía en mechones desordenados, y aunque intentaba mantener su expresión neutra, sus ojos reflejaban algo diferente: interés. Ya era un avance comparado con el vacío de los meses anteriores.

—¿Y bien? —preguntó en voz baja, su tono aún cargado con ese filo de distancia que había impuesto entre él y Jules en los últimos meses. Noté la forma en que mi marido se tensó a mi lado, pero no evitó su mirada. La culpa volvía a cubrirle como un manto de acero que cada día pesaba más.

—Ganamos —respondió Jules, con la misma serenidad con la que uno hablaría de algo incuestionable.

Miles asintió, desviando la mirada un momento antes de volver a encontrarse con la de su hermano.

—Era obvio —dijo, pero su tono no sonaba tan frío como antes. Incluso me atrevería a decir que estaba feliz.

Hubo un silencio denso entre ellos. No era incómodo, pero estaba cargado de todo lo que aún quedaba por decirse. Al final, Miles respiró hondo y se apoyó mejor en sus muletas.

—Está bien —dijo, simplemente—. Descansad.

No era una felicitación. No era un "me alegro". Pero era algo. Nos observó un instante más antes de girarse y volver a su habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Jules dejó escapar un suspiro quedo, y yo le pasé un brazo por los hombros, dándole un leve apretón antes de guiarlo a nuestro cuarto. Había sido un día muy largo, semanas me atrevía a decir desde que salió la notificación de la demanda y era el momento de algo más, algo privado, algo íntimo. Una vez dentro, cerré la puerta con seguro y me giré hacia él.

—No ha sido tan malo —dije, intentando aligerar el ambiente.

Jules se dejó caer sobre la cama con un suspiro y pasó una mano por su rostro.

—No —admitió—. Pero tampoco ha sido bueno.

Me acerqué, inclinándome sobre él con una sonrisa traviesa.

—Mañana será otro día y ahora —me bajé hasta quedar a su altura, rozando mi nariz contra su mandíbula antes de susurrar contra su piel—, deberíamos preocuparnos por algo más importante.

Sentí la forma en que su respiración se alteró levemente, pero cuando me aparté lo suficiente para mirarlo a los ojos, encontré una chispa de diversión y algo más profundo en su mirada. Estaba completamente a bordo.

—¿Ah, sí? —preguntó, su voz con ese tono grave que siempre lograba ponerme la piel de gallina.

—Mhm —murmuré, dejando que mi mano subiera lentamente por su brazo hasta su cuello.

Jules no esperó más. Con un movimiento calculado, me giró sobre la cama hasta quedar encima de mí, su peso presionándome de la mejor manera posible. Sus manos, siempre firmes y seguras, encontraron mi cintura mientras sus labios se deslizaban hasta los míos. El beso fue lento, pero intenso. No tenía prisa, no buscaba desesperación, sino sentir. Sentirnos. Su lengua trazó un camino perezoso contra la mía, sus dedos se enredaron en mi cabello, y el calor entre nosotros se intensificó. Cuando se separó apenas un centímetro, sus labios todavía rozando los míos, sonrió de lado.

—Tienes razón —susurró, con esa voz ronca que me volvía loco—. Esto es más importante.

No tardamos en quitarnos la ropa. Jules mirándome como si fuera un postre que quisiese devorar. La habitación estaba en completo silencio salvo por el suave susurro de las sábanas y el lejano murmullo de la vida nocturna del rancho. El aire estaba impregnado

de una embriagadora mezcla de nuestros aromas, entrelazados, como si la atmósfera que nos rodeaba fuera un testimonio viviente de nuestra pasión. Yacíamos entrelazados en la maraña de sábanas, con nuestros cuerpos relucientes de sudor. Solo el roce de sus manos en mi piel provocaba escalofríos de placer como si de un mago se tratase capaz de convertir mi cuerpo en chispas. Jules me besaba con una delicadeza que me hacía desear más, necesitar más. Cuando capturó mi labio inferior entre sus dientes no pude evitar el quejido que escapó. Mi cuerpo se arqueó buscando mayor fricción, más contacto.

—D-daddy… —Respiré, mis manos encontrando el camino hacia la espalda de Jules, mis uñas apretándose contra sus músculos. Podía sentir el calor que desprendía su cuerpo, el pulso agitado en su interior. Había aprendido a reconocer cada parte de su cuerpo, cada sonido como el mío propio. Era reconfortante, un sonido familiar que se trasladaba a mi interior, una melodía que compartíamos.

Los labios de Jules comenzaron a dibujar un camino de fuego a través de mi cuello, mi mandíbula, mi clavícula… Cada roce, beso, me hacía fluir, creando una llama en mi interior que amenazaba con prenderme fuego. Podía sentir su erección palpitante, dolorida, pidiendo que hiciera algo con ella. Mi mano traviesa fue en su búsqueda y conseguí un gruñido como respuesta. Sus caderas se movieron buscando una mayor fricción, encontrando mi pene y provocando que los gemidos se descontrolaron en mis labios.

—Me vuelves loco —Susurró Jules muy cerca de mi oído—. No creo que pueda ser lento.

—Lo sé, tú a mí también —Volví a besarle con fuerza—. Tenemos toda la vida juntos para ponernos al día, Daddy, necesito disfrutar —Mis ojos brillaban con el deseo que apenas podía reprimir.

Habría mucho más tiempo para explorarnos, para hacernos enloquecer por el deseo. Sin embargo, tras tanta tensión y miedo después de los días que habíamos mantenido ocupados en Jean, necesitábamos ese tiempo para nosotros. Rápido, sucio y salvaje.

Por eso tomé nuestros miembros con las manos y comencé a masturbarnos, amando cada sonido que conseguía producir en Jules. Aumenté la fricción cuando vi que estábamos al borde.

—Miguel —Jadeó Jules antes de besarme con fuerza, mordiéndome el labio.

Mi clímax llegó con fuerza, con un pequeño grito contenido gracias al beso. Jules acabó tiempo después, jadeando y apoyando su frente contra la mía para poder recuperar la respiración.

—Te quiero —Me dijo consiguiendo transmitirme todo el amor que había empezado a tener por mí.

—Y yo a ti —Le dediqué una sonrisa satisfecha, adormilada, notando como se me cerraban poco a poco los ojos.

Me besó en la frente antes de separarse y buscar las toallitas que manteníamos cerca para aquellos días perezosos. Me ayudó a adecentarme y cambiamos las sábanas para no arrepentirnos al día siguiente. Acabé acostado en su pecho, acariciándole en círculos y bostezando. Jules me rozaba la espalda con tranquilidad y murmuraba una canción que poco a poco fue sumiéndome en un profundo sueño. Aquel iba a ser un día para el recuerdo.

Me desperté con el sonido de la puerta al abrirse, por la negrura del exterior aún debía ser noche cerrada. Me froté los ojos e intenté detectar lo que estaba ocurriendo. Sonreí con ternura al ver a Jean frotándose las manos con nerviosismo. Menos mal que antes de dormir habíamos tomado la decisión de ponernos la ropa interior o hubiese tenido mi primer momento incómodo con mi hijo. Me apreté contra Jules para dejarle espacio. No tardó en meterse bajo las sábanas.

—¿Has tenido una pesadilla? —susurré. Cómo experto sabía que sería algo con lo que íbamos lidiar pues solía ser habitual que las situaciones difíciles se convirtiesen en malos sueños.

—Sí —Murmuró abrazándose a mí—. Me echabais de casa y tenía que volver con él —Su voz apenas audible por el temblor de su

cuerpo.

—Cuando conocí a Kwanhee, solía tener esos sueños —Le expliqué. Ya le había contado que mis padres me habían abandonado y mi madre había rehecho su vida sin contar conmigo cuando fui a buscarla. Por eso no le extrañó—. Él se cansaba de mí y tenía que afrontarlo todo solo.

—¿Y cuándo dejaste de tenerlas? —Me preguntó con curiosidad, cada vez más relajado.

—Cuando vi que pasaba el tiempo y él seguía buscándome una y otra vez. A veces, las palabras no sirven. Son los gestos los que terminan por curarnos. Da igual que te digamos que ahora tienes una familia, seguirán las pesadillas, pero, un día, verás que no nos habremos ido y sabrás que todo está bien —Besé su frente con cariño y me recompensó con una sonrisa—. Mientras tanto, aquí estaremos para abrirte un hueco en la cama. Ahora, descansa.

Permanecí despierto hasta que noté que su respiración se tranquilizaba por el sueño. Aquel niño me recordaba a mi hermano, fingiendo ser valiente cuando tenía miedo, pero acabando buscando el consuelo de aquellos que lo aman cuando siente que no puede solo. Noté como los brazos de Jules se tensaban a mi alrededor y un beso caía despreocupado en mi pelo como agradecimiento. Había escuchado la conversación, pero nos había dejado tener un momento para nosotros solos. Aquellas eran las pequeñas pruebas que me demostraban que era parte de esta pequeña familia y no solo un mero espectador. Teníamos un gran futuro por delante.

Capítulo 19

Jules

El tic-tac del reloj en la pared marcaba el ritmo del silencio que se había instalado en mi despacho. Frente a mí, en la silla acolchada, el señor Park miraba con el ceño fruncido el suelo entre sus botas gastadas, como si las palabras que tenía que decir estuvieran ahí, esperando a ser recogidas. Había llegado a mi consulta puntual, con la misma rigidez con la que los hombres de su generación solían enfrentar cualquier tipo de vulnerabilidad. Un hombre de campo, con manos encallecidas y espalda recta, acostumbrado al trabajo duro y a la contención de emociones. No era inquilino del rancho, sino un habitante del pueblo, alguien que, en otras circunstancias, jamás habría considerado entrar a la consulta de un psiquiatra. En el momento en el que el rancho abrió pequeñas clínicas para uso externo, no solo interno, poco a poco los vecinos fueron animándose a buscar la ayuda que necesitaban. Tener que ir a la ciudad para ello cuando sus trabajos exigían tanto tiempo era un problema, algo que se resolvía dedicándoles un poco de nuestro tiempo.

—No estoy loco —dijo de repente, con una voz grave que, en otro contexto, podría haber sido intimidante.

—No lo está —respondí con calma, anotando algo en mi libreta.

Levantó la mirada hacia mí, observándome con cautela.

—Entonces, ¿por qué no puedo dormir? ¿Por qué me despierto con ganas de salir corriendo sin razón?

Cruzó los brazos sobre su pecho, como si necesitara una barrera entre él y lo que acababa de decir. Vi la tensión en su mandíbula, el leve temblor en su rodilla. A veces, no saber lo que te ocurría y

sentir sobre tus hombros los estigmas de la sociedad podía provocar que los problemas aumentasen.

—Porque la mente no funciona con lógica absoluta —expliqué—. No es un campo de trigo que puedes sembrar y segar a voluntad. Es un terreno lleno de raíces entrelazadas, algunas de las cuales ni siquiera recuerdas haber plantado —Me recosté contra el respaldo de mi silla y continué con voz tranquila—. El insomnio, la ansiedad… Son respuestas naturales cuando hemos vivido situaciones que nos han marcado. No significa que esté roto, significa que su mente está intentando adaptarse a lo que siente.

El señor Park soltó un resoplido, frotándose la cara con las manos antes de asentir con pesadez.

—No quiero que me drogue —dijo, tajante.

Sonreí levemente. Aquel era otro estigma que tenía la sociedad. El psiquiatra usaba fármacos, pero no los puede administrar al tuntún. Es necesario un consenso, un estudio, un trabajo antes de poder hacerlo. De hecho, en ocasiones, cuando todo podía resolverse de otras formas, derivábamos a los pacientes al psicólogo.

—No es mi objetivo. Pero si en algún momento siente que necesita ayuda para regular su ansiedad o para poder descansar, podemos considerar opciones.

Le llevó un minuto más aceptar mi respuesta, pero al final asintió. Seguimos hablando un rato, ajustando algunas estrategias para manejar sus síntomas sin necesidad de medicación inmediata. Cuando finalmente se puso de pie para marcharse, parecía menos rígido que al llegar.

—Gracias, doctor —dijo, con la torpeza de quien no está acostumbrado a expresar gratitud de esa forma.

—Nos vemos en dos semanas, señor Park —respondí con una leve inclinación de cabeza.

Cuando la puerta se cerró tras él, dejé escapar un largo suspiro y me pasé una mano por el rostro. Aproveché la soledad para organizar los documentos en mi escritorio, releyendo algunas notas y ajustando los archivos antes de cerrar la carpeta con un clic metálico. Después del tiempo que había estado tomándome para preparar el juicio sentía que estaba quedando atrás.

El sonido de la puerta abriéndose me hizo levantar la vista. Miles estaba en el umbral, tambaleándose ligeramente sobre sus muletas. Su rostro estaba tenso, pero había algo diferente en su mirada, algo menos afilado que en nuestros encuentros previos. No dije nada al principio. Solo observé cómo cerraba la puerta tras de sí y avanzaba con determinación hasta la silla frente a mi escritorio. Se dejó caer con un suspiro y apoyó las muletas a un lado.

—No me mires así —murmuró, cruzando los brazos.

—¿Cómo te estoy mirando?

—Como si fueras a empezar a analizarme.

Esbocé una sonrisa cansada. No solo lo estaba analizando, sino que trataba de descifrar si aquella visita era positiva o me iba a dejar con el ánimo a la altura del suelo. El agotamiento mental y psíquico era un hecho.

—Soy psiquiatra, es mi instinto natural.

Miles bufó, pero su expresión no se endureció. Ni trató de atacarme por ello como había ocurrido al visitarlo en el hospital. Se quedó en silencio unos segundos, mirando algún punto entre nosotros, como si estuviera eligiendo con cuidado las palabras que iba a decir. Al final, nuestra relación se había quedado así, un montón de silencios y palabras bien pensadas para no hacer daño.

—Estoy… —tomó aire—. Estoy enfadado contigo, cabreado más bien, lleno de furia. Cuando te veo, siento que quiero arrancarte de mi vida.

—Lo sé —admití en voz baja.

—No creo que pueda dejar de estarlo por ahora —continuó, su voz firme, pero sin el veneno de antes, sin que pareciese que me escupiese cada palabra—. Necesito esta ira, Jules. Lo necesito porque… porque no sé qué hacer con todo lo que siento.

Se inclinó hacia adelante. Estaba muy delgado y las bolsas de sus ojos confesaban las noches sin dormir que había pasado.

—Perdí todo en un instante —su mandíbula se tensó—. Perdí a nuestros padres. Perdí mi pierna. Perdí la imagen de quién creía que sería y lo único en lo que mi mente puede aferrarse es en la idea de que fue tu decisión. Objetivamente sé que, de haber sido al revés, habría hecho lo mismo contigo, pero no puedo ser objetivo con todo el dolor que siento y lo único que veo es en que fuiste tú el que dio permiso.

Mis ojos se nublaron, pero seguí escuchándolo en silencio. Era una de esas extrañas ocasiones donde me dirigía más de una palabra y debía verlo como la señal que era.

—No puedo odiarte por eso —continuó, su voz quebrándose ligeramente—. Pero tampoco puedo perdonarte todavía. No porque no quiera, sino porque… aún no sé cómo.

Me miró entonces, y supe que lo que iba a decir después cambiaría todo entre nosotros.

—Solo necesito tiempo. Tiempo para aprender a ser yo otra vez, para aceptar que mi vida ha cambiado y que no hay vuelta atrás. Si me sigues presionando con tus visitas, si sigues tratando de arreglarme sin dejarme espacio… Solo harás que me aleje más.

Me mordí el interior de la mejilla para contener las lágrimas. Mi forma de insistir estaba poniendo un parche en nuestra relación en lugar de ayudar a reconstruirla. Sin embargo, sus palabras plantaban una pequeña semilla de esperanza. Si reculaba, si me alejaba para que sanase, podríamos volver a ser una familia, podría luchar por seguir adelante. Incluso si nunca más volvía a hablarme, saber que estaba buscando un futuro hacía que mereciese la pena.

—Lo siento tanto, Miles —mi voz se rompió, y no me importó. Dejé que las lágrimas escaparan, porque durante demasiado tiempo había contenido todo lo que sentía, todo el dolor, la culpa, la impotencia—. Ha sido tan difícil estar solo… Saber que estabas aquí, pero sentir que te perdí de todas formas…

Miles tragó saliva, apartando la mirada un segundo ante de volver a encontrarse con la mía.

—No me perdiste. Solo… Aún no estoy listo para volver.

Me levanté sin pensarlo demasiado y rodeé el escritorio para abrazarlo. Sentí cómo su cuerpo se tensaba al principio, pero después uno de sus brazos se deslizó lentamente alrededor de mi espalda, con torpeza por estar sentado. Nos quedamos así un largo rato, respirando en sincronía, dejándonos sentir por primera vez en meses. Cuando nos separamos, me enjuagó una lágrima con un gesto torpe pero genuino.

—Voy a pedirte algo más —dijo—. Deja de encargarte de mí recuperación. A partir de ahora, quiero que sea Miguel quien me acompañe en los procesos médicos porque él no va a tratar de adornar para mí la situación. No quiero seguir asociándote con lo que he perdido, no quiero seguir encontrando formas de culparte, pero tampoco quiero estar sin la familia en esos momentos.

No era un castigo, no era una forma de excluirme. Era su forma de pedirme el espacio que necesitaba. Asentí, aceptando su petición sin objeciones. A estas alturas aceptaría cualquier cosa con tal de poder estar a su lado en un futuro o simplemente volver a verle sonreír. Miles suspiró y se puso de pie, apoyándose en sus muletas.

—Voy a probarme mi nueva prótesis —anunció.

Lo miré sorprendido pues Kwanhee llevaba mucho tiempo tratando de que acudiese a la clínica para ello. En cuanto salió mal la primera, no volvió a probarse ninguna.

—¿Hoy?

—Sí —sus labios se curvaron levemente—. No quiero quedarme en esta fase para siempre.

Lo vi salir de mi despacho, más fuerte de lo que lo había visto en meses, y aunque mi corazón aún dolía, por primera vez sentí que había esperanza.

Ese mismo día, al caer la noche, acudió a la mesa donde cenábamos todos. Nadie le miró ni preguntó. Respetaron su espacio, aunque podía ver la sonrisa de Miguel en señal de triunfo. No sabía que había hecho o cómo lo había conseguido, pero aquella conversación que mantuvieron había supuesto un cambio. Tendría días peores, días en los que volvería a esconderse en su habitación o tuviese que marcharse lejos, pero saber que hoy había venido a cenar por su propia decisión me llenó el pecho de felicidad. Las conversaciones fluían a mi alrededor, pero yo me sumí en un silencio cómodo, observándolo todo a mi alrededor.

Fue Jean el primero en hablar con mi hermano, contándole con entusiasmo que el año que viene acudiría al colegio del pueblo y que estaba deseando conocer a otros amigos para poder presentarles a Liam y Oscar. No sabía cómo había conseguido hacerse con el corazón de ambos teniendo edades tan distintas, pero podía ver como aquello había hecho mejorar sus emociones. El pequeño de Jonah incluso explicó a Miles que él no podía ir al colegio con los demás porque el ruido y los desconocidos le hacían sentir mal, pero que quería escuchar las historias que su nuevo mejor amigo tenía para contarles. Le guiñé un ojo al secretario que me devolvió una cálida sonrisa. Tendríamos muchas tardes de padres en el futuro, lo veía.

— Daddy, me cuentas una historia esta noche —Susurró Miguel tímidamente en mi oído y sonreí. Hoy necesitaba un poco de tiempo para dejarse fluir, sintiendo que alguien cuidaba de él.

— ¿Quieres que siga con el libro que empezamos? —Sin pensar en lo que hacía, le limpié el pescado y se lo coloqué en el plato como había hecho momentos antes con Jean.

Aunque a veces dudaba de que estuviese siendo el Daddy que se merecía, cuando me sonreía cuando realizaba esos pequeños gestos con él, sentía que podía conquistar el mundo. Aún quedaba mucho por aprender y camino que recorrer, pero lo seguiría paso a paso sin temor a equivocarme.

Epílogo

Miguel

El edificio de fisioterapia del rancho estaba en calma cuando llegamos. Era por la mañana, y la luz del sol entraba a través de los ventanales, proyectando sombras suaves sobre el suelo de madera. No había ruidos más allá del leve murmullo del viento colándose por las rendijas y el sonido de nuestros pasos al cruzar la puerta. Miles caminaba a mi lado, usando sus muletas con la misma precisión de siempre, pero había algo diferente en su postura hoy. No era solo la rigidez acostumbrada o el gesto impasible con el que se había refugiado los últimos meses. No, hoy su respiración era más profunda, más contenida. Había decisión en él y no solo por la conversación que Jules me había explicado, sino porque por primera vez quería probarse una prótesis, quería conseguir dar ese paso. Kwanhee estaba esperándonos dentro, con las mangas de su sudadera empujadas hasta los codos y su expresión relajada, pero con la mirada atenta. Siempre era así con él. Podía estar bromeando o sonriendo, pero en cuanto comenzaba a trabajar, su concentración era absoluta.

—Has llegado tarde —dijo sin levantar la vista de los ajustes finales que hacía a la prótesis.

Miles resopló, dejándose caer en la camilla con un movimiento ensayado. Por alguna razón, la indiferencia de mi hermano conseguía que reaccionase más que cualquier otra persona.

—Te doy el gusto de prepararte mentalmente para verme fracasar.

Kwanhee rodó los ojos y se agachó para tomar la prótesis. Era elegante y minimalista, diseñada para ser lo más funcional posible sin perder comodidad. Había sido hecha a medida, adaptada a sus

necesidades, pero aún necesitaba pruebas y ajustes para asegurarse de que se adaptaba bien. Mi hermano se había asegurado de que fuese cómoda para bailar, pero que también fuese útil por si decidía que sería mejor probar otro deporte.

—Si vas a fracasar, al menos hazlo con estilo —bromeó Kwanhee, pero su tono tenía esa suavidad que solo sacaba cuando realmente le importaba algo.

Miles se inclinó hacia adelante y, por primera vez desde que habíamos llegado, tocó la prótesis. Sus dedos recorrieron el material con una lentitud casi reverencial. Lo vi tragar en seco, su expresión apenas cambiando, pero percibí la forma en que se tensaba su mandíbula. Sabía que esto no era solo un paso físico. Era una aceptación. Necesitaría usarla si quería moverse con dos piernas, no había forma de seguir negándose.

—Vamos a ponerla —dijo finalmente, su voz más baja de lo habitual.

Kwanhee asintió y se puso a trabajar con eficiencia. La ajustó con cuidado. Yo observé en silencio. No quería intervenir. Esta era su lucha. Cuando estuvo asegurada, Kwanhee se apartó y esperó.

—¿Cómo se siente?

Miles movió ligeramente el muñón, probando la presión.

—Extraño —admitió, su tono más honesto de lo que esperaba—. Como si no fuera parte de mí.

—Eso es normal —dijo Kwanhee—. No esperes que se sienta natural de inmediato. Vamos poco a poco.

Miles asintió, pero no hizo ningún movimiento para levantarse. Su mano apretó la camilla con fuerza, los nudillos poniéndose blancos. Kwanhee le explicó que el camino podía ser largo y que tal vez tuviesen que hacer diferentes ajustes o seguir probando. Empezarían con él poniéndose de pie, tratando de mantener el

equilibrio. Si no le molestaba y lo lograba, prepararía su régimen de ejercicios para el resto de su rehabilitación.

—Déjame hacerlo solo.

Kwanhee intercambió una mirada rápida conmigo antes de asentir.

—Cuando estés listo.

El silencio se hizo espeso en la habitación. Miles tomó aire y apoyó las manos en la camilla. Entonces, con un esfuerzo visible, se impulsó hacia arriba. Por un instante, su equilibrio vaciló, y casi extendí la mano para sostenerlo, pero no lo hice. Porque no cayó. Se estabilizó, su cuerpo rígido mientras se acostumbraba a la nueva sensación. Sus labios estaban apretados en una línea tensa, pero sus ojos… Sus ojos ardían con algo que no había visto en mucho tiempo. Determinación. Kwanhee observó con atención cada pequeño ajuste en su postura.

—Bien —Kwanhee sonrió, cruzándose de brazos con orgullo—. Nada mal para un novato.

Miles dejó escapar una risa baja, casi sorprendida, y supe que estábamos dando pasos hacia la dirección correcta.

---

[1]para

Agradecimientos

Gracias a M, por leerme y comentarme siempre, convirtiendo este proceso solitario en una conversación compartida.

Gracias a los lectores invisibles de la etapa de internet, aquellos que desde las sombras me dieron el impulso necesario sin pedir nada a cambio.

Y gracias infinitas a quienes continúan aquí, caminando a mi lado en esta historia que ya vislumbra su final en el próximo libro. Su lealtad es mi mayor premio.

Libros en esta serie

Los hombres del Valle

El Abogado Y El Ranchero

El Militar Y El Olvido

El Psicólogo Y Sus Subs

El Doctor Y Sus Cicatrices
